

NUEVOS HALLAZGOS EN EL CONJUNTO ARQUEOLOGICO DEL CERRO DE LA MORA. LA ESPADA DE LENGUA DE CARPA Y LA FIBULA DE CODO DEL CERRO DE LA MIEL (MORALEDA DE ZAFAYONA, GRANADA)

JAVIER CARRASCO, JUAN A. PACHON y MAURICIO PASTOR

El lote cultural que presentamos apareció en la campaña de excavaciones practicada durante 1983 en el Cerro de la Mora (1), en la que se realizaron trabajos en el cercano Cerro de la Miel con el objeto de localizar alguna de las necrópolis del poblado ya conocido; aunque los resultados no fueron los que se esperaban, pudo exhumarse un horizonte de habitación propio del Bronce Final que se acompañaba con las cerámicas que ilustran este trabajo, así como la espada y fibula que constituyen el centro documental de esta entrega (2).

El Cerro de la Miel se sitúa unos 200 m. al suroeste del núcleo central del yacimiento, sobre una elevación que supera ligeramente los 560 m., es decir, algo menos que los más de 600 que se alcanzan en el Cerro de la Mora (figs. 1 y 2; lám. Ia). La iniciativa sobre la investigación en este sector se debió a una prospección superficial en aquella zona, donde se recogieron restos de cerámicas a mano, huesos de animales y cenizas que nos hicieron creer en la posible existencia de unas deposiciones de origen funerario. La realidad nos llegaría a

(1) Ya se conocen algunos de los resultados obtenidos en este yacimiento, desde que nos ocupamos directamente de su excavación (PASTOR, M., CARRASCO, J., PACHON, J. A. y CARRASCO, E.: "Cerro de la Mora (Moraleda de Zafayona, Granada). Campaña de 1979", *Not. Arq. Hisp.* 12, 1981, pp. 135 ss. CARRASCO, J., PASTOR, M. y PACHON, J. A.: "Cerro de la Mora I (Moraleda de Zafayona, Granada). Campaña de 1979", *Not. Arq. Hisp.* 13, 1982, pp. 7 ss. CARRASCO, J., PASTOR, M. y PACHON, J. A.: "Cerro de la Mora, Moraleda de Zafayona. Resultados preliminares de la segunda campaña de excavaciones (1981). El corte 4", *Cuad. Preh. Gr.* 6, 1981, pp. 307-354).

(2) Los detalles de la excavación en cuestión se detallarán en otro sitio, así como el catálogo de los materiales: CARRASCO, J., PASTOR, M., PACHON, J. A. y GAMIZ, J.: *La espada de 'lengua de carpa' del Cerro de la Miel (Moraleda de Zafayona) y su contexto arqueológico. Nuevas aportaciones para el conocimiento de la metalurgia del Bronce Final en el sudeste peninsular* (en prensa), por lo que no insistiremos en tales particulares.

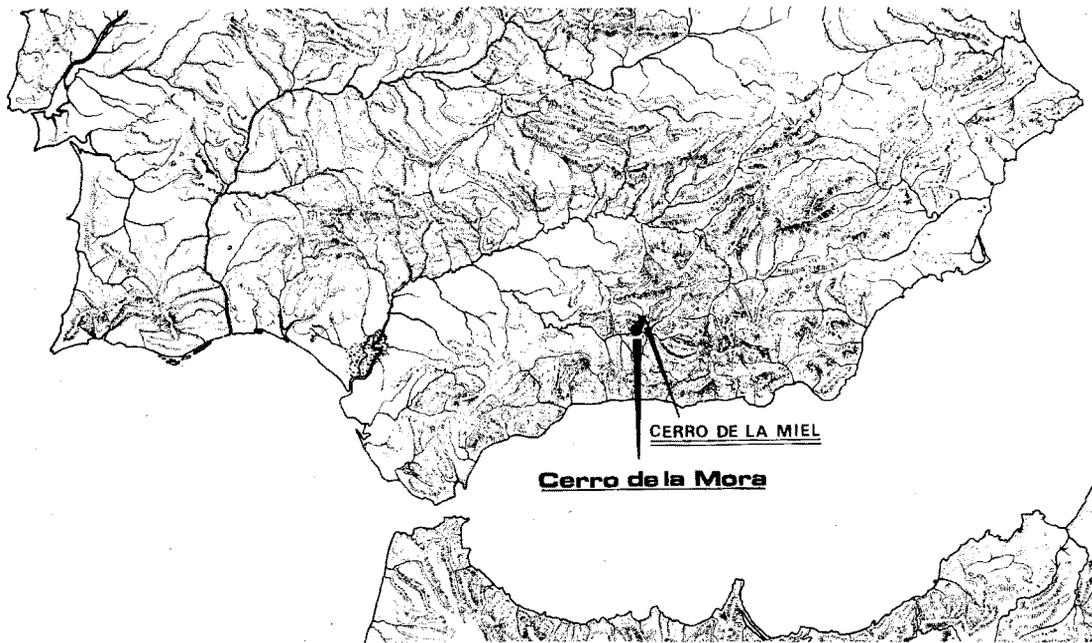


Fig. 1.—Situación del yacimiento.

indicar que se trataba de una fase de asentamiento más o menos relacionada con el grueso material ya conocido en el hábitat principal, pero en el que la importancia de los hallazgos metálicos y cerámicos abría nuevas perspectivas de interpretación para todo el conjunto. Por un lado se haría patente la fechación, con el apoyo del C-14, de una facies antigua del Bronce Final y, por otro, se posibilitaba el aplicar a la espada y fíbula recogidas una cronología bastante más antigua que lo que habitualmente se reconocía para este tipo de objetos; además, era la primera vez que materiales como esos se recogían *in situ* en niveles de habitación y, lógicamente, en una asociación arqueológica plenamente contextual.

LAS CERAMICAS

Una visión de conjunto al material cerámico del Cerro de la Miel nos lleva, sin demasiadas conjeturas, al Bronce Final, época para la que hoy pueden postularse los siguientes límites: en el inicio del período encontraríamos las postrimerías del Bronce Tardío, marcado en algunos casos por el declinar del horizonte Cogotas I; en el último momento se daría la irrupción de las importaciones cerámicas torneadas procedentes del mundo colonial fenicio. Pero, en lo que se refiere a contenidos materiales propios de ese Bronce Final, se ha argumentado de forma reiterada sobre la existencia de un grupo de fósiles directores perfectamente definibles y constatables, como —por ejemplo— las cerámicas con decoracio-

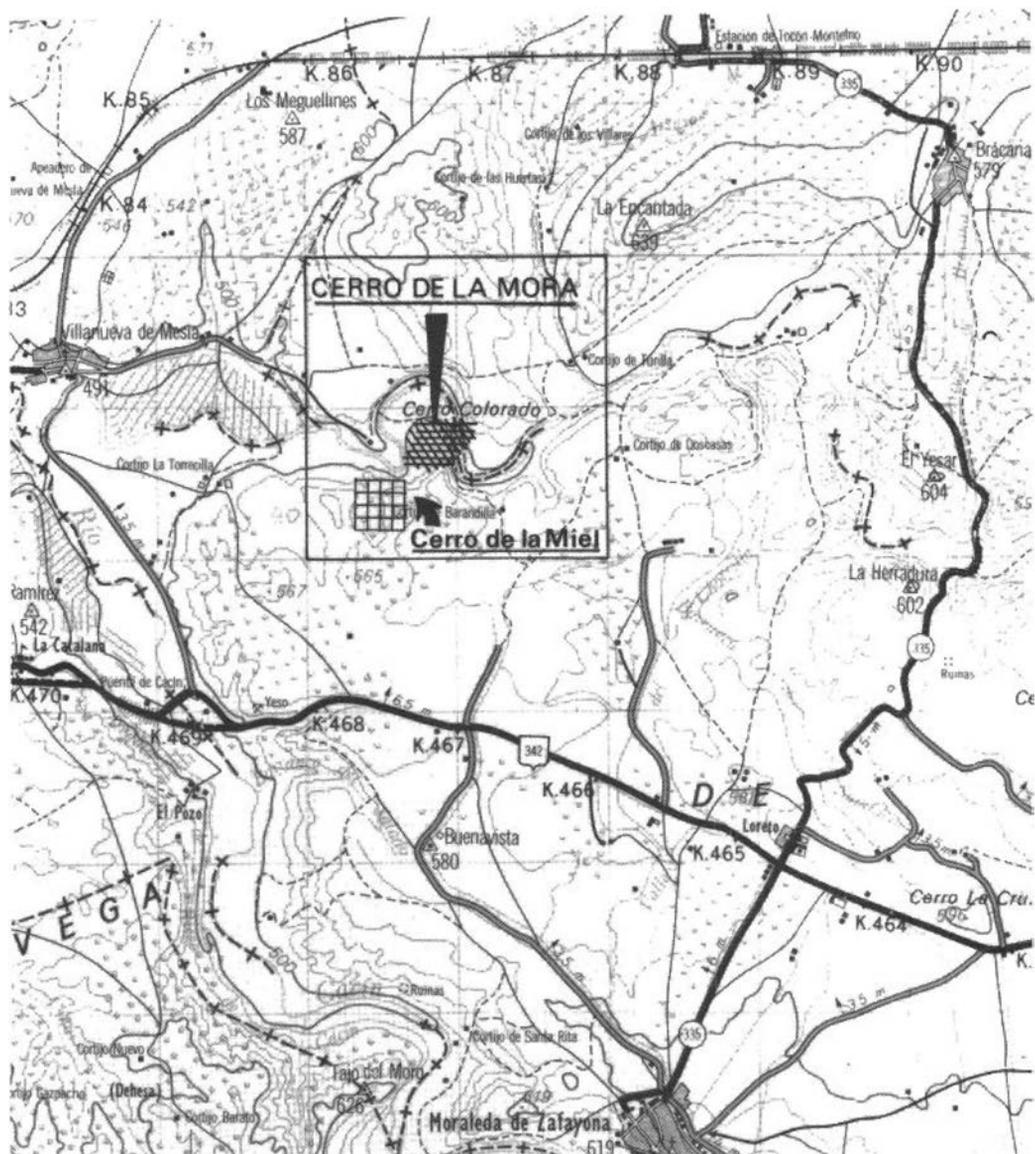


Fig. 2.—Emplazamiento del Cerro de la Miel, junto al Cerro de la Mora. 1:50.000.

nes bruñidas, las pintadas con motivos geométricos, las decoradas con finas incisiones, las de botones de bronce incrustados en sus superficies y los soportes de carrete, entre otros; es decir, un material muy conocido pero que no puede presentarse de un modo homogéneo a lo largo del período estudiado. La posición tradicional, ante esto, era la defendida por F. Molina, quien llegó a distinguir tres etapas sucesivas que definió, según las cerámicas, así:

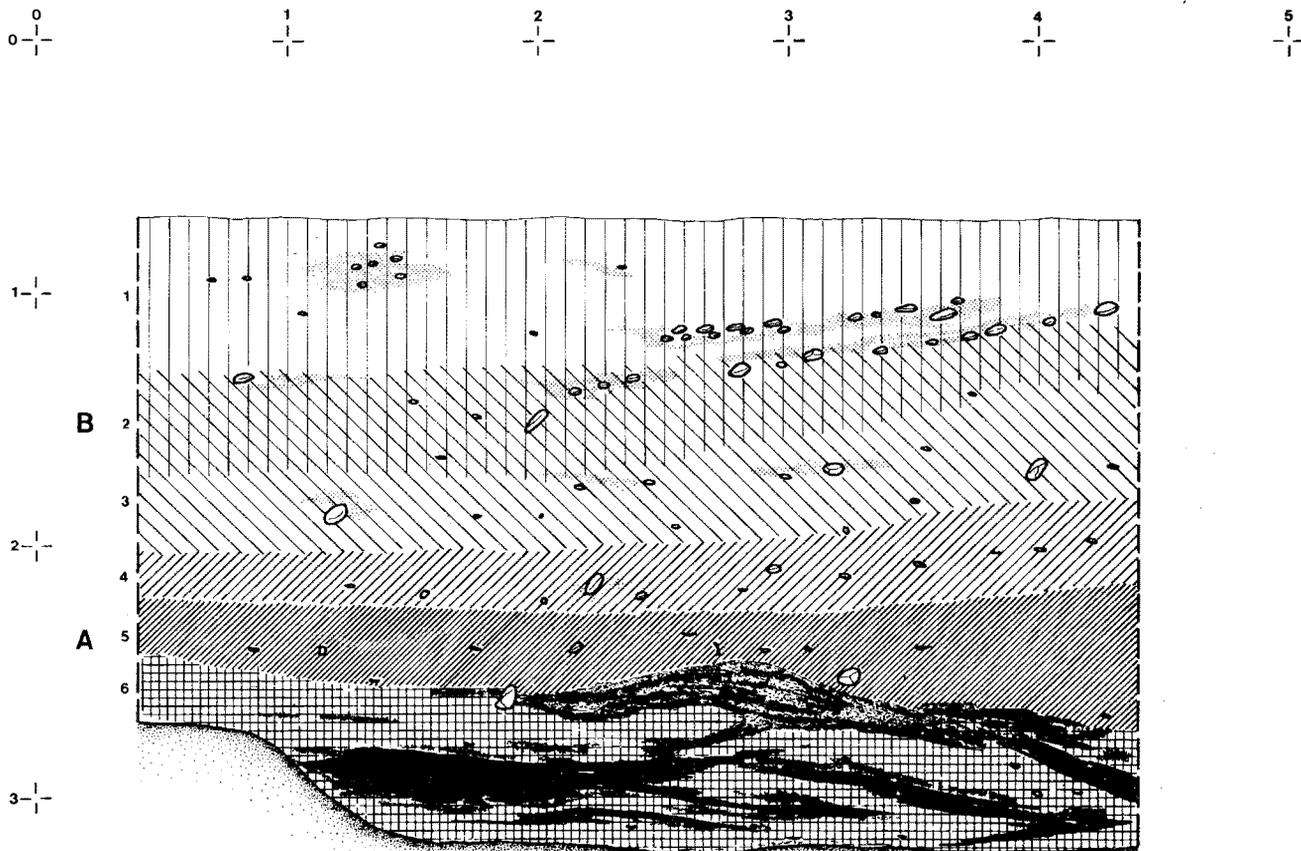


Fig. 3.—Perfil estratigráfico del corte 4 del Cerro de la Miel.

- 1) B.F. I. Perduraciones de Cogotas I y ausencia de decoraciones bruñidas.
- 2) B.F. II. Aparición de decoraciones bruñidas, ausencia de Cogotas I y generalización de las cerámicas pintadas y decoradas con botoncitos metálicos.
- 3) B.F. III. Llegada de las formas torneadas de clara filiación fenicia y pervivencia de los casos decorados bruñidos, etc. (3).

Tomando como referencia este marco conceptual puede sostenerse, para los materiales del Cerro de la Miel, que estamos ante vestigios anteriores al mundo de las decoraciones bruñidas, pero posteriores a la incidencia cultural de Cogotas. El acercamiento superficial que proponemos nos permite adelantar que en este yacimiento se han recuperado vestigios de un estadio antiguo del Bronce Final, en los que la falta de Cogotas I y de restos tartéssi-

(3) MOLINA, F.: "Definición y sistematización del Bronce Tardío y Final en el Sudeste de la Península Ibérica", *Cuad. Preh. Gr.* 3, 1978, pp. 159 ss.

cos es bastante significativa. Pero, un análisis más en profundidad de nuestras cerámicas acaba siendo in encuadrable en los rígidos esquemas de las periodizaciones del Bronce Final del Sureste a las que estamos habituados, por lo que, debido a la importancia de lo hallado en el Cerro de la Miel, podemos presentar una cierta revisión de las mismas en cuanto a algunos materiales de parte de sus etapas, apoyándonos para ello, incluso, en la constatación radiocarbónica (4).

Sin atender a las sistematizaciones formales que se han realizado en ocasiones sobre las cerámicas del Bronce Final (5), intentaremos tener en cuenta los grupos genéricos mejor definidos y que pueden ser útiles para la interpretación cronológico-cultural del yacimiento. Una de las características materiales del Cerro de la Miel ha sido, así, la inexistencia de cerámicas con decoraciones bruñidas, hecho de especial interés si consideramos que su hallazgo ha sido relativamente frecuente en el cercano Cerro de la Mora (6). En cambio, el Cerro de la Miel ha aportado elementos como la fíbula de codo y la espada de lengua de carpa que siempre se han venido relacionando a contenidos cerámicos de aquel tipo; esos objetos metálicos parece lógico que aparezcan con cerámicas que en el Sureste, como productos importados y de notable suntuosidad, tuvieron el mismo nivel de prestigio. Pero el hecho de su inexistencia plantea una doble hipótesis que lo justifique: a) la escasez de esas cerámicas, y b) la anterioridad del contexto cultural que tratamos.

1) Respecto al primero de los supuestos es innegable que, si comparamos los restos cerámicos de esas características, en el Sureste, encontramos un desequilibrio claramente favorable a la Baja Andalucía; hecho lógico al tratarse esta región, muy posiblemente, de la cuna originaria de tan singular cerámica. Desde tal premisa, la presencia cerámica en nuestra región ha de ser necesariamente escasa, y lo es si cotejamos el volumen de fragmentos de uno y otro sitio; pero si consideramos que en todos los yacimientos del Bronce Final, en los que se han practicado excavaciones de la provincia de Granada, se han realizado hallazgos de esta naturaleza (7), habremos de concluir que, aunque escasa, es una cerámica verdaderamente representativa de un cierto momento del Bronce Final del Sureste. Su inexistencia en algunos conjuntos materiales del período sólo podría explicarse de dos modos: primero, por lo escaso de la muestra tomada en el yacimiento —caso que no sería el nuestro—; y segundo, por tratarse de cerámica de un estadio cronológico distinto.

(4) El informe completo de la datación tomada en el Cerro de la Miel fue realizada por C. Gómez y P. Sánchez, pudiéndose encontrar en CARRASCO, J. *et alii*: *La espada...*, *op. cit.*, nota 2.

(5) Por ejemplo el que hace tiempo se realizara para las cerámicas del Suroeste (RUIZ MATA, D.: "El Bronce Final —fase inicial— en Andalucía Occidental. Ensayo de definición de sus cerámicas", *Arch. Esp. Arq.* 52, 1979, pp. 3 ss.).

(6) En el Cerro de la Mora, durante la campaña de 1982, se recogió un interesante lote de cerámicas a mano con decoración bruñida, el más voluminoso de Andalucía Oriental. El hecho de que en el Cerro de la Miel no haya aparecido ni un sólo fragmento se interpreta en el sentido de que, aquí, estaríamos ante un horizonte cronológico más antiguo. Una parte de aquellas cerámicas fueron objeto de estudio en una Memoria de Licenciatura inédita, recientemente presentada en la Universidad de Granada.

(7) Únicamente representa una excepción el caso de Purullena, yacimiento cuyos últimos niveles deben corresponder a un Bronce Tardío o, a lo sumo, Bronce Final I (MOLINA, F. y PAREJA, E.: *Excavaciones en la Cuesta del Negro (Purullena, Granada). Campaña de 1971*. *Exc. Arq. Esp.* 86, 1975).

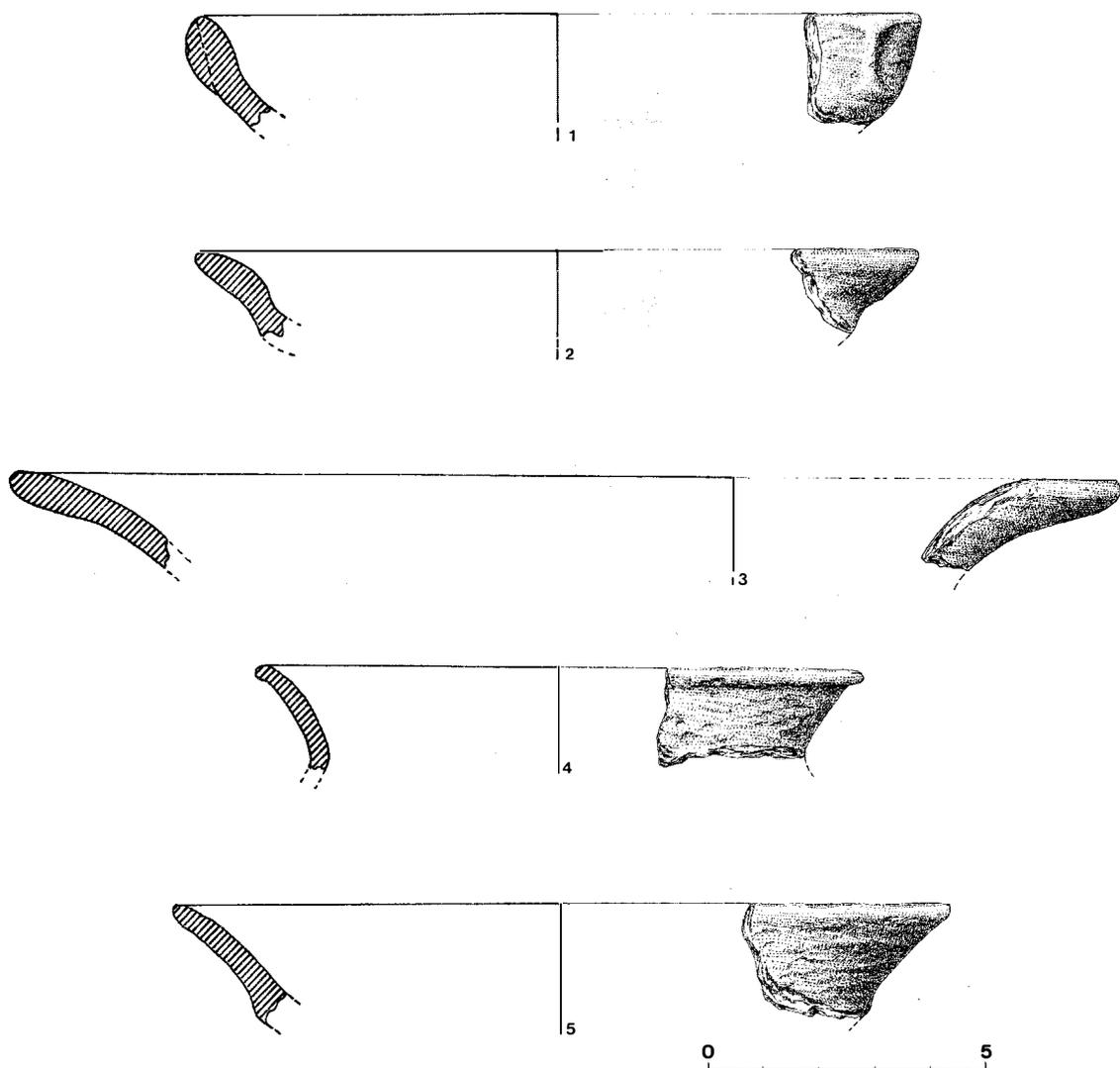


Fig. 4.—Cerro de la Miel. Estrato A.5. 3:4.

2) La segunda hipótesis plantea la posibilidad de que estemos en un momento previo al de las cerámicas con decoraciones bruñidas, supuesto que parece probado por la poca implantación que tienen las fuentes de boca ancha y carenación alta, vasos de gran importancia para definir los horizontes del Bronce Final, tanto del área tartésica como del Sureste, incluso de ciertas regiones levantinas (8). Aunque las carenas altas no llegan a desa-

(8) ARTEAGA, O.: "La panorámica protohistórica peninsular y el estado actual de su conocimiento en el Levante septentrional", *Cuad. Preh. Arq. Castellonense* 3, 1976, pp. 175 ss.

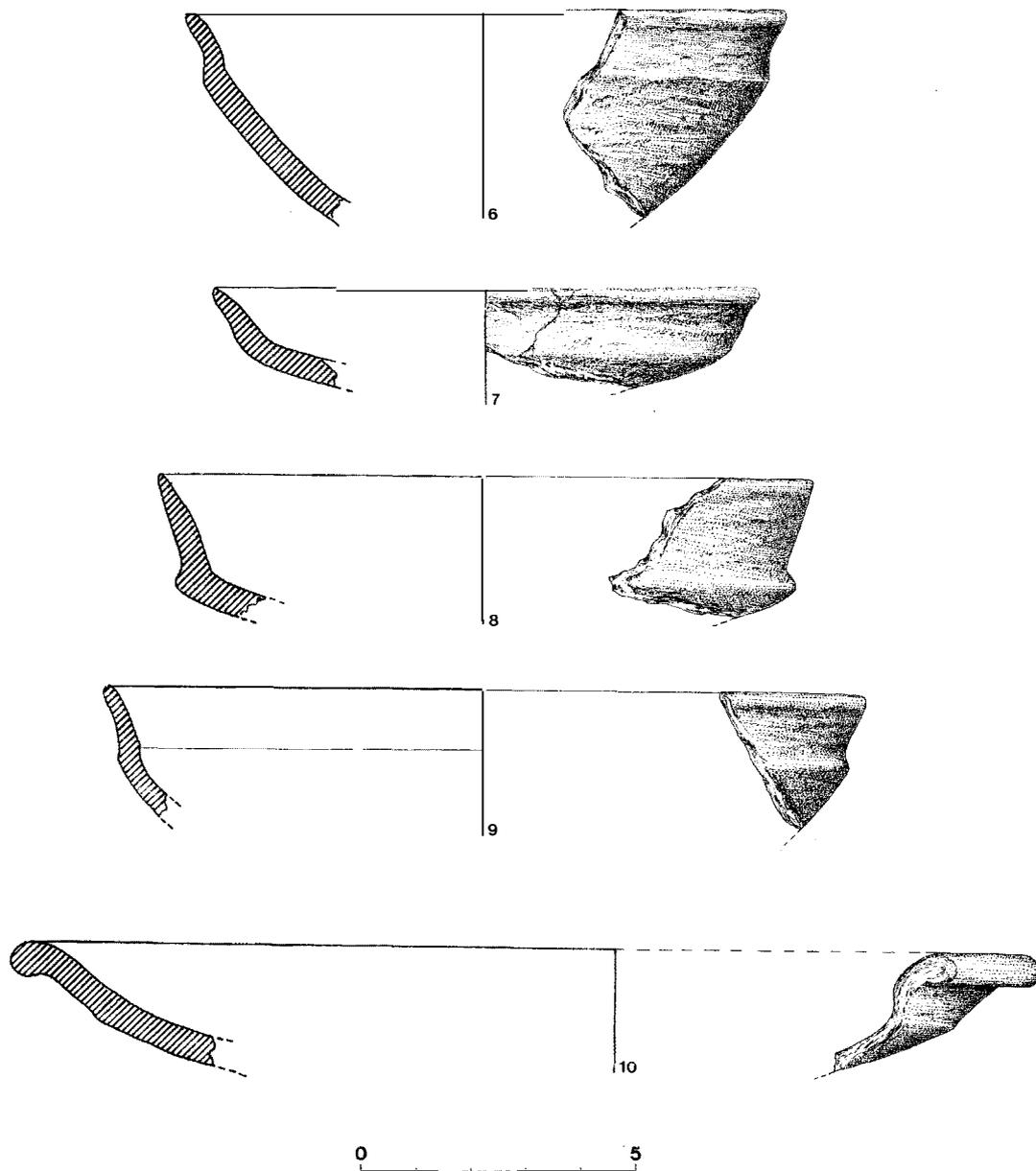


Fig. 5.—Cerro de la Miel. Estrato A,5. 3:4.

parecer sí encontramos una interpretación diferente de la forma: las carenaciones serán menos largas y redondeadas (fragmentos n.º 17 y 21, por ejemplo), y cuando esta forma de carena más acusada se mantiene encontramos bordes largos, no muy corrientes en el ambiente puramente tartésico, o bordes cortos pero de tendencia contraria al exvasado, es decir, inclinados hacia el interior (fragmento n.º 46). Estos casos de cerámicas carenadas,

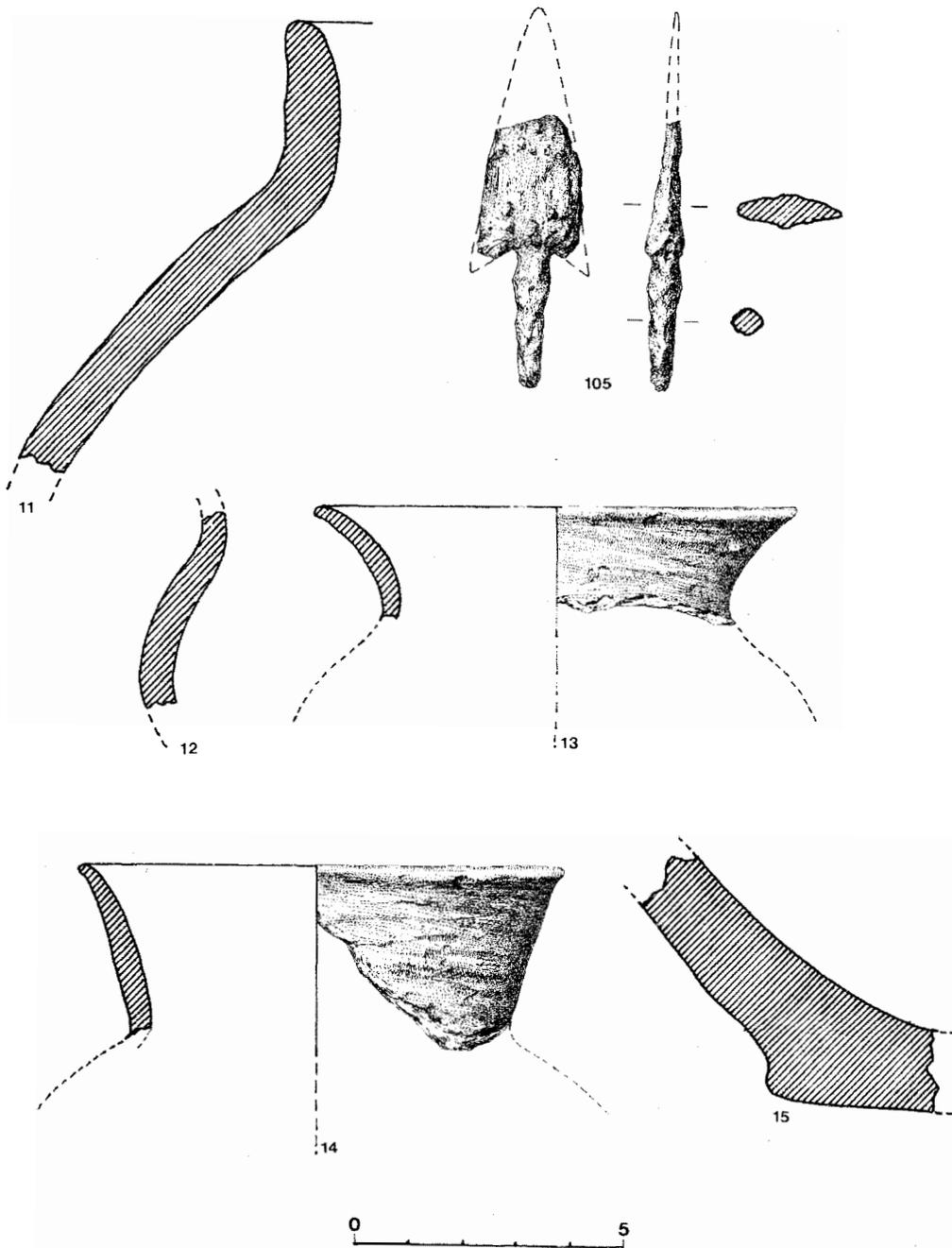


Fig. 6.—Cerro de la Miel. Estrato A.5. 3:4.

indudablemente altas, no repudian en un ambiente antiguo, pues ya aparecían en los estratos finales de la Cuesta del Negro (9), donde junto a ello, se encontraron fragmentos del horizonte Cogotas I. Si en el Cerro de la Miel el horizonte Cogotas no ha aparecido y, además, tampoco existen vasos con mamelones que “cuelgan” de la línea de carenación (10), que nosotros incluimos en los postrimerías del Bronce Argárico y Bronce Tardío, lo más probable es que se trate de un conjunto material propio de los inicios del Bronce Final, aunque dando por sentada la presencia de elementos “antiguos” que no son extraños al Bronce Tardío, y otros que ya indican el camino que tendrá la cultura material en el momento paralelo a lo tartésico.

Pasando a la interpretación puntual de algunos de los hallazgos, destaca el fragmento n.º 30, perteneciente a un típico vaso con decoración de pequeños botoncitos metálicos incrustados (bronce o cobre). La vasija parece que tuvo un perfil elíptico, sin carenación aparente y con el borde liso sin engrosamiento. Esta tipología no es frecuente en el Sureste peninsular en ambientes del Bronce Final, sino que se relaciona a horizontes más antiguos, posiblemente del Bronce Tardío, donde son más abundantes las vasijas con perfil redondeado y borde más o menos saliente. Este tipo de formas se constatan, en el Suroeste, en los niveles más antiguos de Setefilla, llamándose aquí vasos ovoides (11).

La ornamentación que acompaña a estas cerámicas son los botones metálicos, decoración que caracterizaba el Bronce Final II de F. Molina en base al hallazgo —estrato IIb del Cerro de la Encina (12)— de un pequeño fragmento —y otros no publicados del nivel IIa—, que se incluyeron en aquella fase avanzada del Bronce Final. El panorama quedó completado por la publicación de un espléndido vaso del mismo tipo, que se había recuperado superficialmente (13) en el Cerro de los Infantes de Pinos Puente. Con posterioridad se dieron a conocer otros fragmentos, del mismo yacimiento (14), que nosotros incluimos en el Bronce Final “clásico” del Sureste, al tenerse por entonces sólo el paralelo de Monachil, que

(9) Véanse los fragmentos del estrato III/norte de Purullena (MOLINA, F. y PAREJA, E.: *Excavaciones...*, *op. cit.*, nota 7, fig. 28:87-88), aunque con el borde más engrosado. Los materiales de la Cuesta del Negro aparecieron asociados a otras cerámicas incisas y de boquique, propios del Bronce Tardío, lo que puede servirnos como muestra del momento anterior al del Cerro de la Miel.

(10) Son los típicos vasos presentes en el estrato VI/sur de Purullena (MOLINA, F. y PAREJA, E.: *Excavaciones...*, *op. cit.*, nota 7, figs. 56 y 57:231), también aparecidos en los estratos del Bronce Tardío del corte 7 del Cerro de la Mora.

(11) AUBET, M. E., SERNA, M. R., ESCACENA, J. J. y RUIZ, M. M.: *La Mesa de Setefilla. Lora del Río (Sevilla). Campaña de 1979*, Exc. Arq. Esp. 122, 1983, pp. 86 ss., figs. 15:1 y 18:24.

(12) ARRIBAS, A., PAREJA, E., MOLINA, F., ARTEAGA, O. y MOLINA, F.: *Excavaciones en el poblado de la Edad del Bronce 'Cerro de la Encina', Monachil (Granada). El corte estratigráfico n.º 3*, Exc. Arq. Esp. 81, 1974, fig. 68:92 y lám. XIX:E.

(13) MENDOZA, A., MOLINA, F., ARTEAGA, O. y AGUAYO, P.: “Cerro de los Infantes (Pinos Puente, Provincia de Granada). Ein Beitrag zur Bronze und Eisenzeit in Oberandalusien”, *M. M.* 22, 1981, fig. 12e. MOLINA, F., MENDOZA, A., SAEZ, L., ARTEAGA, O., AGUAYO, P. y ROCA, M.: “Nuevas aportaciones para el estudio del origen de la cultura ibérica en la Alta Andalucía. La campaña de 1980 en el Cerro de los Infantes”, *C.N.A. XVI*, 1983, pp. 689 ss., fig. 2h. Este vaso fue recogido por don Angel Zapata, siendo posteriormente adquirido por el Museo Arqueológico de Granada donde hoy se encuentra.

(14) PACHON, J. A., CARRASCO, J. y PASTOR, M.: “Protohistoria de la Cuenca Alta del Genil”, *Cuad. Preh. Gr.* 4, 1979, p. 317, fig. 14:2-4.

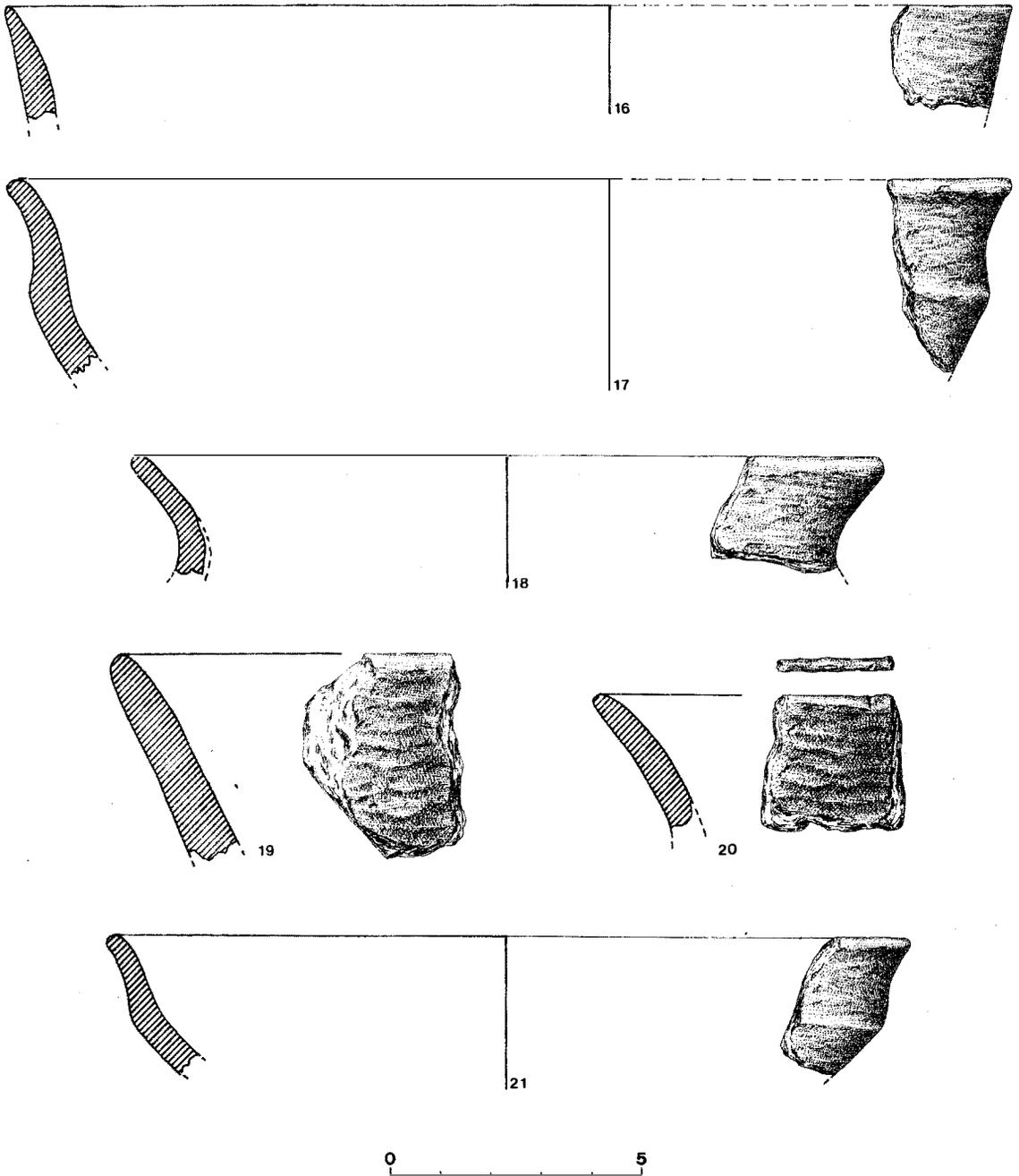


Fig. 7.—Cerro de la Miel. Estrato A,6. 3:4.

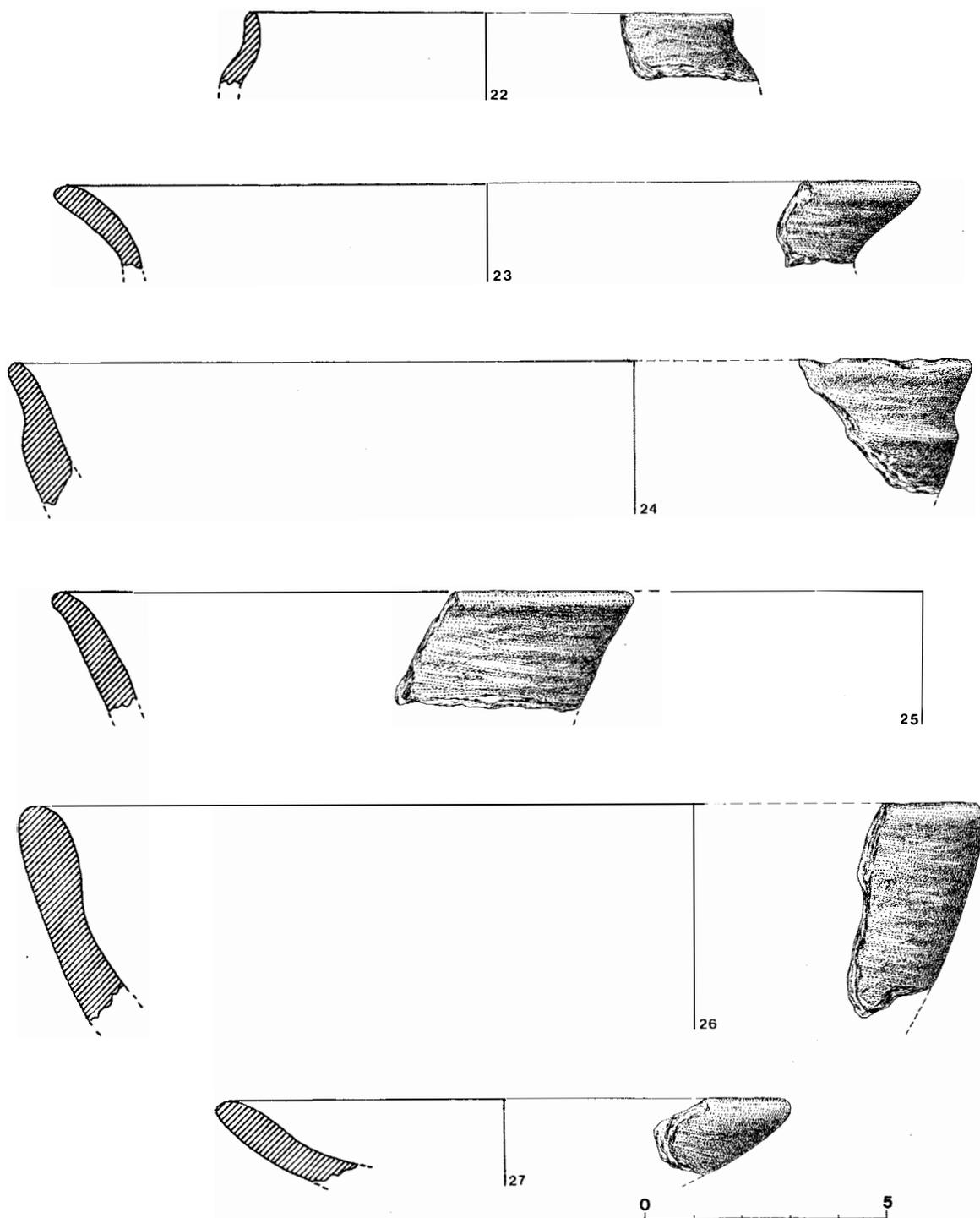


Fig. 8.—Cerro de la Miel. Estrato A,6. 3:4.

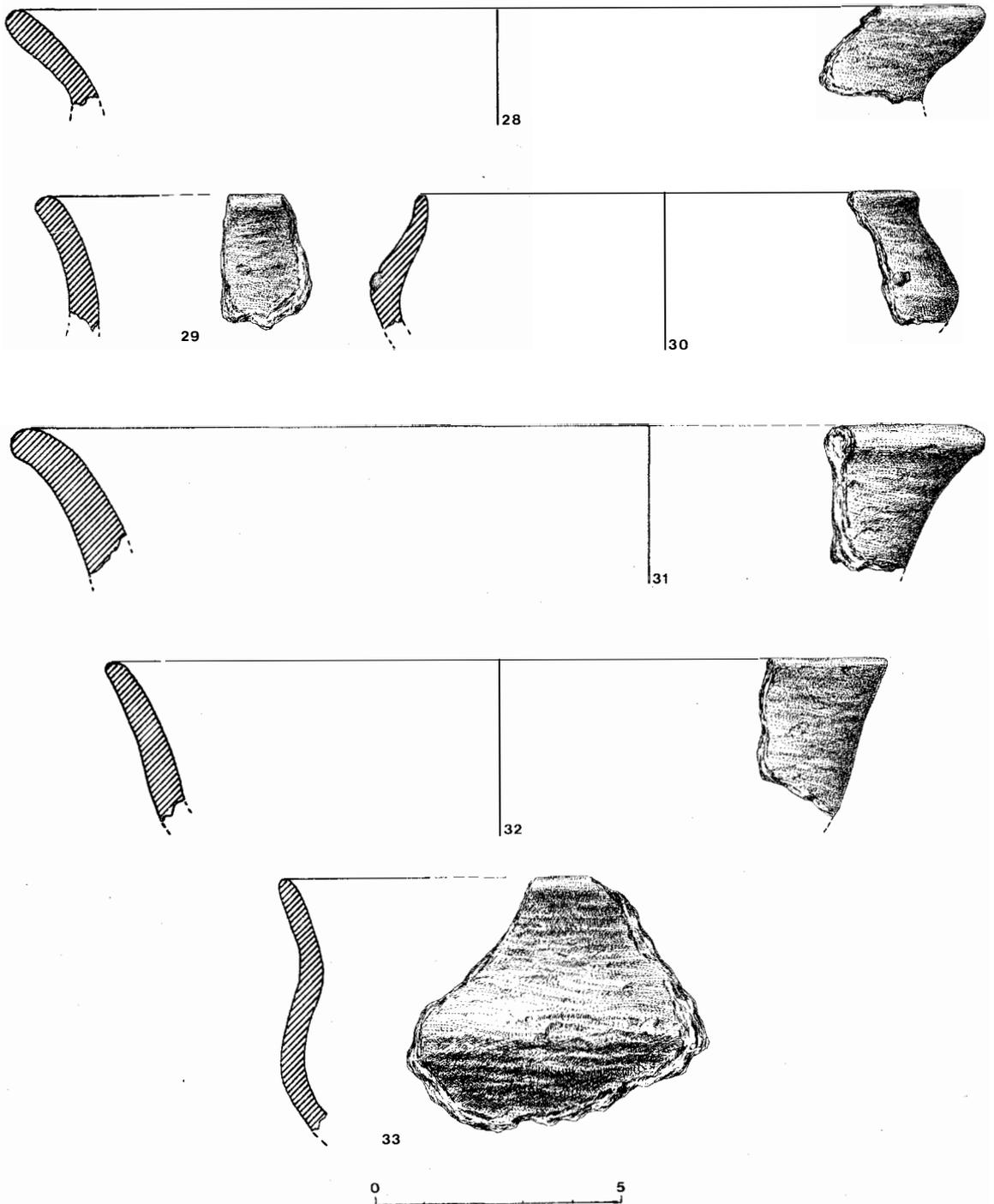


Fig. 9.—Cerro de la Miel. Estrato A,6. 3:4.

apareció asociado a elementos claramente definitorios, como las cerámicas con decoración bruñida o las pintadas semejantes a los del mundo tartésico (15).

Cuando se produjo el hallazgo del Cerro de la Miel parecía patente la relación *mundo tartésico / incrustaciones metálicas* en la cerámica, siendo notable la presencia de esta modalidad en los ajuares de la necrópolis tumular de Setefilla (16). Todavía más lejos, en Medellín, estaban igualmente presentes dichas cerámicas con un ejemplar superficial, que venía a ilustrar la distribución espacial de esos materiales, y su posible asociación a cerámicas pintadas y con decoración bruñida (17). Se entendía así que las incrustaciones metálicas en la Península podían tener una extensión en el tiempo desde el 850 a.C., fecha que situaba el inicio del Bronce Final II del Sureste, hasta los siglos VII y VI a.C., cronología extraída por los últimos excavadores de la necrópolis de Setefilla (18). La primera divergencia, respecto a tal interpretación, pudo plantearse el excavar el Cerro de la Miel cuyo hallazgo, inserto en un contexto donde faltaban todos esos elementos tartésicos —con la excepción de la espada y la fibula (19)— revelaba, quizás, la mayor antigüedad para este tipo de elementos, permitiendo la posibilidad de que esta forma cerámica se iniciara en el Bronce Final I.

Otro fragmento cerámico que puede sustraerse a aquella primera interpretación es el dado a conocer por F. Amores y procedente del estrato XIII de la Mesa de Setefilla, fragmento que al margen de las fechaciones de este autor (20) sería el elemento más antiguo recuperado en el Bajo Guadalquivir; ese estrato XIII es un nivel que, por la presencia de Cogotas I, decoraciones bruñidas y pintadas, muy bien podría interpretarse como de transición hacia el Bronce Final o de un momento inicial de la fase. De hecho, el estrato XIII se incluyó en la fase IIa del yacimiento, en un denominado Bronce Final Antiguo, fechada en torno al cambio de milenio, hacia los siglos XI-X a.C. (21).

Si consideramos la datación más alta para Setefilla, el fragmento de ese yacimiento y el del Cerro de la Miel serían los más antiguos de la Península, presuponiendo además que, tanto en el asentamiento sevillano como en el granadino, se daría una identidad estratigráfica patente: la de preceder inmediatamente a los horizontes clásicos tartésicos o, si se pre-

(15) ARRIBAS, A. *et alii*: *Excavaciones...*, *op. cit.*, nota 12, fig. 66.

(16) En el túmulo A de esta necrópolis sólo se recogió un vaso fragmentado (AUBET, M. E.: *La necrópolis de Setefilla en Lora del Río, Sevilla*, Barcelona, 1975, fig. 48:2), y en el B los hallazgos fueron dos (AUBET, M. E.: *La necrópolis de Setefilla en Lora del Río, Sevilla. Túmulo B*, Barcelona, 1978, figs. 20:2 y 22:2).

(17) ALMAGRO-GORBEA, M.: *El Bronce Final y el Período Orientalizante en Extremadura*, *Bibl. Praeh. Hisp.* XVI, 1977, fig. 48.

(18) Contemporánea a la fase III de poblado correspondiente (AUBET, M. E. *et alii*: *La Mesa...*, *op. cit.*, nota 11, p. 138, fig. 63).

(19) Tras el descubrimiento de la Ría de Huelva, lugar donde más elementos de este tipo se han encontrado, han sido pocos los hallazgos de fíbulas de codo en estratigrafías, y cuando se han producido se relacionaron con el depósito onubense. En cuanto a las espadas, nuestro caso es el único —hasta ahora— recuperado en estratigrafía, de lo que se podrán deducir importantes conclusiones como trataremos de exponer.

(20) F. Amores incluye ese nivel en su Bronce Reciente de tipo clásico (Bronce Reciente IIA), para el que asigna una datación del 850/800 a 775 a.C. (AMORES, F.: *Ensayo de periodización del Bronce Reciente en Andalucía Occidental*, Sevilla, tesis de doctorado inédita).

(21) El estrato XII, perteneciente a la fase IIb, se situó en los siglos IX-VIII a.C. (AUBET, M. E. *et alii*: *La Mesa...*, *op. cit.*, nota 11, pp. 137 ss.).

fiere, al Bronce Final II, época del “floruit” de las cerámicas pintadas tipo Carambolo y de las decoradas con motivos bruñidos. Podría argüirse, entonces, que estos vasos cerámicos con incrustaciones metálicas pudieron iniciarse en la Península con el Bronce Final Inicial, perdurando en la etapa siguiente —Bronce Final II— en los hallazgos de Monachil, para persistir hasta la Edad del Hierro si los ejemplares de los túmulos de Setefilla son coetáneos a los enterramientos con torno (22). De ese modo, y según los hallazgos que conocemos directamente, o que se han publicado, puede conformarse una tabla tipológica y cultural en la que quizás puedan apreciarse ciertos cambios tipológicos en formas y agrupaciones de los botones metálicos (fig. 24).

El fragmento del Cerro de la Miel parece confirmar que, para esa fecha, los botones se distribuirían en escaso número por la superficie de la vasija y, posiblemente, en una línea con disposición simétrica. El fragmento que F. Amores dice recuperó de la Mesa de Setefilla debe corresponder a un vaso elíptico, frecuentes en el estrato XIII del yacimiento, pero indudablemente no se trataría de una forma típicamente tartésica. El fragmento de Monachil recuerda un poco la forma del ejemplar de Setefilla, aunque su posición estratigráfica en el nivel IIB, asociado a una fuente pintada bicroma y a fragmentos de cuencos de borde engrosado, permiten incluirlo en un momento claro del Bronce Final II. En esa época creemos se produciría la diversificación de los vasos que soportan las incrustaciones, ejemplo de lo cual sería el vaso recuperado en el Cerro de los Infantes (fig. 24:7), una fuente de boca ancha y carenación alta en la que los botones no son ya un hecho casual, sino que llegan a cubrir la generalidad de la línea de carenación. El mayor interés por la complicación estética explicaría las composiciones que presentan algunos de los fragmentos recuperados en Pinos Puente (fig. 24:5-6), donde encontramos motivos cruciformes o alineamientos dobles en las incrustaciones. La datación de estos últimos hallazgos se situaría, igualmente, en el Bronce Final II.

Para finalizar, si se aceptan las bajas cronologías que se vienen señalando para los túmulos de Setefilla, el grupo de vasos con incrustaciones metálicas quedaría englobado aquí en la Edad del Hierro (fig. 25:1-3). El repertorio es ahora bastante inédito: formas bicónicas de aspecto más globular, decoraciones simples de botones aislados, colocados simétricamente sobre la línea de carenación y, con ello, la continuidad en la complicación decorativa al presentarse un vaso con una asociación de botones totalmente irregular. De cualquier modo, creemos que no debe olvidarse el origen anterior de estas peculiares cerámicas, puesto que incluso en los casos más tardíos de Setefilla nos encontramos con perduraciones como los ónfalos basales o los mismos fondos planos.

El panorama que acabamos de presentar nos indica una perduración de estas decoraciones cerámicas desde, al menos, el Bronce Final I, ya que su existencia en Setefilla asocia-

(22) Ninguno de los ejemplares que se recogieron en Setefilla iba asociado a vasos torneados. En el túmulo A ni siquiera quedó claro —en la publicación— si formaba parte del ajuar de alguna incineración, o si se encontró entre las tierras del túmulo o en cualquier otro sitio; los hallados en el túmulo B, uno de ellos formaba parte del ajuar de la incineración n.º 13 —sin torno—, mientras que el otro componía en sí mismo una urna aislada. Estos dos últimos hallazgos constituían parte de la necrópolis de base, ajena al túmulo, y de la que desgraciadamente aún no conocemos su período de utilización.

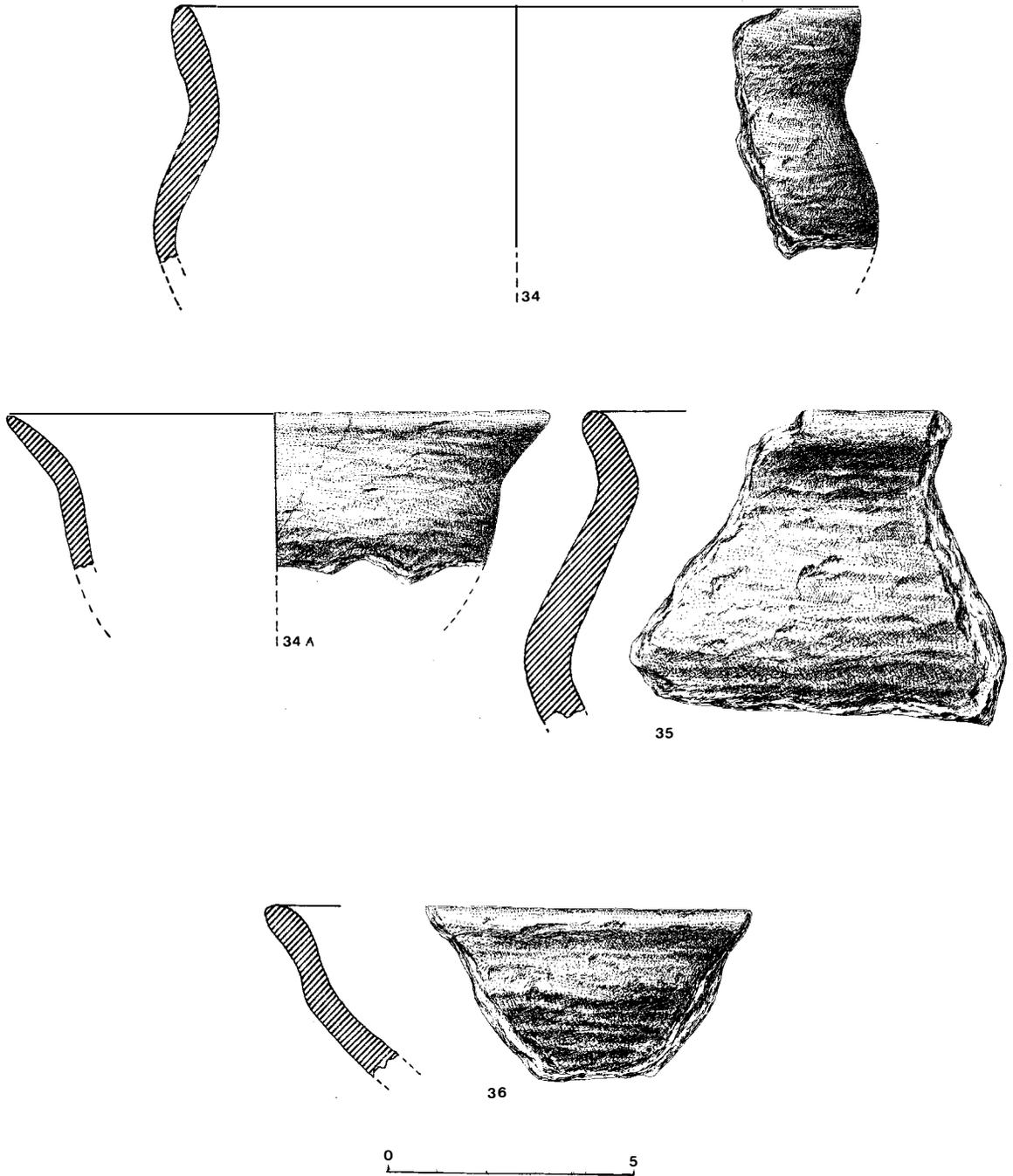


Fig. 10.—Cerro de la Miel. Estrato A.6. 3:4.

das a elementos propios de Cogotas I (23) podría retrotraer sus orígenes al Bronce Tardío, donde las cerámicas meseteñas alcanzan su mayor entidad (24). Posteriormente pasarían al repertorio cerámico tartésico, donde adoptaron nuevas formas y, gracias a la expansión económica de Tartessos, se extendieron a otras zonas peninsulares como Extremadura (25) para pervivir hasta la Edad del Hierro, pero ya sólo en determinadas regiones como el Suroeste o la Meseta, en la que se localizan asociadas al horizonte Cogotas II (26). En Andalucía Oriental no conocemos, por el momento, ninguna incrustación metálica junto a cerámicas torneadas.

Este elemento decorativo pudo iniciarse en torno al cambio del segundo al primer milenio a.C., si nos atenemos al registro arqueológico local, pero que no conocemos con precisión pues no está claro que sea un elemento autóctono o si, por el contrario, se relaciona a cerámicas europeas que, emparentadas con las primeras influencias de los Campos de Urnas, se comprueban en algunas regiones de Francia (27) en los siglos XII-XI a.C. y, más tarde, en la Italia villanoviana (28). En la Península parecen originarias del mediodía, donde encontramos los ejemplares más antiguos; desde aquí posiblemente se adoptara su uso en la región extremeña, mientras que su presencia en la Meseta, en la Segunda Edad del Hierro, quizás se deba relacionar a un origen indoeuropeo, cuando su utilización hacía bastante tiempo que se había abandonado en el sur del país.

También curioso es el ejemplar cerámico n.º 38, correspondiente a la base de un característico soporte de carrete con baquetón central, muy frecuente en los ambientes del Bronce Final meridional. El nuevo tipo cerámico es bastante frecuente en Andalucía Oriental, donde ha sido contrastado en diversas estratigrafías: en Monachil tenemos varios ejemplares de los estratos I y IIB (29); en el Cerro de los Infantes, procedentes de los estratos 2, 3 y 5 del corte 23 (30), todos ellos con uno o varios baquetones; en Cástulo, de los niveles VI-C, VII-E y V-F (31); en Alboloduy, del estrato 14 y de las casas 1 y 3, además de otros superficia-

(23) El fragmento del estrato XIII de Setefilla apareció con un borde de cuenco decorado con una incisión en zig-zag, propia de esa cultura (AUBET, M. E. *et alii*: *La Mesa...*, *op. cit.*, nota 11, p. 77, fig. 25:71).

(24) Esta hipótesis no deja de ser aún incierta pues, independientemente de la ausencia de estas cerámicas de incrustaciones en el yacimiento de Cogotas, no las tenemos en las estaciones andaluzas donde las cerámicas meseteñas son abundantes. Así ocurre en Purullena (MOLINA, F. y PAREJA, E.: *Excavaciones...*, *op. cit.*, nota 7) y en Fuente Alamo (SCHUBART, H. y ARTEAGA, O.: "Fuente Alamo. Vorbericht über die Grabung 1977 in der Bronzezeitlichen Höhensiedlung", *M. M.* 19, 1978, pp. 23 ss. ARTEAGA, O. y SCHUBART, H.: "Fuente Alamo. Campaña de 1979", *No. Arq. Hisp.* 11, 1981, pp. 7 ss).

(25) ALMAGRO-GORBEA, M.: *El Bronce Final...*, *op. cit.*, nota 17, fig. 48.

(26) CABRE, M. E.: "El problema de la cerámica con incrustaciones de cobre y ámbar de las Cogotas y la Península Ibérica", *XV Cong. Int. d'Antr. et d'Arch. Preh.* (Portugal 1930), Paris, 1931, pp. 1 ss.

(27) GUILAINE, J.: *L'Âge du Bronze en Languedoc occidental, Rousillon, Ariège*, Paris, 1972.

(28) MÜLLER-KARPE, H.: *Beitrag zur Chronologie der urnenfelderzeit Nördlich und Südlich der Alpen*, Rom. Germ. Forsch. 22, 1970.

(29) MOLINA, F.: "Definición...", *op. cit.*, nota 3, tabla tipológica núms. 52-53 (estrato IIB) y 90 (estrato I). Los soportes de carrete sólo se corresponderían con el 52 y el 90, este último sin baquetón, mientras que el 53 es un ejemplar poco corriente, cilíndrico y con dos molduras paralelas.

(30) MENDOZA, A. *et alii*: "Cerro de los Infantes...", *op. cit.*, nota 3, figs. 111, 131-m y 14g.

(31) BLAZQUEZ, J. M. y VALIENTE, J.: *Cástulo III*, Exc. Arq. Esp. 117, 1981, figs. 118:1.031, 124:1.086-87 y 130:1.128. También en las campañas de 1981/82 de ese mismo yacimiento (BLAZQUEZ, J. M. y LOPEZ, F.: *Cástulo V*, Exc. Arq. Esp. 140, 1985, figs. 21g y 145).

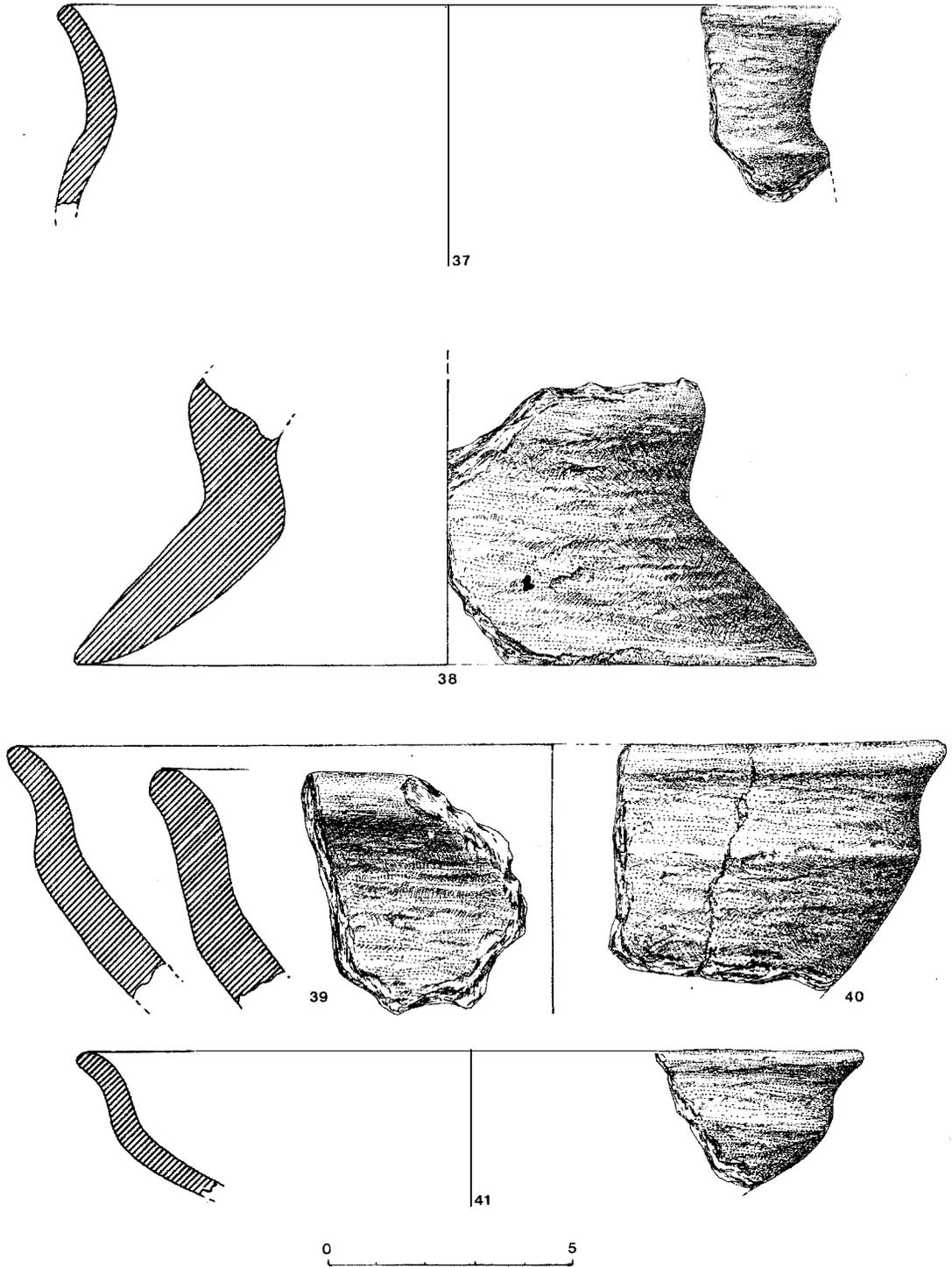


Fig. 11.—Cerro de la Miel. Estrato A,6. 3:4.

les (32). Gran parte de los soportes peninsulares han sido reunidos en un reciente trabajo (33), a los que podemos añadir —entre otros— el del corte 3 del Cerro de la Mora (34) y los procedentes de la Mesa de Setefilla (35), etc. (36), por mencionar algunos que se publicaron con anterioridad al citado trabajo. Aún inéditos existe un amplio muestrario del propio Cerro de la Mora.

Los soportes eran utensilios empleados entre las poblaciones indígenas al menos desde el Neolítico Final, que pervivieron y evolucionaron hasta tiempos ibéricos, e incluso algo después; sin embargo, y debido a que no se han constatado estos objetos en el Bronce Argárico —posiblemente por una falta de datos en la investigación—, se ha supuesto un hiatus, en su uso, entre el Cobre y la eclosión tartésica, época donde alcanzan un desarrollo inusitado. Los estudios así planteados optaban por definir como tartésicos a la práctica totalidad de los soportes peninsulares del Bronce Final y, de este modo, P. Gasull en su sistematización habla (37) de soportes tartésicos arcaicos, tartésicos plenos y soportes tartésicos de levante, con una extensión espacial que desborda, a veces, el supuesto ámbito geográfico tartésico e incluso su hinterland (38). De ésto es fácil derivar la idea de que todo soporte de carrete, en época tartésica, hallado fuera del área metropolitana ha de interpretarse como influencia directa de Tartessos.

A diferencia del planteamiento teórico descrito consideramos que, aunque la influencia tartésica pudo existir en mayor o menor grado, no todos los soportes deben su origen a ella, puesto que es casi seguro que, por la misma funcionalidad del objeto y por las tradiciones locales constatadas, buena parte de los ejemplares documentados deben derivar de ancestros autóctonos. Eso puede comprobarse en la misma Andalucía Occidental, donde la continuidad desde el Cobre al Bronce Final, en el uso de esos objetos, estaría demostrada en parte por el soporte del estrato XIV de la Mesa de Setefilla (39), correspondiente a la fase I del yacimiento y englobada en el Bronce Pleno. La comprobación, de forma somera, de la

(32) MARTINEZ, C. y BOTELLA, M. C.: *El Peñón de la Reina (Alboloduy, Almería)*, Exc. Arq. Esp. 112, 1980, figs. 97, 147:2-3, 180 y 181:1.

(33) GASULL, P.: “Los soportes en el Bajo Guadalquivir: intento de clasificación”, *M.M.* 23, 1982, pp. 62 ss.

(34) CARRASCO, J., PASTOR, M. y PACHON, J. A.: “Cerro de la Mora...”, *op. cit.*, nota 1 (1982), fig. 31:143.

(35) AUBET, M. E. *et alii*: *La Mesa...*, *op. cit.*, nota 11, figs. 19:31 y 37:195.

(36) En la tesis doctoral de F. Amores (*op. cit.*, nota 20) se incluyen soportes de las excavaciones de 1980 en Carmona (PELLICER, M. y AMORES, F.: “Protohistoria de Carmona. Los cortes estratigráficos CA-80/A y CA-80/B”, *Not. Arq. Hisp.* 22, 1985, fig. 16:8), Montemolín (Marchena) y Huerto Pimentel (Lebrija), reestructurando además los conocidos de Los Quemados, Ategua, Macareno y Alhonor.

(37) GASULL, P.: “Los soportes...”, *op. cit.*, nota 33.

(38) Los influjos tartésicos han llevado a ciertos autores a pensar que la hegemonía política de Tartessos pudo extenderse hasta la región murciana (SUREDA, N.: *Las fuentes sobre Tartessos y su relación con el Sureste Peninsular*, Murcia 1979). En Levante, desde la excavación de los Saladares, se ha hablado mucho de la influencia tartésica en los repertorios cerámicos levantinos; pero en la realidad de los soportes cerámicos esa influencia parece pasar más por manos fenicias y por las producciones que ellos hicieron al gusto indígena. Esas producciones serían copiadas por las poblaciones locales en cerámica a mano, siendo desconocidos —por lo que sabemos— los soportes a mano procedentes de estratos sin torno.

(39) AUBET, M. E. *et alii*: *La Mesa...*, *op. cit.*, nota 11, fig. 19:31.

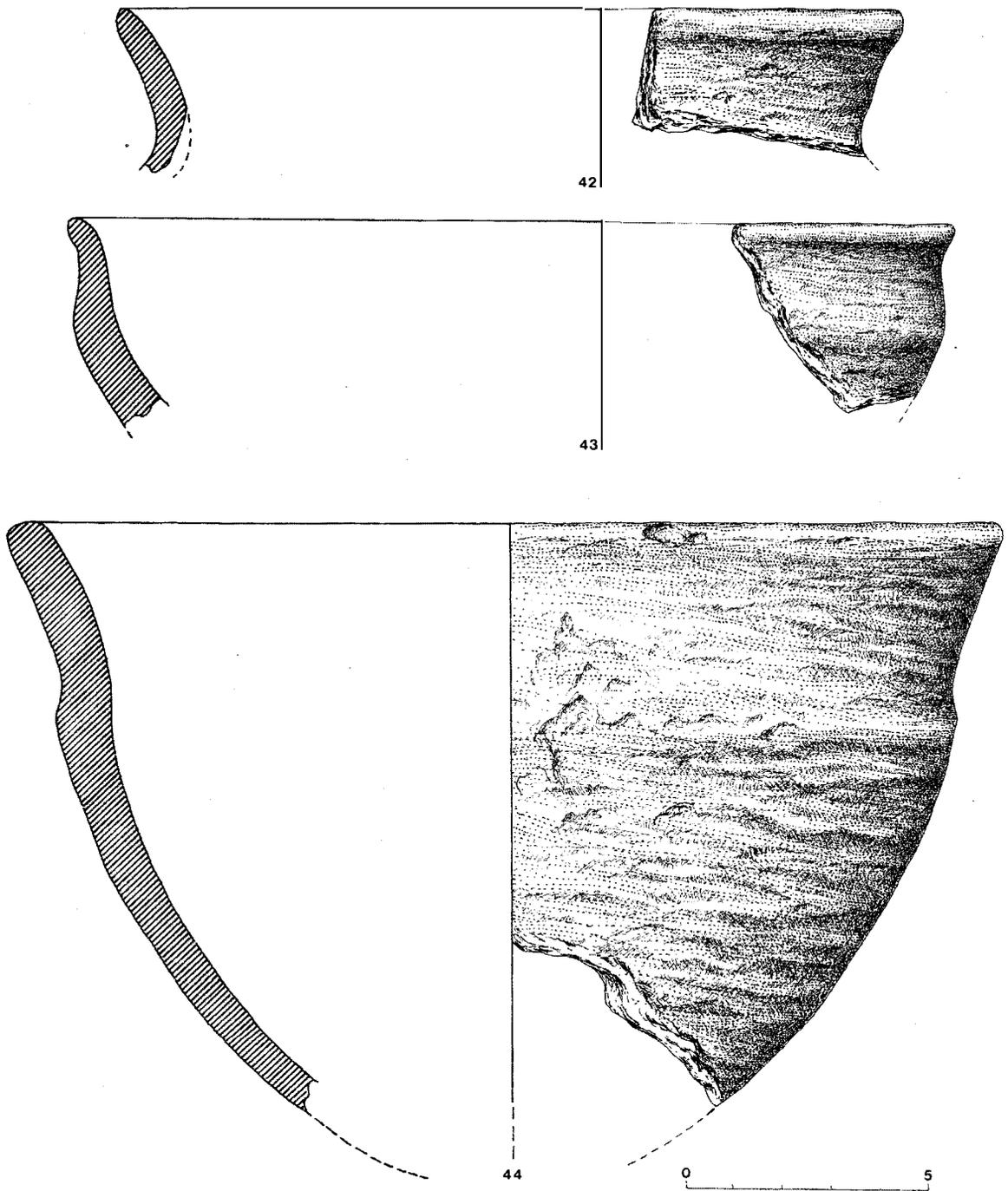


Fig. 12.—Cerro de la Miel. Estrato A.6. 3:4.

existencia de soportes en momentos previos a lo tartésico permite encuadrar al hallazgo del Cerro de la Miel en un contexto inicial del Bronce Final, anterior a las tan traídas influencias tartésicas sobre la Alta Andalucía.

Interesa recordar, abundando en esta tendencia, el ejemplar recuperado en la Peña Negra de Crevillente: corresponde a un soporte con baquetón triangular enmarcado en una serie de pequeñas líneas paralelas incisas, soporte que A. González Prats relaciona a paralelos decorados del horizonte Cogotas I (40), aunque la cronología del soporte levantino es considerablemente posterior. Si pudiéramos asegurar esa supuesta relación quedaría establecida la posibilidad de una tradición de soportes peninsulares que pueden entroncar con el Bronce Tardío y que pudieron dejar su huella en los materiales del Bronce Final levantino. El planteamiento, que es sólo una hipótesis, si se aplicara al Sureste peninsular chocaría con la ausencia de soportes en ambientes tardíos del Bronce, lo mismo que en el Bronce Argárico, aunque se atestiguan desde el Cobre (41). La aparente ruptura en la seriación de los soportes del Sureste ha reforzado la sobrevaloración —en ciertos investigadores— de la

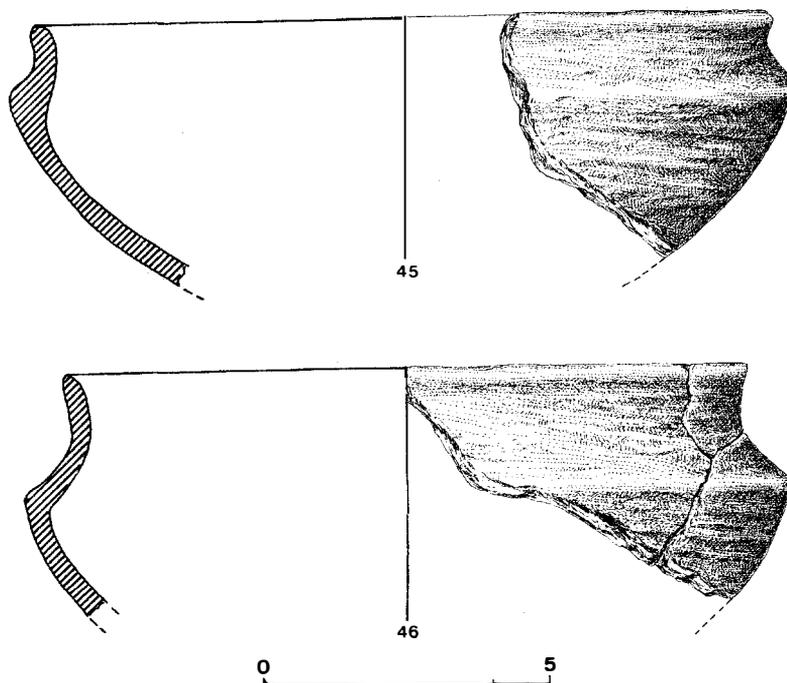


Fig. 13.—Cerro de la Miel. Estrato A,6. 3:4.

(40) GONZALEZ PRATS, A.: "La Peña Negra IV. Excavaciones en el Sector VII de la ciudad orientalizante (1980-81)", *Not. Arq. Hisp.* 13, 1982, p. 326, fig. 10:5.949.

(41) GASULL, P.: "Los soportes...", *op. cit.*, nota 33, autora que señala soportes eneolíticos en la región murciana: Mazarrón y Lorca, con un total de cuatro ejemplares.

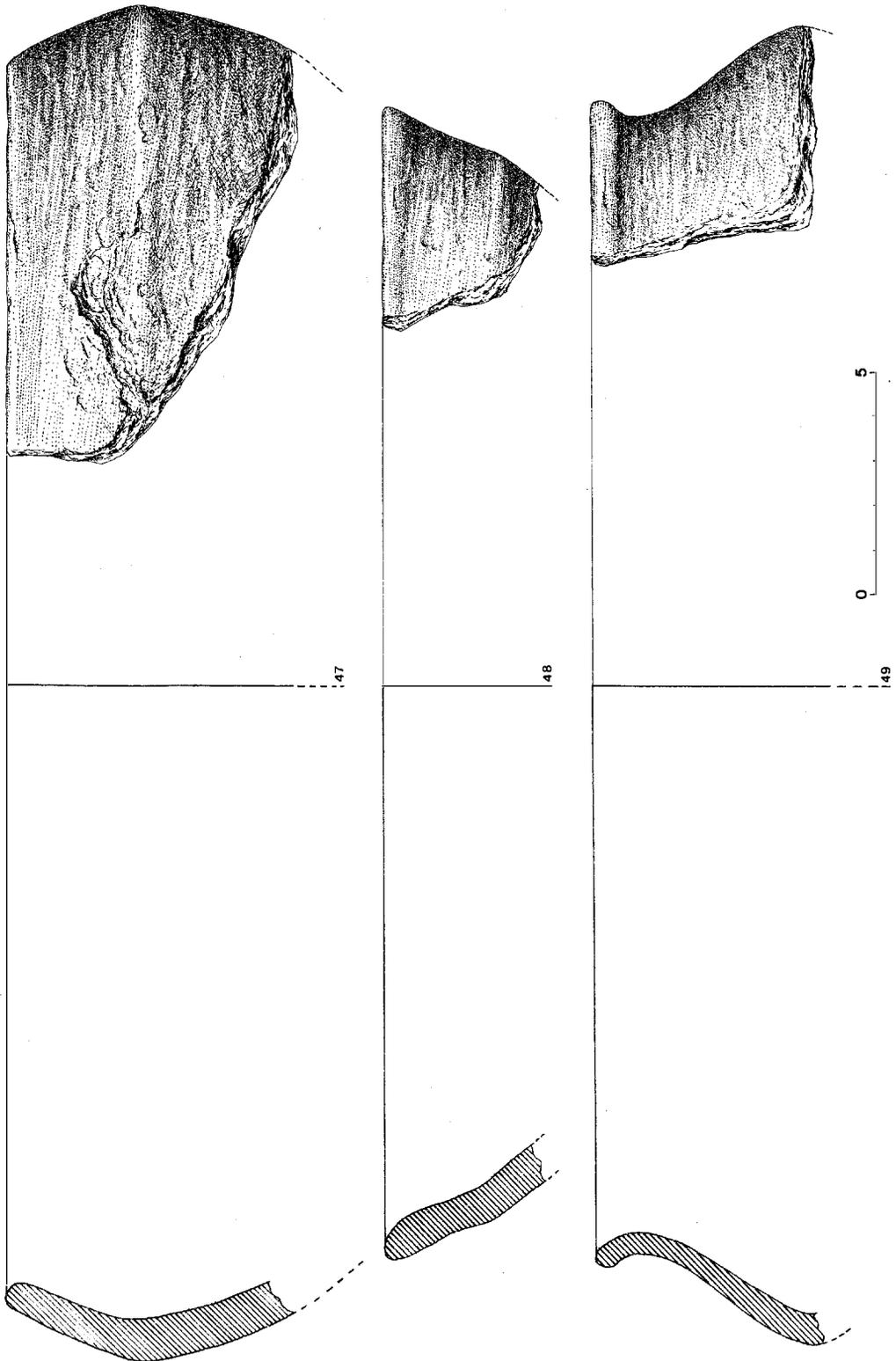


Fig. 14.—Cerro de la Miel. Estrato A.6. 2:3.

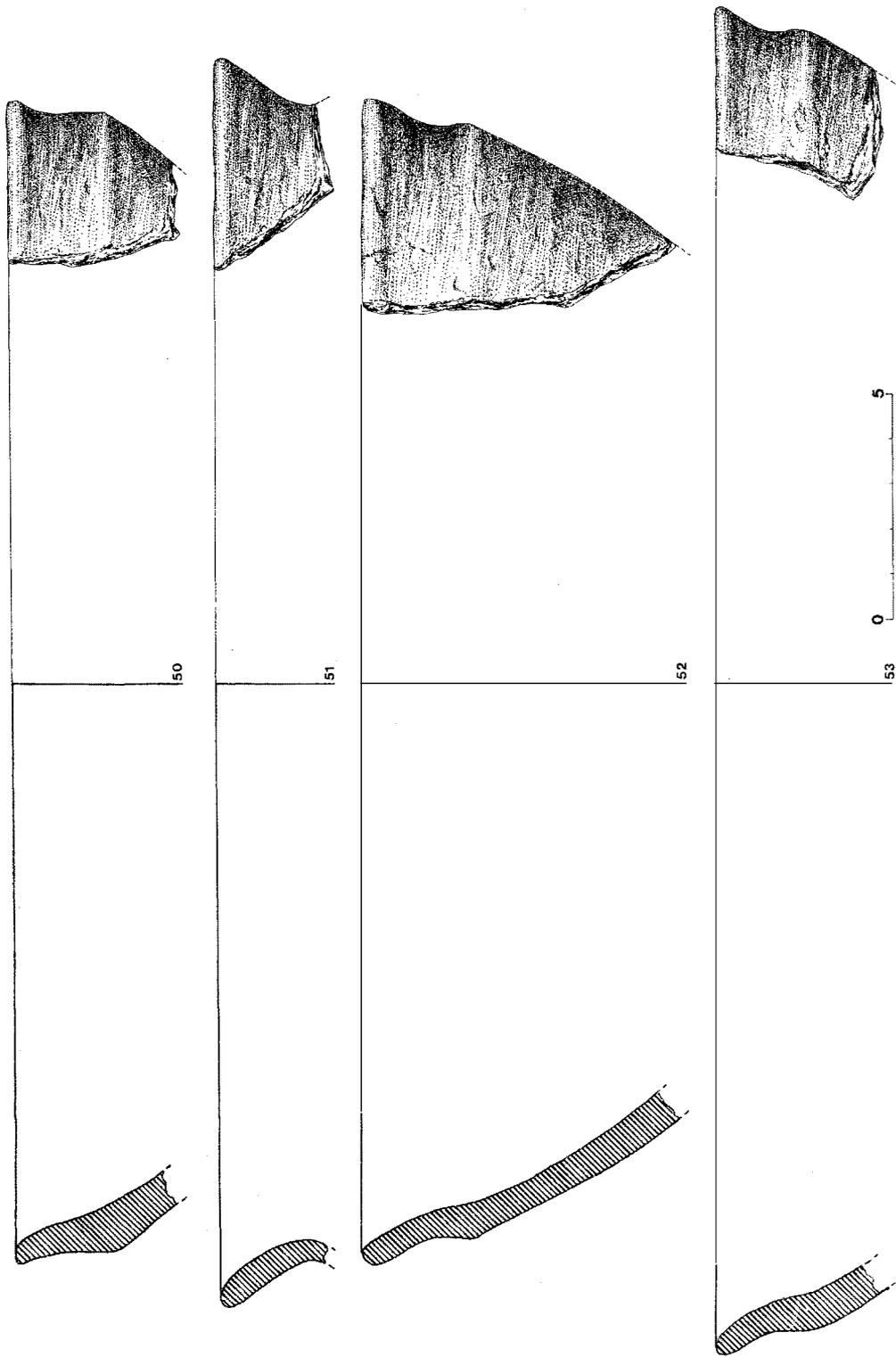


Fig. 15.—Cerro de la Miel. Estrato A.6. 2:3.

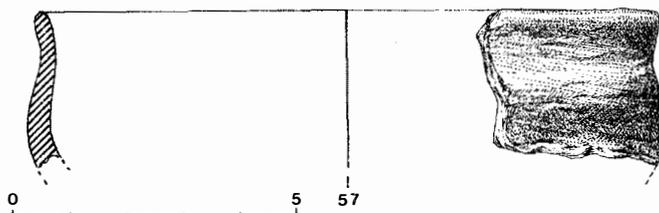
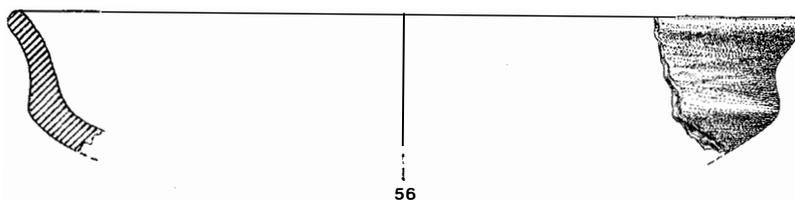
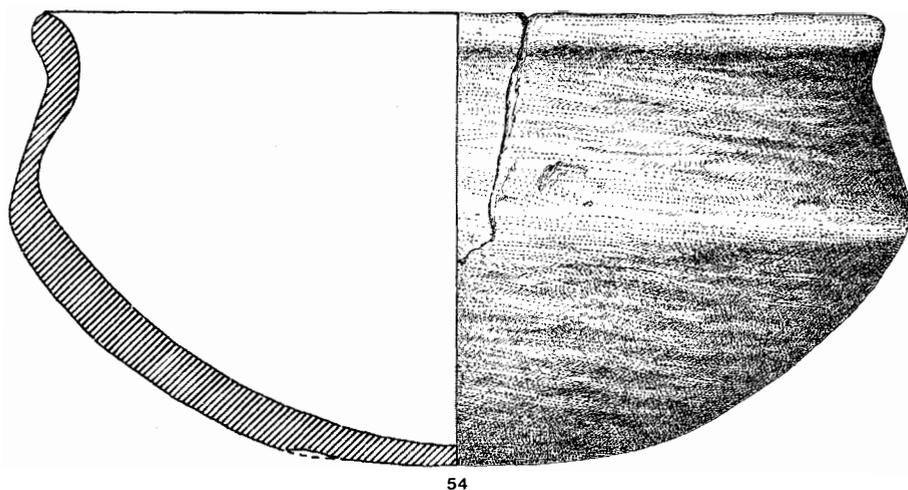


Fig. 16.—Cerro de la Miel. Estrato A,6. 3:4.

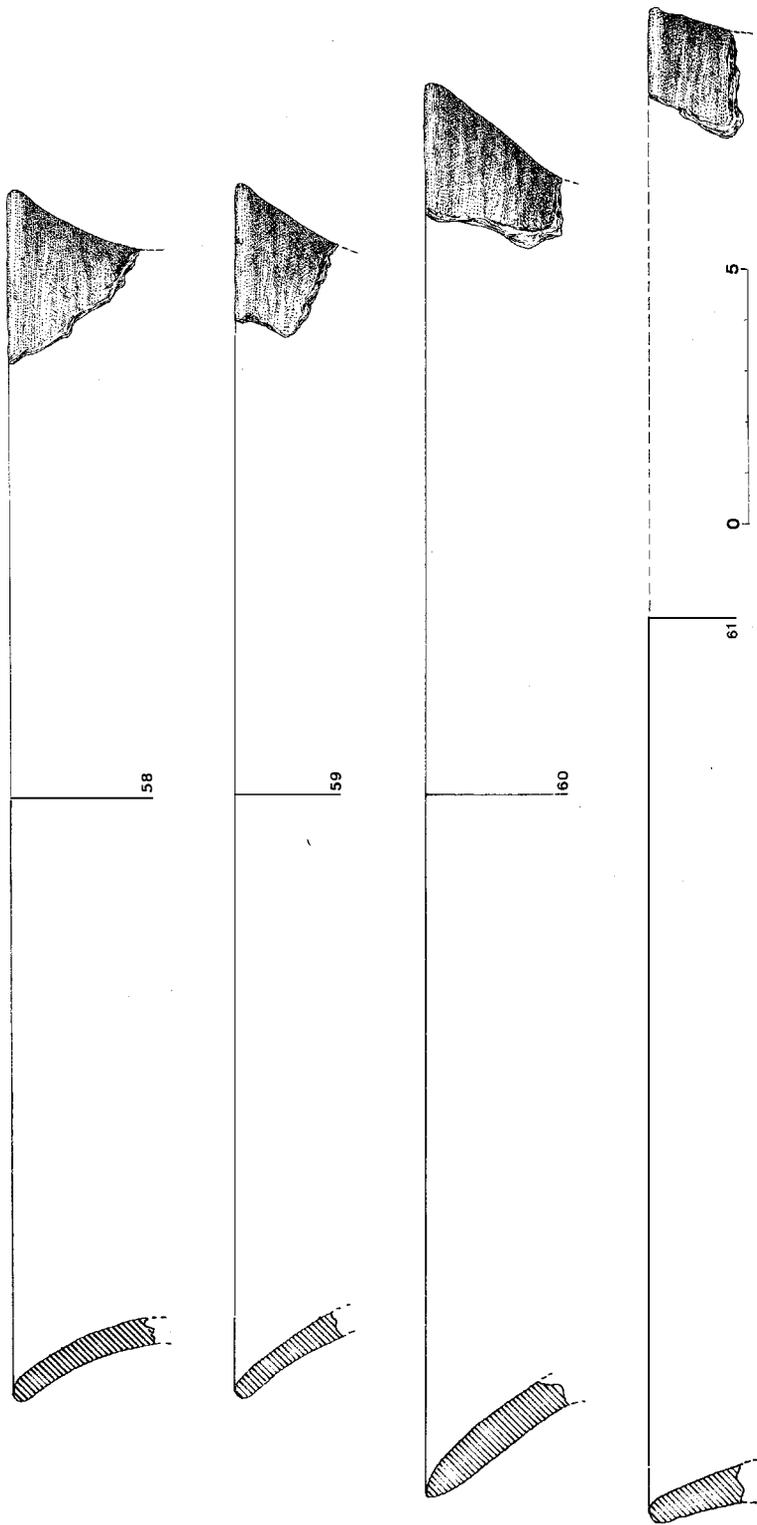


Fig. 17.—Cerro de la Miel. Estrato A.6. 2:3.

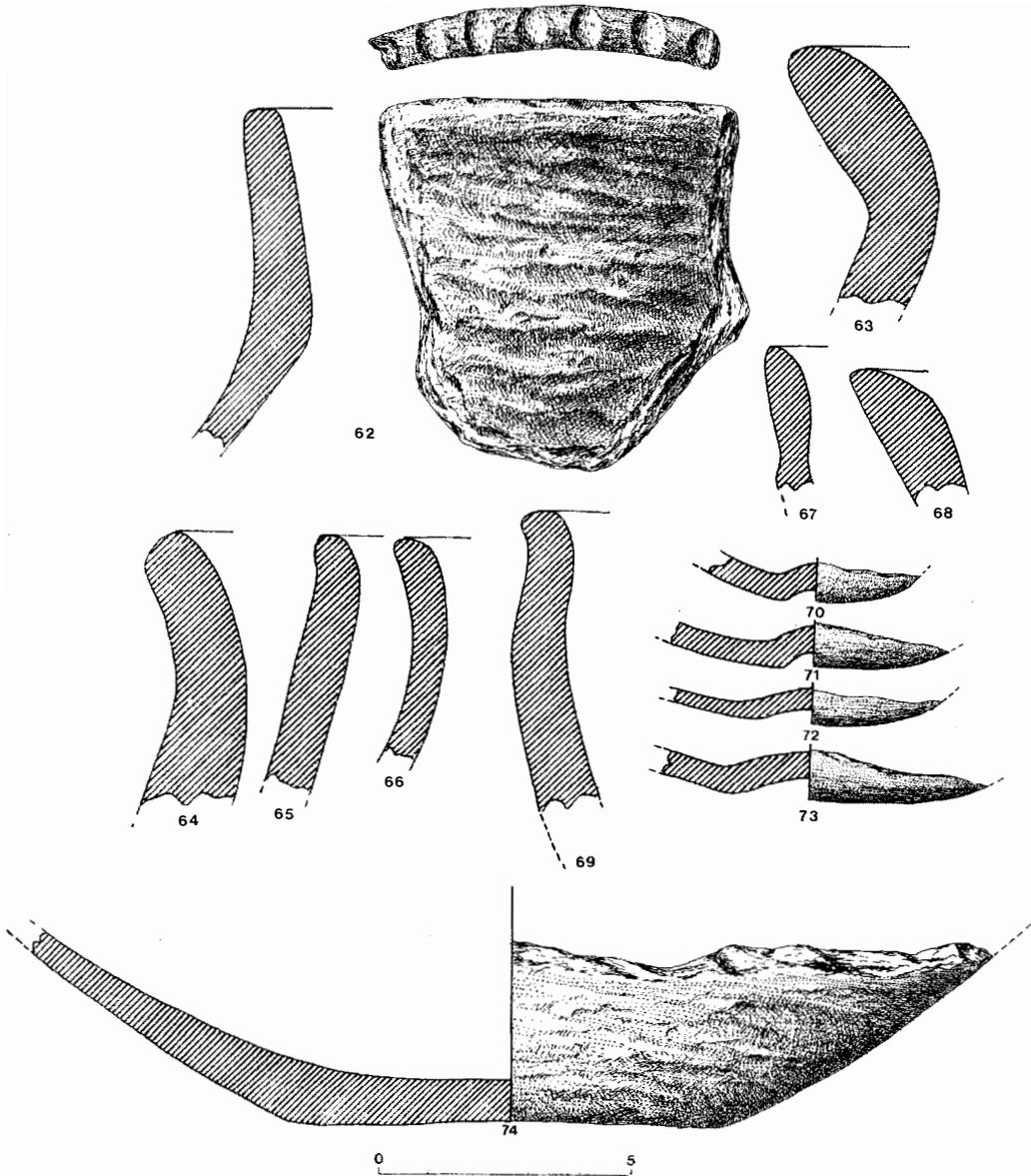


Fig. 18.—Cerro de la Miel. Estrato A.6. 3:4.

importancia de los influjos tartésicos en la zona, explicando así la gran mayoría de los soportes que aquí se conocen; por otra parte, el soporte del Cerro de la Miel abogaría por unas relaciones —si las hubo— con el Sureste antes de lo propiamente tartésico (42).

Para la fijación cronológica, el soporte del estrato XIV de Setefilla quedaría situado en el segundo milenio a.C., en un momento no posterior al 1570-1520 a.C. Indudablemente, tales fechas son demasiado elevadas para aplicarlas al soporte del Cerro de la Miel, pues ello nos introduciría plenamente en un ambiente argárico y, como sabemos, no ha podido documentarse ningún ejemplar en dicha cultura. Las diferencias entre el soporte sevillano y el granadino son evidentes incluso tipológicamente, el segundo podría decirse además que se trata de un tipo ya evolucionado, más en relación con lo que luego serán los soportes tartésicos. Para adjudicarle una fecha más acorde con su contexto puede recordarse la clasificación que Ruiz Mata hiciera sobre el Bronce Final en Andalucía Occidental (43), donde matizaba una fase inicial que arrancaba en los siglos X-IX a.C. y que, aunque él la consideraba pretartésica, se incluían las cerámicas con decoración bruñida y las pintadas geométricas. Esta etapa concluiría con la llegada de los colonizadores fenicios que ya abrían plenamente el período tartésico. Nosotros preferimos llamar a aquella etapa, en el Sureste, Bronce Final II (44), mientras que el momento precedente o Bronce Final I, en el que se englobaría el soporte, cubriría por lo menos parte del siglo XI, el siglo X y el primer cuarto del siglo IX a.C. En ese horizonte inicial del Bronce Final faltarían buena parte de los contenidos que van a caracterizar, en la segunda etapa, a lo tartésico, aunque si nos atenemos a la bibliografía tradicional es posible detectar, en sus momentos finales, la presencia de materiales que luego van a generalizarse, como soportes o incluso las espadas de lengua de carpa que después trataremos (45).

Abundan igualmente en esa datación antigua del conjunto otros materiales del Cerro de la Miel, concretamente los fragmentos n.º 92 y 93, correspondientes a vasijas groseras de grandes dimensiones y series verticales de mamelones agrupados de dos en dos. Corresponden a formas no muy corrientes en los corpus cerámicos del Bronce Final, recordando por

(42) Los contactos entre Sureste y Suroeste existieron desde el Cobre, e incluso desde el tránsito del Neolítico a la Edad del Cobre, como ya señalaron ARRIBAS, A. y MOLINA, F.: *El poblado de 'Los Castillejos' en las Peñas de los Gitanos (Montefrío, Granada)*, Cuad. Preh. Gr. Serie Monográfica 3, 1979, p. 136. Estas relaciones antiguas pudieron mantenerse, de alguna manera, en el Bronce Medio, explicándose así las concomitancias que Aubet encontró entre la sepultura de la Mesa de Setefilla y ciertos materiales argáricos (AUBET, M. E. y SERNA, M. R.: "Una sepultura de la Edad del Bronce en Setefilla", *Trab. Preh.* 38, 1981, pp. 225 ss.), para luego prolongarse en el Bronce Tardío y Final.

(43) RUIZ MATA, D.: "El Bronce Final...", *op. cit.*, nota 5.

(44) El momento siguiente, de impacto colonial fenicio, no lo denominamos Bronce Final, sino Orientalizante Antiguo, aludiendo al más antiguo momento, cuando comienzan a notarse los influjos semitas: los cambios tan profundos que esos influjos provocan separarán claramente ese período del Bronce Final II.

(45) Estas espadas se han asociado a materiales tartésicos, pero el tipo del Cerro de la Miel podría ser un ejemplar más arcaico que bien puede situarse en un momento anterior a lo tartésico, o al principio de éste. En el mismo sondeo de la espada apareció una fibula de codo que, normalmente, acompaña a ese tipo de hallazgos, pero que también podrían ser más antiguas. Sobre estas fibulas ya intentamos defender, en otro sitio, fechas todavía más antiguas (CARRASCO, J., PACHÓN, J. A., PASTOR, M. y LARA, I.: "Hallazgos del Bronce Final en la provincia de Jaén. La necrópolis de Cerro Alcalá (Torres, Jaén)" *Cuad. Preh. Gr.* 5, 1980, pp. 221 ss.).

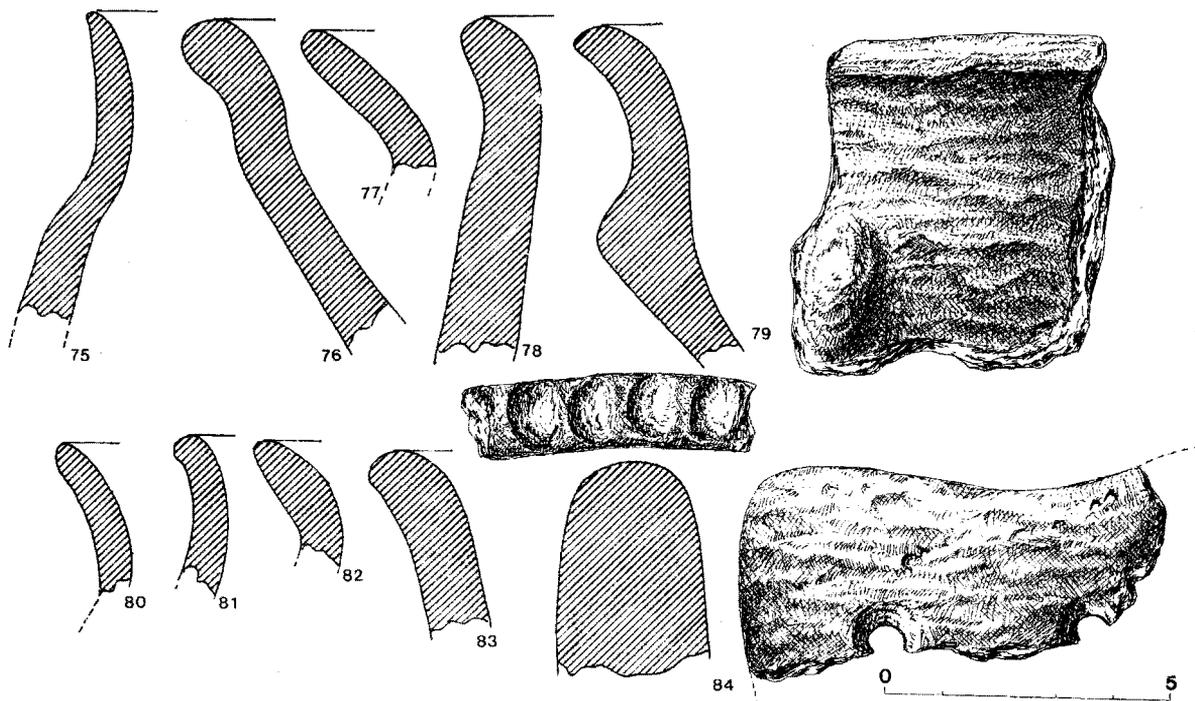


Fig. 19.—Cerros de la Miel. Estrato A.6. 3:4.

sus dimensiones a los “pithoi” utilizados para almacenaje de granos: recordemos que en la Cuesta del Negro de Purullena se recogieron vasijas mucho más pequeñas que las tratadas, algunas de las cuales ofrecían mamelones alineados en series verticales (46). En Alboloduy también se recuperó un vaso semejante, procedente de la superficie y un fragmento con mamelones verticales de la casa 4 (47), ya de época bastante reciente. Por último, procedente del Cerro de la Encina, F. Molina incluyó en su fase I del Bronce Final (1.100-850 a.C.) un fragmento de un ejemplar de grandes dimensiones y con el mismo sistema decorativo vertical (48).

Es también de interés el fragmento n.º 90 que, por su pequeño diámetro (10 cm.), debe corresponder al pie de una copa o a un vaso con pie, mejor que a un soporte de carrete. Las copas no han sido muy frecuentes en los contenidos del Bronce Final de la provincia granadina, aunque es lógico suponer su derivación desde las copas argáricas al Bronce Tardío y, luego, al Bronce Final (49); en el mismo Cerro de la Mora se encontró un trozo que puede

(46) Son vasos que se calificaron como ollas de paredes rectas, ligeramente entrantes (MOLINA, F. y PAREJA, E.: *Excavaciones...*, op. cit., nota 7, fig. 35:310).

(47) MARTINEZ, C. y BOTELLA, M.: *El Peñón...*, op. cit., nota 32, fig. 205:7.

(48) MOLINA, F.: *La cultura del Bronce final en el Sudeste de la Península Ibérica*, Tesis Doctorales de la Universidad de Granada 178, 1977, tabla tipológica, n.º 3. Existen, sin publicar, ejemplares similares procedentes de las cercanías del Pantano de Cubillas, Granada.

(49) En época argárica son conocidas las copas carenadas de pie bajo, como las procedentes del Cerro de Enmedio de Almería (SCHUBART, H.: “Cerro de Enmedio. Hallazgos de la Edad del Bronce en el Bajo Andarax, provincia de Almería”, *Cuad. Preh. Gr.* 5, 1980, pp. 175 ss., fig. 2).

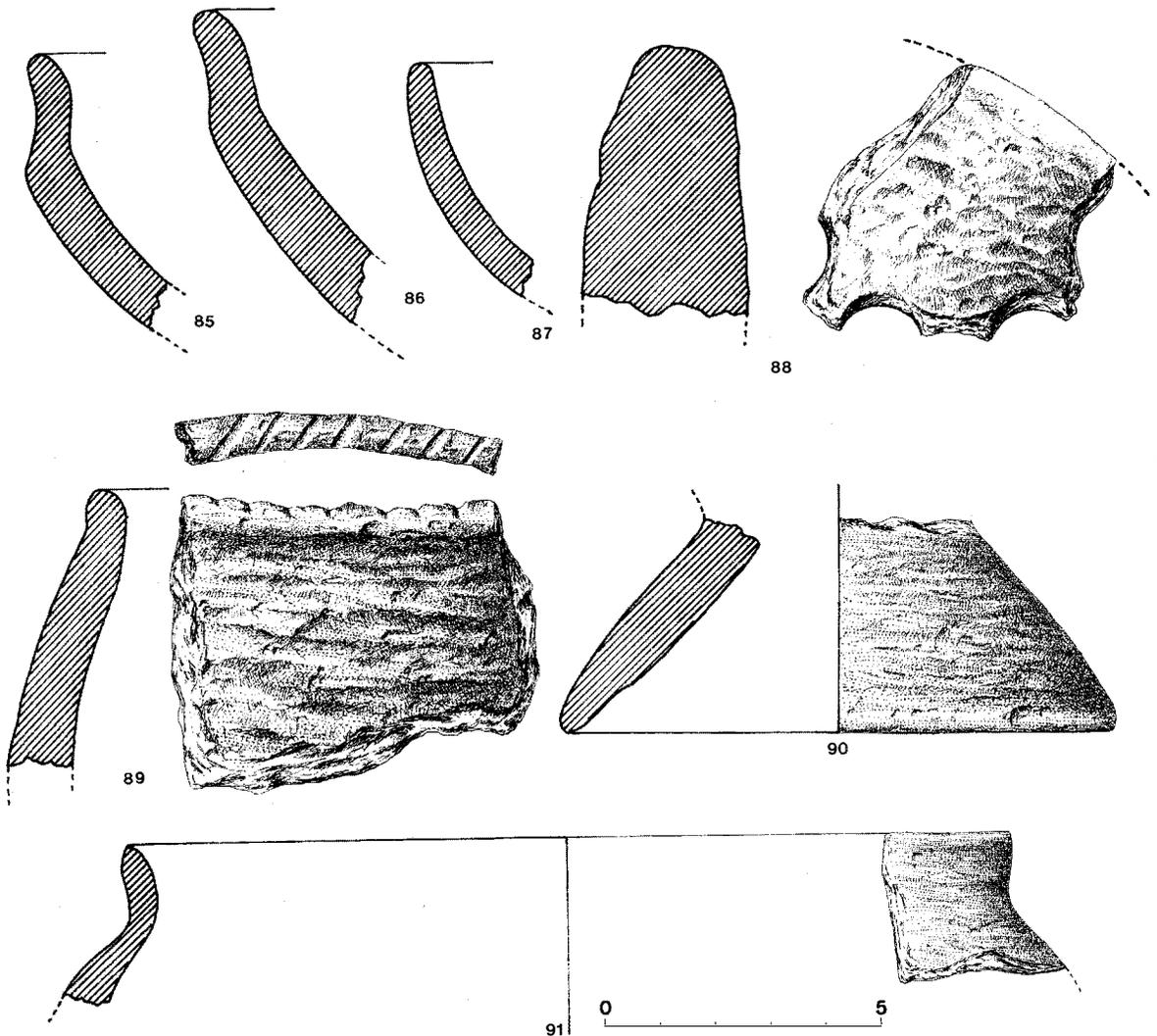


Fig. 20.—Cerro de la Miel. Estrato A.6. 3:4.

corresponder a esta forma, procedente de los niveles más profundos del corte 3 (50) y ya de un ambiente del Bronce Final Pleno. En otras zonas del Guadalquivir se conocen copas, como en el nivel VIII-G de Cástulo y, quizás, otros fragmentos que se han interpretado como restos de soportes (51); en la Colina de los Quemados, en un horizonte con torno

(50) Apareció en el estrato segundo de la fase primera —Ib— (CARRASCO, J., PASTOR, M. y PACHON, J. A.: “Cerro de la Mora...”, *op. cit.*, nota 1 (1982), fig. 16:36). Aunque el fragmento puede interpretarse igualmente como resto de un soporte, sus mínimas dimensiones nos inclinan más hacia la copa.

(51) BLAZQUEZ, J. M. y VALIENTE, J.: *Cástulo III...*, *op. cit.*, nota 31, figs. 55:460-61 y 144:1.228.

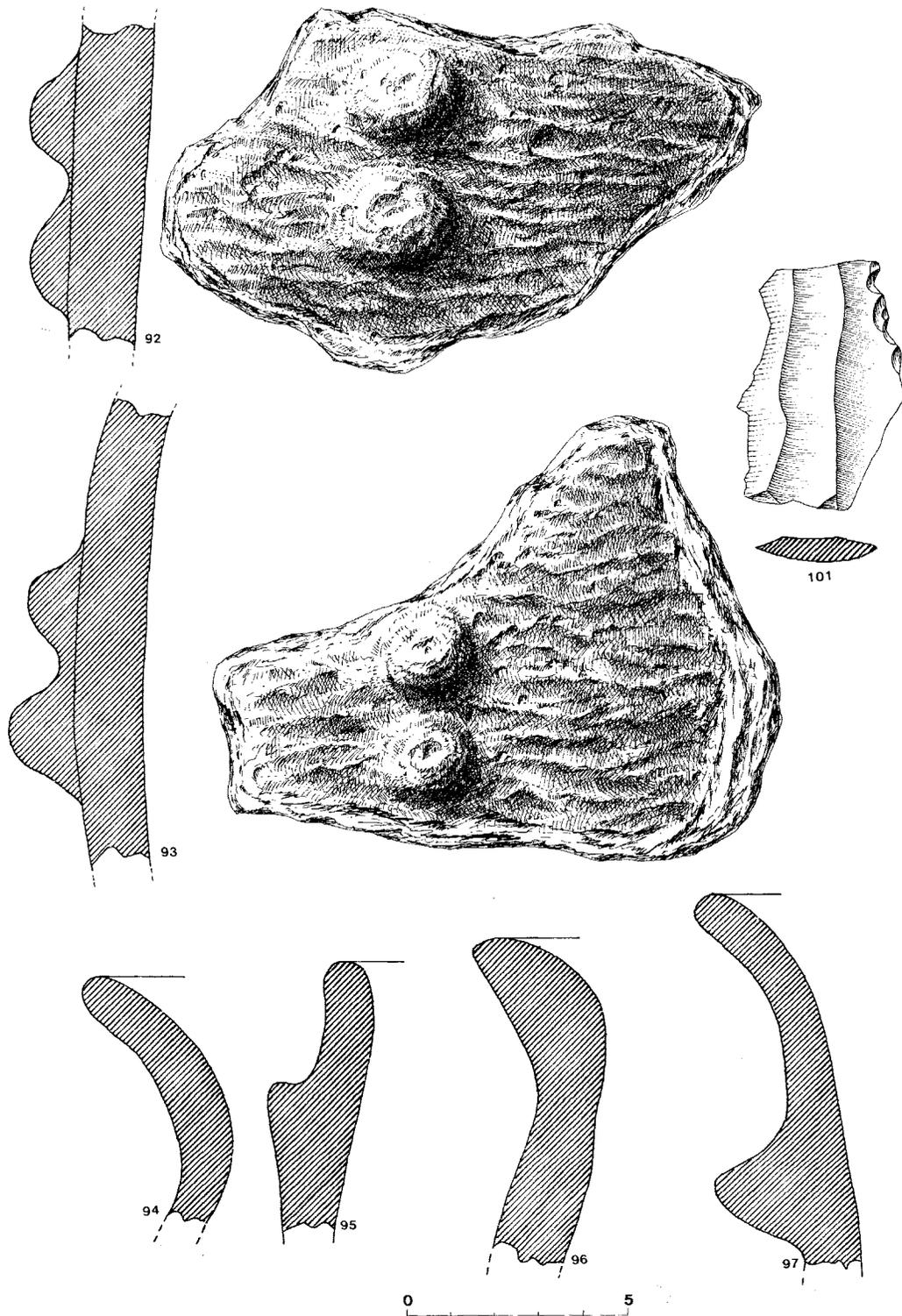


Fig. 21.—Cerro de la Miel. Estrato A.6. 2:3.

—estrato 11—, apareció una pequeña copa a mano (52); para terminar, en el nivel 25 de Cerro Macareno, ya de la Edad del Hierro, tenemos otro fragmento de vaso semejante (53).

Con estas copas nos encontramos ante una forma cerámica de gran desarrollo entre las poblaciones indígenas desde tiempos argáricos, sin necesidad de remontarnos a época campaniforme, hasta plena Edad del Hierro (54). Cuando apareció el torno se fabricó el excepcional vaso pintado del túmulo A de Setefilla (55): esta copa, aunque pueda relacionarse a modelos griegos del siglo VII a.C., está íntimamente ligada a la producciones indígenas, si se observa el típico perfil carenado y su borde que recuerdan las fuentes de carenación alta y boca ancha. De todos modos, es posible que aquellas copas, cuando el mundo local contactó con las poblaciones orientales, diversificaran sus formas imitando copas griegas y se extendieran a tiempos aún más recientes: sería el caso de la copa pintada de Medellín, fechada en torno al 500 a.C. (56) y donde también se halló otra copa de barniz rojo (57), elemento muy escaso dentro de los repertorios formales de este tipo cerámico en la Península (58). Relacionadas a éstas pueden ser algunos fragmentos pintados a torno recogidos por nosotros en una prospección en el Cerro del Molinillo de Baena. Por último, las copas aparecidas en la saqueada necrópolis de Mengíbar, que bien podrían fecharse en un Bronce Final Pleno (59), mostrando una clara derivación tipológica de prototipos argáricos, pero con la boca más ancha y la peana más estrecha, así como el vástago más bajo y grueso.

Menos significativas serían otras de las formas halladas en el Cerro de la Miel, así el fragmento n.º 89 con una decoración en el borde a base de incisiones, atestiguadas desde momentos antiguos del Bronce, aunque en Andalucía Oriental parece mantenerse hasta tiempos bastante recientes (60), mientras que en algunos yacimientos de la Baja Andalucía sólo la encontramos en los estratos más antiguos del Bronce Final (61), alcanzando así un claro significado cultural que no sabemos si tiene correspondencia en el Sureste al no existir aquí un estudio estadístico de interés (62).

(52) LUZON, J. M. y RUIZ MATA, D.: *Las raíces de Córdoba. Estratigrafía de la Colina de los Quemados*, Córdoba, 1973, lám. XIXb.

(53) PELLICER, M., ESCACENA, J. L. y BENDALA, M.: *El Cerro Macareno*. Exc. Arq. Esp. 124, 1983, fig. 71:536.

(54) Es extraño que, de un modo general, se haya olvidado esta forma en los corpus cerámicos del Sureste y del Suroeste. De su mantenimiento hasta los inicios de la Edad del Hierro hablan los ejemplares recientemente expoliados en la necrópolis de Mengíbar.

(55) AUBET, M. E.: *La necrópolis...*, *op. cit.*, nota 16 (1975), fig. 23, lám. XI. AUBET, M. E.: "Zur Problematik des orientalisierenden Horizontes auf der Iberischen Halbinsel", *M. B.* 8, 1982, pp. 309 ss.

(56) ALMAGRO-GORBEA, M.: *El Bronce Final...*, *op. cit.*, nota 17, fig. 130, lám. LXX.

(57) ALMAGRO-GORBEA, M.: *El Bronce Final...*, *op. cit.*, nota 17, fig. 145:1.

(58) NEGUERUELA, I.: "Sobre la cerámica de engobe rojo en España", *Habis* 10-11, 1979-80, pp. 335 ss.

(59) Véase la nota 54.

(60) En el Cerro de la Mora aparecen en la fase II, del Bronce Tardío (CARRASCO, J., PASTOR, M. y PACHON, J. A.: "Cerro de la Mora...", *op. cit.*, nota 1 (1981), fig. 6:10), para mantenerse hasta el nivel IIc, Orientalizante Antiguo (CARRASCO, J., PASTOR, M. y PACHON, J. A.: "Cerro de la Mora...", *op. cit.*, nota 1 (1982), fig. 33:160).

(61) En Setefilla esas decoraciones sólo aparecen en los estratos XIV, XIII y XII (AUBET, M. E. *et alii*: *La Mesa...*, *op. cit.*, nota 11).

(62) F. Amores en su síntesis sobre el Bronce Reciente en la Baja Andalucía incluye esos tipos en los contenidos de su Bronce Reciente IIb o 'clásico'.

Todas las formas cerámicas que hemos destacado procedían del estrato más profundo del Cerro de la Miel, nivel del que procede la datación radiocarbónica. Por encima de él se extendía otro de formación más reciente (el A.5), aunque relacionado claramente a aquél (el A.6) y sin que pueda creerse en una ruptura secuencial entre ambos. Los contenidos materiales del horizonte superior no ofrecen el carácter antiguo que se ha venido observando en las cerámicas presentadas hasta ahora, pudiendo indicarse un momento más avanzado de pleno Bronce Final, y en las que las concomitancias con lo tartésico parecen más claras a tenor de lo que tradicionalmente se viene indicando (fig. 3).

Los hallazgos del estrato A.5 son mucho más escasos que los anteriores, abarcando los n.º 1 al 15. Es evidente en ellos la presencia de carenas bastante altas, lo que expresa claramente un estadio cronológico algo más reciente (fragmentos n.º 6 y 9, por ejemplo), aunque no pueda determinarse con certeza por falta de elementos más encuadrables en el tiempo, como los ejemplares con decoración bruñida. Son igualmente interesantes, en este nivel, las vasijas globulares de boca abierta (n.º 12 y 13), que hay que relacionar a los típicos vasos de cuello indicado (n.º 14), adscribibles a los momentos tartésicos del Bronce Final, pero que perdurarán hasta el período de contacto con los colonizadores fenicios (63). Los fondos planos con perfil en talón encajarían perfectamente en este contexto (n.º 15), aunque se trate de una peculiaridad de larga tradición y con perduraciones hasta tiempos del Hierro Antiguo.

En definitiva, el conjunto cerámico del Cerro de la Miel ofrece una serie de elementos con rasgos de arcaísmo que no creemos puedan incluirse en un momento pleno del Bronce Final, sino que ha de precederlo, sin que resulte extraña la presencia del grupo de materiales (estrato A.6) que recuerdan extraordinariamente los contenidos cerámicos del Bronce Tardío del Sureste. Junto a ello aparece otro conjunto de restos que pueden conectarse, más fácilmente, con lo que suele adjudicarse al mundo tartésico, es decir a la etapa posterior, conjunto que podría incluir totalmente el relleno del estrato A.5.

Estaríamos entonces en un asentamiento que debió iniciarse en las primeras fases del Bronce Final y las postrimerías del Bronce Tardío, hecho avalado por la datación de C-14 obtenida de una muestra de carbón procedente de un poste de cabaña incendiado que se localizó en el fondo del corte n.º 4 del Cerro de la Miel (64). La fecha alcanzada es del 1.080 ± 110 años a.C., coincidente con los márgenes cronológicos que, normalmente, se vienen aplicando en el Sureste a los momentos más tempranos del Bronce Final (estadio I).

LOS METALES

De lo exhumado en el Cerro de la Miel destaca la presencia de un conjunto de bronce

(63) Pueden verse las tablas tipológicas de MOLINA, F.: "Definición...", *op. cit.*, nota 3, núms. 69 y 98; Idem, *op. cit.*, nota 48, núms. 68, 69 y 98. Igualmente, un fragmento superficial publicado por nosotros (PACHON, J. A. *et alii*: "Protohistoria...", *op. cit.*, nota 14, fig. 14:1). También, ya en estratigrafía, el mismo tipo lo tenemos en el estrato IIA del Cerro de la Encina (ARRIBAS, A. *et alii*: *Excavaciones...*, *op. cit.*, nota 12, fig. 72:50).

(64) Datación UGRA 143/1983.

que, por su tipología, son de una enorme importancia para el conocimiento de la metalurgia del Bronce Final en el Sureste peninsular. Ese conjunto lo componen una fibula de codo casi completa, la aguja de otra fibula similar a la anterior, una espada de lengua de carpa, dos aretes (abierto y continuo respectivamente), un fragmento de la hoja de otra espada y, finalmente, un trozo de punta de flecha de aletas y pedúnculo. El interés de estas piezas metálicas puede esquematizarse del siguiente modo:

1) Los materiales se recogieron en un contexto arqueológico estratificado. En este sentido el Cerro de la Miel supondría un complemento de la secuencia arqueológica y cultural constatada en el Cerro de la Mora.

2) El contexto arqueológico del Cerro de la Miel se asocia a fuertes niveles de cenizas y carbones de gran pureza, que permiten dataciones de C-14 muy fiables.

3) En el Cerro de la Mora hemos obtenido una columna cronológica que, avalada por una serie de elementos fósiles y dataciones radiocarbónicas, es perfectamente coherente con lo exhumado en el Cerro de la Miel.

4) Con posterioridad a los hallazgos del Cerro de la Miel, el Cerro de la Mora ha aportado elementos metálicos que corroboran las conclusiones que aquí se presentan: seis fibulas de codo, una de pivote y varias de doble resorte, todas procedentes de estratigrafía y algunas con fechaciones de C-14, lo que, indudablemente, constituye una secuencia tipológica y cultural única para este tipo de objetos.

De lo anterior puede decirse que no es necesario, para el estudio de tales hallazgos, insistir demasiado en los aspectos puramente tipológicos ni en sus lógicas derivaciones. Esas cuestiones esperamos estudiarlas en un trabajo posterior, en el que se analizarán todas las fibulas del Cerro de la Mora y sus aledaños, junto a otras inéditas procedentes de necrópolis jiennenses (65) y de la provincia de Sevilla; al mismo tiempo se revisará la conocida de Cerro Alcalá (66) y la del Cerro de la Encina (67), en atención a los nuevos datos disponibles.

Fíbula

El ejemplar que estudiamos es un hallazgo prácticamente completo, faltándole sólo el extremo de la aguja y el pie (fig. 22:102; lám. IV); también se encontró una aguja de fibula similar pero perteneciente a otro ejemplar. En un acercamiento inicial estaríamos ante una fibula del tipo de las de la Ría de Huelva (68), aunque encontramos caracteres formales y técnicos que la alejan de ellas:

(65) Se trata de un conjunto de fibulas del tipo Alcores, recuperadas de coleccionistas particulares, provenientes de Mengibar mayoritariamente.

(66) CARRASCO, J. *et alii*: "Hallazgos...", *op. cit.*, nota 45.

(67) SCHÜLE, W.: *Die Meseta-Kulturen der Iberischen Halbinsel*, M. F. 3, 1969, p. 255 y lám. 82.

(68) ALMAGRO BASCH, M.: "Las fibulas de codo de la Ría de Huelva", *Cuadernos de Trabajo de la Escuela Española de Historia y Arqueología en Roma IX*, 1957, pp. 7 ss. ALMAGRO BASCH, M.: "La cronología de las fibulas españolas de codo", *Saitabi II*, 1940, pp. 1 ss. ALMAGRO BASCH, M.: "A propósito de la fecha de las fibulas de Huelva", *Ampurias XIX-XX*, 1957-58, pp. 198 ss.

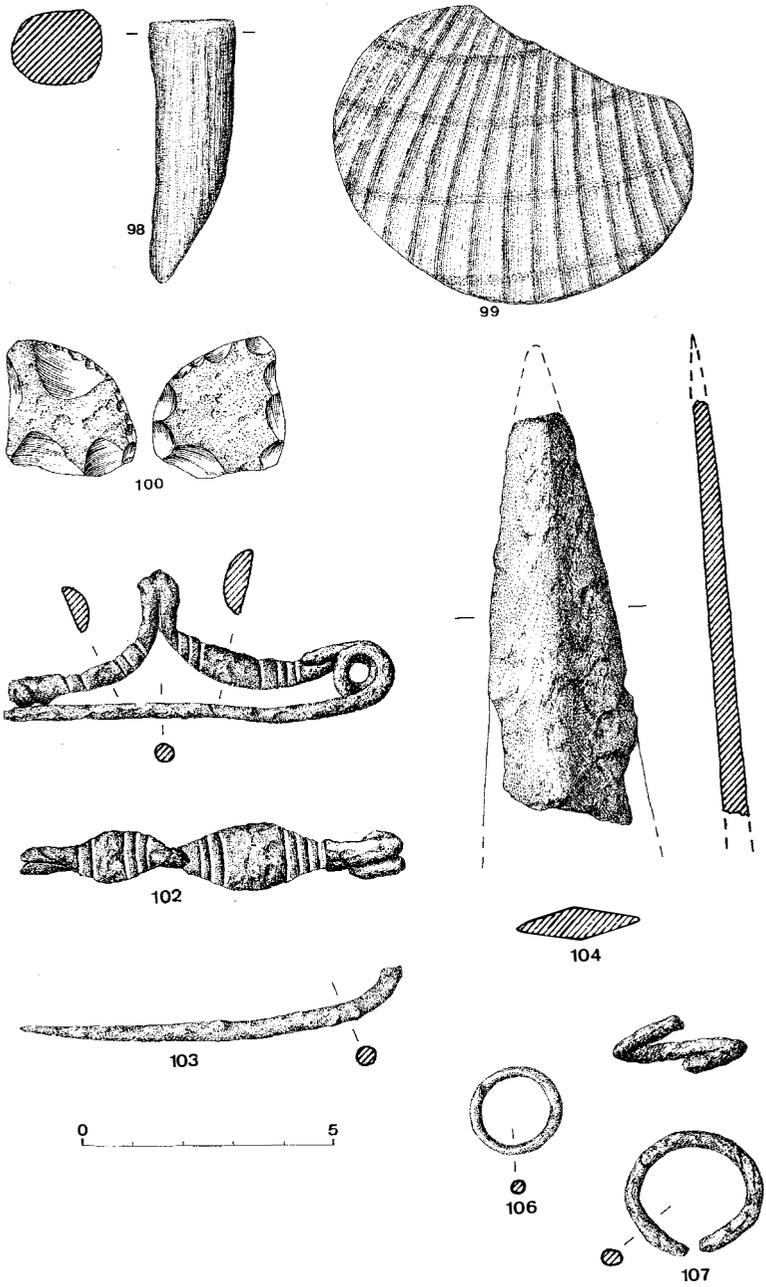


Fig. 22.—Cerro de la Miel. Estrato A.6. 3:4.

a) El codo, en el caso estudiado, es más cerrado que las onubenses: en él se juntan los brazos del puente que lo conforman, mientras que en Huelva el codo no se cierra completamente, dejando en su interior un espacio claramente delimitado.

b) Las dimensiones de los brazos varían en uno y otro caso. En el Cerro de la Miel la curvatura e inclinación de los brazos es similar en los dos lados del codo; cosa que no ocurre en Huelva.

c) La sección de los brazos, a diferencia de la Ría de Huelva, es de media caña en nuestro caso.

d) La decoración en el puente de las fíbulas de Huelva ofrece un gallonamiento en los brazos, con fajas centrales resaltadas y collarines, lo que puede indicar una elaboración más avanzada. En el Cerro de la Miel los brazos se decoran con simples incisiones que enmarcan fajas centrales sin ningún tipo de resalte.

e) La longitud total de la fíbula es mayor para el ejemplar granadino.

f) En el Cerro de la Miel la fíbula se elaboró en dos piezas que se remacharon: la primera comprendería el arco y la mortaja, la segunda englobaría el resorte y la aguja. En la Ría de Huelva se fabricaron de una sola pieza.

De un modo más general, el aspecto de la fíbula que presentamos es más macizo y pesado que las de Huelva, lo que puede entenderse como un rasgo de mayor arcaísmo y, si se quiere, de peor terminación, aunque también podría argumentarse lo contrario, contando únicamente con datos estrictamente formales. Dentro de las fíbulas del tipo Huelva se han considerado otras fíbulas peninsulares que sí parecen guardar más estrecha concomitancia; serían los casos del Berruëco (69), la del castro de Yecla de Silos (70), la del Museo Arqueológico de Barcelona (71), la de Pinos Puente (72) y la de San Román de la Hornija (73), sin hacer mención de otros ejemplares más alejados tipológicamente de este horizonte comparativo.

Atendiendo a la elaboración sobre dos piezas remachadas, la fíbula más próxima a la del Cerro de la Miel sería la chipriota tardía de Beaume-les-Créancey, Côte d'Or (74), en Francia, que constituye un excelente paralelo, aunque con peculiaridades técnicas y temporales más avanzadas: los investigadores galos vienen situando esta pieza entre el 725 y el 500 a.C.

En la Península es clara la falta de homogeneidad existente entre las fíbulas de codo; de hecho, en el Cerro de la Mora hay —al menos— cuatro modalidades, situadas en un inter-

(69) MORAN, C.: *Excavaciones en el Cerro del Berruëco (Medinilla, Avila, El Tejado y Puente Congosto, Salamanca)*, Mem. J.S.E.A. 65, 1923-24, Madrid, 1924, lám. VIII.

(70) GONZALEZ SALAS, S.: *El castro de Yecla, Santo Domingo de Silos (Burgos)*, Inf. Mem. Exc. Arq. 7, 1945, p. 32, lám. XIX.

(71) Su origen ha venido señalándose en las provincias de Palencia o Burgos (ALMAGRO, M.: "Las fíbulas...", *op. cit.*, nota 68, p. 39, fig. 27:1).

(72) MENDOZA, A. *et alii*: "Cerro de los Infantes...", *op. cit.*, nota 13, fig. 12f.

(73) DELIBES DE CASTRO, G.: "Una inhumación triple de facies Cogotas I en San Román de la Hornija (Valladolid)", *Trab. Preh.* 35, 1978, pp. 225 ss., fig. 7.

(74) CUNISSET-CARNOT, P., MOHEN, J. P. y NICOLARDOT, J. P.: "Une fibule chypriote trouvée en Côte de'Or", *Bull. Soc. Preh. Fr.* 68, 1971, pp. 602 ss.

valo de tiempo que abarcaría desde mediados del siglo XI hasta finales del IX, o comienzos del VIII a.C. Por ello, es posible que se diera, en este proceso temporal, una evolución formal todavía no determinada, que las haría coincidir cronológicamente con una evolución, en cierta forma, paralela. Analizando tan sólo las provincias de Granada y Jaén, las fibulas bien definidas pueden agruparse en seis tipos diferentes que, sin ánimo de detallar, se corresponderían a los siguientes hallazgos:

1. *Tipo Huelva*: procedente de las excavaciones del Cerro de los Infantes, en Pinos Puente, Granada (75).
2. *Tipo Cerro Alcalá*: procedente de la necrópolis del mismo nombre, en Torres, Jaén (76).
3. *Tipo Monachil*: procedente del Cerro de la Encina, en Monachil, Granada (77).
4. *Tipo Cerro de la Mora*: procedente de este yacimiento, sito en Moraleda de Zafayona, Granada. Esta fibula es la única de pivote de todo el conjunto.
5. *Tipo Cerro de la Miel*: el caso concreto que estudiamos.
6. *Tipo Mengíbar*: procedente de la necrópolis del cortijo de Máquiz en Mengíbar, Jaén (78). En la nomenclatura tradicional correspondería al tipo Alcores, que no se incluye en el grupo de codo.

Todas estas formas, que podrían considerarse subtipos del modelo común de la fibula de codo, tienen, hoy día, un contexto arqueológico preciso que hace innecesario tener que remontarnos al confuso ámbito mediterráneo para poder datarlas, aunque esto no implique la supresión, evidentemente, de ese viejo trasfondo. En este sentido, tampoco queremos caer en la tradicional práctica historicista de hacer derivar unos tipos de otros, en marcos geográficos tan reducidos como el de Andalucía que sigue estando presente en las síntesis recientes de algunos autores. Mucho menos aún referenciar las fibulas a otros ambientes más lejanos, puesto que no conocemos nada que se asemeje medianamente a la nuestra y no encontramos ningún apoyo que sustente un planteamiento similar (79).

Pero no queremos decir con ésto que sólo vayamos a hacer nuestro estudio sobre este yacimiento en concreto, dejando a un lado otras estaciones peninsulares y extrapeninsulares, sino que las tendremos en cuenta para alcanzar un jalón cronológico de interés. No obstante, siempre consideramos que las únicas fibulas de codo asociadas a estratigrafías poblacionales *in situ* son las procedentes de los yacimientos de la cuenca del Genil; a este respecto, el depósito de la Ría de Huelva ha tenido, desde su descubrimiento, un valor excepcional por haber servido de base estructural al establecimiento, casi general, del entramado cronológico del Bronce Final peninsular. Este planteamiento, válido mientras no se dispuso

(75) Véase la nota 72.

(76) CARRASCO, J. *et alii*: "Hallazgos...", *op. cit.*, nota 45, fig. 4:12.

(77) SCHÜLE W.: *Die Meseta-Kulturen...*, *op. cit.*, nota 67, fig. 39:2.

(78) Véase la nota 65.

(79) Hemos podido comprobar que algunos de los tipos mencionados aparecieron en contextos estratigráficos muy semejantes, y algunas en el mismo Cerro de la Mora, lo que permite abandonar los viejos métodos de datación con base tipológica.

de datos más precisos aportados por las estratigrafías, carece ahora de sentido; no puede olvidarse así, que el hallazgo de Huelva pudo ser un depósito de desechos metálicos, sin otra asociación cultural directa y para el que se dio una fecha de C-14 después de 50 años desde su aparición, con los enormes problemas de contaminación que ello puede acarrear. Pese a lo cual, aún hoy existen investigadores que siguen utilizando el depósito como “santo y seña” para las fechaciones del Bronce Reciente del Sureste.

F. Amores, apoyándose en lo anterior, lanzó una cronología realmente baja, afirmando que las fibulas del depósito onubense no podían retrotraerse más allá del siglo VIII a.C. Formalmente llegó a precisar más al afirmar que esas fibulas “en sentido tipológico son las puras”, que en el interior peninsular se van distinguiendo versiones cada vez “más degeneradas”, en el camino de simplificación del esquema que consiste en la eliminación paulatina de los gallones hacia piezas lisas (80). Igualmente afirmó que la fibula de Cerro Alcalá (81) —una de las más perfectas y, en nuestra opinión, de tipología diferente—, “es una derivación degenerada de los tipos de Huelva con préstamos de otras versiones de Andalucía Oriental”. Es decir, para este autor las fibulas de Huelva compondrían el grupo más antiguo, aunque no anteriores al siglo VIII a.C., y todas las demás serían formas degeneradas de aquel y, por supuesto posteriores. A nuestro entender lo único que pretende este autor es apoyar su teoría de que las fibulas de Huelva se relacionan al auge de dichas producciones en Chipre y su exportación al Mediterráneo Occidental, coincidente con la arribada de comerciantes fenicios y la presencia de productos orientales en la Península Ibérica en el siglo octavo, pero sin tener en cuenta que, mientras todo ese paquete material lo incluye en su Bronce Reciente de tipo “clásico”, la llegada fenicia a la Península se incorpora a su fase siguiente, el Hierro Antiguo.

Para nuestro análisis, es interesante comprobar —aunque someramente— las relaciones que se han establecido en la serie de estudios realizados sobre estas fibulas, y las conclusiones cronológicas alcanzadas en ellos. Habría que partir, lógicamente, de los estudios de M. Almagro Basch sobre los hallazgos de la Ría de Huelva (82). Este autor aduce, para las fibulas de codo, paralelos sículos y chipriotas con un origen ancestral en la fachada oriental mediterránea. Parte de las formas de arco de violín acodadas —tipo Enkomi— que derivarían hacia las de Meggido y Kourion en Palestina y Chipre para evolucionar, posteriormente, a las de codo rematadas en botón, también chipriotas. La antigüedad de estas fibulas concretamente la procedente de Meggido, a partir del siglo XI a.C., parece confirmar sus orígenes y su gran arcaísmo (83). Pero dataciones similares pueden rastrearse igualmente en las fibulas sicilianas de Pantalica II, que sistematizó Bernabó Brea (84) y matizó cronológica-

(80) AMORES, F.: *Ensayo...*, *op. cit.*, nota 20.

(81) AMORES, F.: *Ensayo...*, *op. cit.*, nota 20, p. 460.

(82) ALMAGRO, M.: “Las fibulas...”, *op. cit.*, nota 68.

(83) ALMAGRO BASCH, M.: *Las estelas decoradas del Suroeste peninsular*; Bibl. Praeh. Hisp. VIII, 1966, p. 185. SCHÜLE, W.: *Die Meseta-Kulturen...* *op. cit.*, nota 67, p. 26.

(84) BERNABÓ BREA, L.: *La Sicilia Prehistórica y sus relaciones con Oriente y con la Península Ibérica*, Escuela Española de Historia y Arqueología de Roma, Serie Arqueológica, I, Madrid, 1954, pp. 5 ss.

mente Müller-Karpe (85) entre el 1100-850 a.C. y Allen entre 1050-1000 y 950-900 a.C. (86). Aquí, el tipo original sería el de Cassibile, que evolucionaría hacia los ejemplares amorcillados de Módica y Tre Canali, concluyendo en las formas “ad occhio” y de “arco serpegiante”, evidentemente más tardías (87).

M. Almagro, en definitiva, comprobó unos orígenes chipriotas y del Próximo Oriente para las fibulas de Huelva. Otro autor, Guzzo, abundando en esos mismos orígenes, afirmó que el conjunto de tales fibulas no ofrece elementos de referencia suficientes como para establecer una comparación suficientemente exhaustiva, aunque se aprecien caracteres comunes como el espesamiento del arco (88). Para este investigador, otros paralelos tipológicos de las fibulas de Huelva se encuentran en ejemplares sicilianos de aquella fase Pantalica II, indicando que las fibulas peninsulares constituyen un tipo híbrido de elementos orientales y sicilianos, mezcla de las actividades propias del comercio que desarrollaron los fenicios en ambos extremos del Mediterráneo en el curso de los siglos X al XI a.C.

En relación a los paralelos aportados, M. Almagro fijó la cronología de las fibulas onubenses hacia el 750 a.C. (89), fecha que mantuvo hasta su último análisis de conjunto en 1975 (90). Los trabajos de M. Almagro conservan buena parte de su vigencia, aunque han sido matizados por otros investigadores, como Hencken —el más significativo de todos—, que consideró un origen común para las fibulas sicilianas y chipriotas, a partir de las de Meggido (91), e hizo derivar las de Huelva de los tipos chipriotas. Este autor, en una investigación posterior, al estudiar los cascos europeos situó el casco de Huelva en el siglo IX a.C., con lo que dejó fechado todo el depósito (92).

En fechas más recientes, M. Almagro-Gorbea, en una serie de acercamientos y, muy especialmente, en su síntesis sobre el Bronce Final extremeño, da consistencia a esa nueva cronología, sustentándola en dataciones que se obtuvieron por C-14 de muestras extraídas de restos de los astiles hallados entre el 880 y el 850 a.C. (93). Otros investigadores, como H. Schubart, en su obra sobre el Bronce del Suroeste, apoyan la misma cronología (94).

Existen, además, hallazgos recientes que aportan datos más sustanciales, al no basarse en lo estrictamente tipológico. Así, destacaría primeramente la fibula procedente de la inhumación triple de San Román de la Hornija, para la que G. Delibes encuentra claros parale-

(85) MÜLLER-KARPE, H.: *Beitrag...*, *op. cit.*, nota 28, pp. 23 ss.

(86) ALLEN, H. L.: “Distribution of pottery styles in Grece, South Italy and Pantalica chronology”, *AJA* 81,3, pp. 365 ss.

(87) BERNABO BREA, L.: *La Sicilia...*, *op. cit.*, nota 84, fig. 24.

(88) GUZZO, P.: “Considerazioni sulle fibule del ripostiglio dal Ria de Huelva”, *Riv. Sc. Pr.* XXIV, 1969.

(89) ALMAGRO BASCH, M.: “El hallazgo de la Ría de Huelva y el final de la Edad del Bronce en el Occidente de Europa”, *Ampurias*. II, 1940, pp. 85 ss. ALMAGRO, M.: “Las fibulas...”, *op. cit.*, nota 68. ALMAGRO BASCH, M.: “Depósito de bronce de la Ría de Huelva”, *Huelva: Prehistoria y Antigüedad*, Madrid, 1975, p. 220.

(90) ALMAGRO, M.: “El hallazgo...”, *op. cit.*, nota 89, 1975, pp. 213 ss.

(91) HENCKEN, H.: “The fibulae of Huelva”, *P.P.S.*, 1957, pp. 213 ss.

(92) HENCKEN, H.: “The earliest european helmets Bronze Age and early Iron Age”, *American School of Prehistoric Research Bul.* 28, 1971, pp. 72 ss.

(93) ALMAGRO-GORBEA, M.: *El Bronce Final...*, *op. cit.*, nota 17, p. 173.

(94) SCHUBART, H.: *Die Kultur Bronzezeit im Südwesten der Iberischen Halbinsel*, M. F. 9, Berlin, 1975.

los con los ejemplares de Huelva (95); esta fíbula, posiblemente, es la más parecida a la del Cerro de la Miel, al menos por lo que se desprende del dibujo de su publicación. En ambas, la decoración transversal del puente se ha hecho con incisiones profundas y paralelas, sin los típicos abultamientos que configuran las de Huelva; en éstas aparece una faja central que coincide con la máxima anchura de los brazos del puente: elemento común a la de San Román y a la granadina; pero en las de Huelva existen collarines y rebordes redondeados que están ausentes en las otras dos. Para nosotros, la única semejanza entre el ejemplar meseteño y el conjunto de Huelva sería la conformación del arco y el codo, semejanza que señala la diferencia respecto de la fíbula granadina. En el ejemplar del Cerro de la Miel, los brazos —aunque ligeramente disimétricos—, ofrecen una inclinación similar, dando por resultado la aparición de un codo casi simétrico; no sucede lo mismo con las otras fíbulas que paralelizamos, en las que los brazos, al ser tan diferenciados, traen consigo codos totalmente asimétricos. Por lo demás, en la fíbula granadina, con el añadido de la mortaja —que falta— es posible que el codo estuviese centrado, mientras que la aguja quedaría prácticamente horizontal. Este último dato, común a todos los ejemplares comparados, sería un elemento que expresaría el carácter antiguo de la serie.

G. Delibes, que sigue las opiniones de M. Almagro y Guzzo, piensa que las fíbulas de Huelva —donde ya se ha dicho que engloba a la suya— pertenecerían a un prototipo hispánico, resultante de la convergencia de estímulos procedentes de Sicilia y Chipre. Pero, en apoyo de lo siciliano, además de mencionar el modelo liso del tipo Modica, indica, para sustentar lo anterior, que el ejemplar sin contexto claro del Cerro Salomón (96) podría ser de este tipo (97). Nosotros pensamos que no es posible pues, en este caso, se trataría del arco de una fíbula de las que W. Schüle denomina de tipo Alcores (98) y que es muy frecuente en la necrópolis de Mengíbar. Tampoco somos de la opinión expresada por Delibes y M. Ruiz Gálvez (99), que llegan a generalizar —salvo en Huelva— la asociación de las fíbulas de codo con la facies Cogotas I y con las cerámicas excisas y de boquique (100), pues en Andalucía —sin contar con Huelva y con los casos más modernos de Mengíbar— tenemos un mínimo de diez de esas fíbulas que, por las mismas consideraciones que la de San Román, podrían incluirse en el grupo de Huelva, pero que no se han hallado asociadas a contextos

(95) DELIBES DE CASTRO, G.: “Una inhumación...”, *op. cit.*, nota 73.

(96) BLANCO, A., LUZON, J. M. y RUIZ MATA, D.: *Excavaciones arqueológicas en el Cerro Salomón (Río-tinto, Huelva)*, Anales de la Universidad Hispalense 4, 1970, p. 23, fig. 107.

(97) DELIBES DE CASTRO, G.: “Una inhumación...”, *op. cit.*, nota 73, p. 245. Sin embargo, en el pie de página indica que por el mismo tipo de resorte podría ser más moderna.

(98) SCHÜLE, W.: *Las más antiguas fíbulas con pie alto y ballesta*, Trab. Sem. de Historia Prim. del Hombre II, Madrid, 1961.

(99) RUIZ GALVEZ, M.ª L.: *La Península Ibérica y sus relaciones con el círculo cultural atlántico*, Tesis Doctoral 130/84, Universidad Complutense, Madrid, 1984, p. 278. En realidad, M. Ruiz Gálvez hace una particular lectura de las afirmaciones de G. Delibes, circunscribiendo las fíbulas que este autor recoge del ámbito meseteño, pero olvidando igualmente las fíbulas que ya se habían encontrado de Monachil, Pinos Puente y Cerro Alcalá en las que esa asociación a Cogotas no parece tan evidente. RUIZ GALVEZ, M.: “Consideraciones sobre el origen de los puñales de antenas gallego asturianos”, *Actas del Seminario de Arqueología do Noroeste peninsular I*, Guimaraes, 1980, pp. 85 ss.

(100) DELIBES DE CASTRO, G.: “Una inhumación...”, *op. cit.*, nota 73, p. 245.

de Cogotas I, cultura muy conocida en ciertos yacimientos de Andalucía Oriental. Si ese caso se hubiera dado, las fibulas tendríamos que fecharlas en nuestra región, en consideración a esa cultura, a partir del siglo XIII a.C., fecha que, por el momento, no ha podido confirmarse.

Evidentemente, en Andalucía Oriental la cerámica de Cogotas I es un elemento antiguo que no puede traerse más acá de un Bronce Final I, como mucho. En nuestras directas excavaciones del Cerro de la Mora no hemos encontrado ni un sólo fragmento cerámico de dicha cultura en los estratos del Bronce Final, ni en los del Tardío, por lo que la relación fibulas de codo tipo Huelva-Cogotas I, como hace G. Delibes, no podría extenderse a esta parte de Andalucía; por lo menos eso nos indica el registro arqueológico actual. En el Suroeste en cambio sí encontramos estratos más modernos, donde sus excavadores señalan la presencia de Cogotas I, desde un momento indeterminado de finales del segundo milenio o principios del primero hasta final del siglo VII a.C.: eso ocurre en yacimientos como Carmona, en el fondo y en el nivel I del corte B, así como en los niveles 21 y 18 del corte A (101); sin tener en cuenta hallazgos de la misma especie en los estratos XIII y XII de la Mesa de Setefilla (102), con fecha desde un 1300 al siglo VIII a.C. Pero aquí, como en el Sureste, no se ha hallado ninguna fibula de codo relacionada al horizonte meseteño, lo que, por el momento, reafirma nuestra tesis frente a otro tipo de planteamientos.

Respecto a la cronología de la fibula de San Román de la Hornija, G. Delibes se muestra bastante cauto, puesto que, al tener dos fechas absolutas radiocarbónicas algo distantes ante sí (1010 y 880 a.C.), hace más hincapié en la fechación más tardía, que encaja perfectamente con las aportadas por M. Almagro Gorbea para el depósito de Huelva. De todos modos, llega a afirmar que, de tomarse la fecha más arcaica como válida, las fibulas hispánicas tendrían que haber sido, en sus inicios, coetáneas a las más antiguas orientales, hipótesis que, finalmente, excluye posiblemente por conservarismo ante la falta de datos más precisos. Por otro lado, la ausencia de una estratigrafía más completa en el yacimiento de San Román es una razón más para no adoptar posiciones más innovadoras y, a su vez, más problemáticas.

Otra fibula de gran importancia, por haberse localizado en un contexto arqueológico, es la documentada en el nivel III del corte 23 del Cerro de los Infantes (103), yacimiento próximo al Cerro de la Mora. Tipológicamente este ejemplar parece corresponder al grueso de las de Huelva, aunque su fragmentario estado e importante corrosión no nos permiten una mayor apreciación. Sus descubridores la incluyen en un momento del Bronce Final Pleno correlacionado con el horizonte precolonial tartésico, que ha sido datado entre el 900-750 a.C.; el problema surge aquí con la amplitud cronológica abarcada por dicho horizonte, que nos indica tanto el siglo IX como el VIII a.C. para ubicar la fibula. No obstante, al existir ese mismo horizonte cultural en el Cerro de la Mora, muy por encima de los estratos en los que aparecieron dos de las fibulas de codo, sí encontramos elementos de juicio válidos para alcanzar una cronología aplicable al caso del Cerro de la Miel.

(101) PELLICER, M. y AMORES, F.: "Protohistoria de Carmona. Los cortes estratigráficos CA.80/A y CA.80/B", *Not. Arq. Hisp.* 22, 1985, pp. 55 ss., especialmente 137-138.

(102) AUBET, M. E. *et alii*: *La Mesa...*, *op. cit.*, nota 11, pp. 70 ss.

(103) Véase la nota 72.

Tampoco debemos olvidar la fibula procedente del Cerro de la Encina, en Monachil (104), que, sin contexto arqueológico claro, fue publicada por Schüle e incluida, posteriormente, por F. Molina en las tablas tipológicas de su Bronce Final del Sudeste (105). Este autor la paraleliza, junto con el fragmento liso de Huelva y la fibula de Lancía, con la localizada en la fase Va de Meggido, situándola en su Bronce Final I, para el que aporta una datación que va desde el 1100 al 850 a.C. (106). De la misma forma que en el caso anterior, la amplitud temporal abarcada por el período nos va a situar esta fibula en un momento indefinido del siglo XI al IX a.C. Pese a la imprecisión de la data, el marco cronológico ofrecido por F. Molina, en su tope superior, nos parece coherente respecto al paralelo de Meggido.

Finalmente, es inevitable referirnos también a la reciente síntesis de A. Coffyn (107), quien en su apartado de las fibulas de codo omite alguno de los ejemplares que interesan a nuestro ámbito geográfico y que ya se han citado: Cerro de los Infantes, Cerro de Alcalá, etc. A. Coffyn, por otro lado, fecha las fibulas de codo peninsulares en la primera mitad del siglo IX a.C., muy en consonancia con la moda existente; apoya su aserto en las dataciones absolutas de San Román de la Hornija y de la Ría de Huelva, además de atender a la nueva revisión de este depósito realizada por M. Fernández Miranda y M. Ruiz Gálvez (108).

Con tales presupuestos, resulta de interés cuestionarnos los siguientes puntos:

- ¿A qué conclusión podemos llegar sobre toda esta problemática, en el estado actual de nuestros conocimientos?.
- ¿Sobre qué bases firmes se sustentan el origen y cronología de estas fibulas en la Península?

Tales interrogantes deben ser resueltas, de modo ineludible, si queremos situar convenientemente la fibula objeto de nuestro estudio. A este respecto, podemos afirmar que en todo el panorama expuesto anteriormente se vislumbra, ya desde el principio, el importante trabajo de M. Almagro Basch sobre paralelos fundamentalmente tipológicos. Este autor se basaba en el depósito de Huelva, y los que lo han seguido poco, o nada, han modificado las primeras conclusiones; de ello se deduce un sometimiento de las fibulas peninsulares a las cronologías y tipos del horizonte Ría de Huelva, más generalmente, al llamado “milagro oriental”. Esta consideración puede responder a la primera de las interrogantes que planteábamos.

Pocos datos, aunque muchas elucubraciones bajo la directriz mediterránea: con tal panorámica, ¿dónde situar la fibula del Cerro de la Miel?; sin ninguna duda, y en primer término, en un ambiente antiguo del Bronce Final del Sureste de este yacimiento. Esto es englobable en la estratigrafía del cercano Cerro de la Mora, avalado por las tipologías cerá-

(104) Véase la nota 77.

(105) MOLINA, F.: “Definición...”, *op. cit.*, nota 3. MOLINA, F.: *La Cultura...*, *op. cit.*, nota 48.

(106) MOLINA, F.: “Definición...”, *op. cit.*, nota 3, p. 215 y tabla tipológica.

(107) COFFYN, A.: *Le Bronze Final Atlantique dans la Peninsule Ibérique*. Publications Centre Pierre Paris, Paris, 1985, p. 396.

(108) FERNANDEZ MIRANDA, M. y RUIZ GALVEZ, M.^a L.: “El depósito de la Ría de Huelva y su contexto cultural”, *Oskitania* I, 1980, pp. 65 ss.

micas del contexto cultural asociado a la fíbula, que vienen a indicar una facies de transición entre el Bronce Tardío y Final, entre las fases II y I del Cerro de la Mora (109); fases que se definieron en la bibliografía existente sobre este yacimiento. La parte de la secuencia que nos interesa fue aislada en la campaña de excavaciones de 1981 y matizada, posteriormente, en las investigaciones de 1983 y 1985, que —aún sin publicar— establecieron una mayor precisión en lo cronológico. Puede adelantarse que, para un momento relativamente antiguo del Bronce Tardío en el Cerro de la Mora, disponemos de la datación absoluta del 1290 ± 165 años (UGRA 92) que nos marcaría un momento “ante quem” del horizonte transicional donde ubicamos la fíbula del Cerro de la Miel.

La aparición, por otro lado —tanto en la zona alta como en la baja del yacimiento— de un horizonte de cerámica con decoración bruñida, y de otros tipos, asimilables a las que conforman el momento precolonial definido en el Cerro de los Infantes (110), donde apareció la fíbula del tipo Huelva, nos ofrece una fecha *post quem* para nuestra pieza metálica. Pero, interesa indicar que las consideraciones cronológicas de la fíbula del Cerro de la Miel no se articulan sólo sobre planteamientos culturales, sino sobre referencias bastante más fiables: desde que realizamos la excavación de este yacimiento en las campañas de 1982 y 1983 no arriesgamos la publicación de los resultados por falta de un sustento temporal basado en dataciones absolutas, en espera de que el Cerro de la Mora pudiera completar y ratificar lo comprobado en el Cerro de la Miel, fundamentalmente en lo referente a la fechación radiocarbónica de este último yacimiento. Hoy podemos contar con cuatro nuevas fechas absolutas pertenecientes al poblado principal que, junto a otras que todavía esperamos, formarán un cúmulo referencial de dataciones que podrán encuadrar toda la secuencia cultural en la que insertar los tipos cerámicos y metálicos exhumados.

En conjunto, las estratigrafías del Cerro de la Mora y Cerro de la Miel representan la aparición de media docena de fibulas de doble resorte, otra de pivote —anterior a la aparición del torno alfarero—, así como seis nuevas fibulas de codo, avaladas con fechas absolutas. Por ello creemos estar en condiciones de anticipar una serie de precisiones cronológicas de bastante interés. Así, en la parte más elevada del Cerro de la Mora se ha obtenido una secuencia del Bronce Final, extendida a lo largo de más de dos metros de potencia —sin ninguna intrusión de torno—, con una serie de fondos de cabaña y gran abundancia de hornos cerámicos, junto a abundantes restos metálicos. Es muy importante reflejar estos detalles porque en la zona baja del yacimiento, en una estratigrafía mucho más completa, se han podido fechar los primeros contactos con el mundo fenicio —fase II del yacimiento (111)— en la primera mitad del siglo VIII a.C.; por lo que la estratigrafía del yacimiento superior debe ser anterior a esa fecha. Además, los estratos más altos de este sector se encuentran sellados por un horizonte similar al precolonial del Cerro de los Infantes, previo a la arribada fenicia. Con ese tope superior, en la parte baja del sector referenciado, se halló otra fíbula de codo para la que se dispone de otra datación absoluta en torno al 970 a.C. (UGRA

(109) CARRASCO, J. *et alii*: “Cerro de la Mora...”, *op. cit.*, nota 1 pp. 324 ss.

(110) MOLINA, F. *et alii*: “Nuevas...”, *op. cit.*, nota 13, pp. 692-93, fig. 2.

(111) CARRASCO, J. *et alii*: “Cerro de la Mora...”, *op. cit.*, nota 1 (1981), p. 333. En una campaña anterior pudimos obtener, para esta fase, una fecha radiocarbónica de los alrededores del 790 a.C.

218), fibula que iba acompañada de materiales cerámicos que pueden estimarse algo más recientes que los del Cerro de la Miel.

En este ambiente situaríamos la fibula estudiada, proponiendo una fecha que no puede bajarse del 1000 a.C., fecha que puede aceptarse en un marco cronológico más amplio dentro del período 1050-950 a.C. El apoyo de nuestra afirmación se basa en la datación que por C-14 se obtuvo para esta fibula, que quedó fijada en el 1080 a.C. (UGRA 143), habiendo sido calibrada por dendro-cronología, con un 95% de posibilidad, entre 1575-910 a.C.

Nuestro cúmulo de datos temporales obligan, junto a lo que antes exponíamos, a expresar las siguientes conclusiones:

1) Es aventurado derivar unos tipos de fibulas de otros, mientras las formas no se hayan aislado perfectamente, siendo posible que algunos modelos convivieran en un momento antiguo; lo que podría haber sucedido entre la fibula de Monachil y la del Cerro de la Miel.

2) Por la antigüedad de su cronología, las fibulas del tipo Huelva pudieran haber sido un prototipo hispánico, aunque relativamente tardío, pero dentro de la secuencia cultural del Bronce Final. Es lo que parece deducirse, por ahora, de las estratigrafías evidenciadas en los cerros de la Mora y de los Infantes.

3) Es posible que haya que volver a las teorías que incidían en la coetaneidad, en sus inicios, de las fibulas hispánicas con las orientales y centromediterráneas, lo que ya intuyó M. Almagro, aunque no llegase a constituir las en prototipos de aquellas como defendiera Birmingham (112). Se desecharía, así, el carácter ultramoderno que, recientemente, se les ha querido dar.

4) Por último, en apoyo de la antigüedad expresada para la fibula estudiada, puede acudir a otras fibulas como la de Casal do Meio, ejemplar de bucle del tipo *ad occhio* que se ha relacionado a los prototipos sicilianos de la fase Pantálica II (113). El contexto cerámico que acompaña a esta fibula, así como el peine de marfil a ella asociado, tienen paralelos incuestionables en otros del Cerro de la Mora, donde apareció igualmente otro peine de marfil en un ambiente que no es claro hacerlo corresponder a un momento de pleno Bronce Final. Lo mismo puede pensarse de la presencia en la Península de fibulas tan arcaicas, como la recientemente publicada por G. Delibes, procedente del Berrueco (114), o incluso la localizada en el Museo Arqueológico de Valencia (115).

(112) BIRMINGHAM, J.: "The development of the fibula in Cyprus and the Levant", *Palestine Exploration Quarterly*, 1963, pp. 80 ss.

(113) SPINDLER, K., DE CASTELLO, A., ZBYSZEWSKI, G. y DA VEIGA FERREIRA, O.: "Le monument à couple de l'âge du Bronze final de la Roça do Casal do Meio (Calhariz)", *Com. Ser. Geol. Port.* LVII, 1973-74, pp. 91 ss., fig. 10.

(114) DELIBES DE CASTRO, G.: "Una interesante fibula del Bronce Final del Cerro del Berrueco (Salamanca)", *Rev. Guimaraes* XCI, 1981, pp. 172-83.

(115) ALMAGRO BASCH, M.: "Las fibulas...", *op. cit.*, nota 68, p. 39, fig. 26.

Espada

Aunque en el Cerro de la Miel se ha documentado una espada, prácticamente completa (fig. 23; lám. IV), y un fragmento de la hoja de otra (fig. 22:104), centraremos nuestro análisis en la primera. Sus caracteres técnicos y formales la aproximan a otras peninsulares, siendo la única que creemos ha sido hallada en estratigrafía, con una asociación cultural que la convierte en hallazgo excepcional al que puede aportarse un sustento cronológico bastante novedoso para este tipo de objetos.

Si consideramos los modelos que M. Almagro estableció a partir de las espadas de la Ría de Huelva (116), la espada del Cerro de la Miel puede corresponder al tipo antiguo de esa serie. Recordemos al respecto las tres variantes establecidas para aquel depósito: 1) calada en lengüeta y empalme, 2) calada en empalme y tres clavos en la lengüeta, y 3) clavos en empalme y lengüeta.

En teoría, los grupos que se han citado irían de menor a mayor antigüedad, pese a que se indique que clavos y calados tuvieron cierta sincronía en la Península (117). Nuestra espada estaría a medio camino entre el segundo y tercer grupo: ofrece clavos en el empalme y la lengüeta, y presenta en el primero dos finos calados que sirvieron de orificios para los remaches, además del remate bifido, o cornudo, de la lengüeta que, según A. Coffyn, sería rasgo de arcaísmo (118). La hoja muestra sus lados casi rectos, ligeramente pistiliforme y la punta es poco marcada, al igual que se aprecia en las espadas de lengua de carpa. Ello se debe a la impresión producida por la extremada longitud de la espada del Cerro de la Mora, junto a la estrechez de la hoja; los "ricassos" se marcan al igual que el nervio central, peculiaridades que algunos investigadores consideran signos de modernidad en relación, por ejemplo, a las espadas pistiliformes. Nosotros somos algo escépticos al respecto, puesto que la mayoría de las veces esos caracteres se han definido a partir de espadas muy mal conservadas, o muy gastadas por una larga utilización, hechos que podrían haber conducido a errores en la interpretación. La espada granadina, diferentemente, cuando se abandonó debía estar en pleno uso, como sus dimensiones y peso parecen indicar; ello nos induce a considerarla como el ejemplar más grande de los conocidos, siendo su peso —990 gramos— superior a todos esos casos. La longitud —800 mm.—, lo corto de la empuñadura —95 mm.— y el peso total no guardan una relación de equilibrio, lo que provocaría ciertas dificultades a la hora de ser blandida, siendo más probable que se concibiera para hendir y golpear.

Excluyendo los paralelos más lejanos, las mayores semejanzas pueden encontrarse en ejemplares de la cuenca del Guadalquivir, en cuyo ámbito geográfico se enmarca el Cerro de la Miel, junto al río Genil, curso fluvial que con el Guadalimar y Guadiana Menor constituyen los mayores afluentes de aquel río en la Alta Andalucía. En la provincia de Sevilla conocemos dos espadas, inéditas parcialmente, que tienen caracteres comunes a la del Cerro

(116) ALMAGRO BASCH, M.: "El hallazgo...", *op. cit.*, nota 89, p. 86.

(117) ALMAGRO BASCH, M.: *Inventaria Archaeologica*, Fasc. 1-4, E-1, Instituto Español de Prehistoria, Madrid, 1958.

(118) COFFYN, A.: *Le Bronze Final...*, *op. cit.*, nota 107, p. 205.

de la Miel: la primera procede de la Corta de la Cartuja, publicada por A. Coffyn, partiendo de los dibujos de M. Ruiz Gálvez (119), presenta idénticas perforaciones en la lengüeta, aunque los calados del empalme —también con dos perforaciones— sólo se insinúan. El ejemplar lo incluye Coffyn en el tipo de “lengüeta espesa” o “maciza”, y la única diferencia respecto a la granadina estriba en que la hoja es algo más pistiliforme. La segunda procede de La Rinconada, en Alcalá del Río; se localizó a orillas del Guadalquivir junto a una punta de lanza con empuñadura tubular corto y nervadura, además de un regatón también tubular, de punta bulbosa. Esta pieza si es de grandes dimensiones, los ricassos o escotaduras son semejantes a nuestro ejemplar, mientras que las diferencias se ofrecen en el empalme con cuatro orificios, dos a cada lado, y en la lengüeta que tiene tres orificios más de tendencia cuadrangular (120).

Más próxima geográficamente al hallazgo del Cerro de la Miel es la espada que, hace pocos años, se localizó en las orillas del Genil, en el Remanso de las Golondrinas, entre los municipios de Herrera y Puente Genil, posiblemente en territorio sevillano. L. A. López Palomo (121) la publicó como parte de un pequeño depósito de bronce junto a la hoja de otra espada de lengua de carpa, una punta de lanza de empuñadura tubular relativamente antigua, amén de otra pieza de utilidad desconocida. La espada que destacamos es la que mejor ha conservado la empuñadura, presentando perforaciones en la lengüeta y calados en el empalme, aunque no hay resto alguno de ricassos.

En cuanto a las espadas de la Ría de Huelva que catalogara M. Almagro, encontramos que las correspondientes a los números 1-4, 38-41, 43 y 45 (122) presentan concomitancias muy claras a la del Cerro de la Miel, en especial la número 41 que es muy parecida, también, a la de la Corta de la Cartuja, atendiendo a los calados del empalme, marcados y sin perforar. Estas espadas, exceptuando las de empuñadura maciza de tipo “Alconétar” —de problemática diferente—, serían las más antiguas del conjunto de lengua de carpa, por lo menos teóricamente. Los estudios realizados parecen mostrar una mezcla de caracteres arcaicos y modernos, conjugando aspectos como hojas pistiliformes, empuñaduras caladas, ricassos amplios y lengüetas con remaches, calados insinuados y con remaches, hojas de filos rectos, etc.; esta confusión de términos tipológicos se agudiza por la falta de estratigrafías en las que insertar las espadas y obtener una evolución auténtica de estas armas.

En todo el conjunto metálico señalado puede entreverse un único rasgo técnico bastante generalizado, aunque no es común a todos los ejemplares: la aparición de tres remaches o clavos en las lengüetas (agrupados o en perforaciones individualizadas) y cuatro clavos más en los empalmes (dos a cada lado), que se alternan en orificios independientes con calados claros o insinuados, mientras las hojas son ligeramente pistiliformes o de filos más o menos rectos. Por lo demás, parece clara la modernidad de las espadas cuyas empuñaduras sean estrictamente caladas, al igual que aquellas con ricassos amplios, elemento

(119) COFFYN, A.: *Le Bronze Final...*, *op. cit.*, nota 107, fig. 17:12 y lám. XXVIII:1.

(120) Agradecemos a don Manuel Ruiz Delgado la información aportada sobre este ejemplar.

(121) LOPEZ PALOMO, L. A.: “Pequeño depósito de bronce en el río Genil”, *Cuad. Preh. Gr.* 3, 1978, pp. 233 ss., lám. I.

(122) ALMAGRO BASCH, M.: *Inventaria...*, *op. cit.*, nota 117.

que es corriente en las formas avanzadas del tipo Vénat (123) o Sa Idda/Ronda (124), cuyos caracteres son ya más diferenciados.

Los rasgos tipológicos evidenciados, junto a los que pueden rastrearse en las publicaciones sobre espadas de esta parte del Mediterráneo o del Atlántico, no aportan elementos de juicio suficientes para extraer una síntesis cronológica, máxime cuando se comprueba para los modelos hispanos la enorme dificultad de encontrar prototipos europeos, si es que los hubo. Así, los paralelos franceses que se aducen con cierta frecuencia no dejan de ser, en gran medida, referencias en extremo delicadas pues sirven para obtener, de datos tan relativos, conclusiones de índole cultural y temporal.

Por esa razón es interesante detenernos en el análisis del origen de las espadas, para dilucidar entre la dicotomía que se plantea respecto a lo autóctono y lo foráneo. El desarrollo de dicha dialéctica es imprescindible, pues sólo con la demostración de auténticas producciones locales peninsulares se podrán explicar las diferencias tipológicas que se encuentran en los ejemplares de nuestro país y los del resto de Europa. La valoración de la autoctonía frente a la fiebre invasionista, tanto étnica como cultural (125), la venimos manteniendo desde hace algún tiempo, incluso la hemos planteado al estudiar el Bronce Tardío en la Alta Andalucía, cuando afirmábamos que la metalurgia del bronce quedaba iniciada en esa época, al emplearse la nueva técnica —aleación cobre-estaño— de un modo preconcebido; la Península se conectaría con los circuitos comerciales del estaño, disponiendo los hábitats en lugares aptos para el intercambio, apareciendo elementos metálicos nuevos (fabricados “in situ” o importados) y estableciendo una infraestructura que, en los lugares apropiados, daría paso a manifestaciones de la importancia de Tartessos (126) en tiempos algo posteriores. La valoración de los indígenas no supone un rechazo completo de los estímulos exteriores, sino un intento de separarnos con claridad de las opiniones totalmente contrarias: como las sostenidas por L. A. López Palomo quien, al analizar el depósito broncíneo del Genil, llega a considerarlo “...como la repercusión en el valle medio del Genil de la cultura de los Campos de Urnas” (127); o, incluso, de posiciones más modernas e intelectualizadas como la de F. Amores, para el que no hay reparos en aplicar al depósito de la Ría de Huelva —intentando explicar su presencia— un calificativo propio de las prácticas comerciales en los países capitalistas de nuestro siglo: este autor señala que “es muy sugerente relacionar el fenómeno ‘dumping’, detectado o interpretado en Gran Bretaña o Irlanda, con los hallazgos de Andalucía Occidental. Si la mayor cantidad de depósitos del Atlántico fue-

(123) COFFYN, A.: *Le Bronze Final...*, op. cit., nota 107, pp. 96 ss. COFFYN, A., GOMEZ, J. y MOHEN, J. P.: *L'apogée du Bronze Atlantique. Le dépôt de Vénat. l'âge du Bronze en France*, Ed. Picard, Paris, 1981.

(124) DEL AMO, M.: “Un molde para la fabricación de espadas del Bronce Final hallado en Ronda”, *Homenaje a M. Almagro Basch II*, Madrid, 1983, pp. 81 ss. ALMAGRO GORBEA, M.: “Bronce Final y Edad del Hierro”, *Historia de España. I, Prehistoria*, Ed. Gredos, Madrid, 1986, p. 433.

(125) CARRASCO, J. et alii: “Hallazgos...”, op. cit., nota 45, p. 232. CARRASCO, J., MEDINA, E., CARRASCO, E. y TORRECILLAS, J. F.: *El fenómeno rupestre esquemático en la Cuenca Alta del Guadalquivir. I: Las Sierras Subbéticas*, Prehistoria Giennense I, Jaén, 1985.

(126) CARRASCO, J. y PACHON, J. A.: “La Edad del Bronce en la provincia de Jaén”, *Homenaje a Luis Siret* (en prensa).

(127) LOPEZ PALOMO, A.: “Pequeño...”, op. cit., nota 121, p. 240.

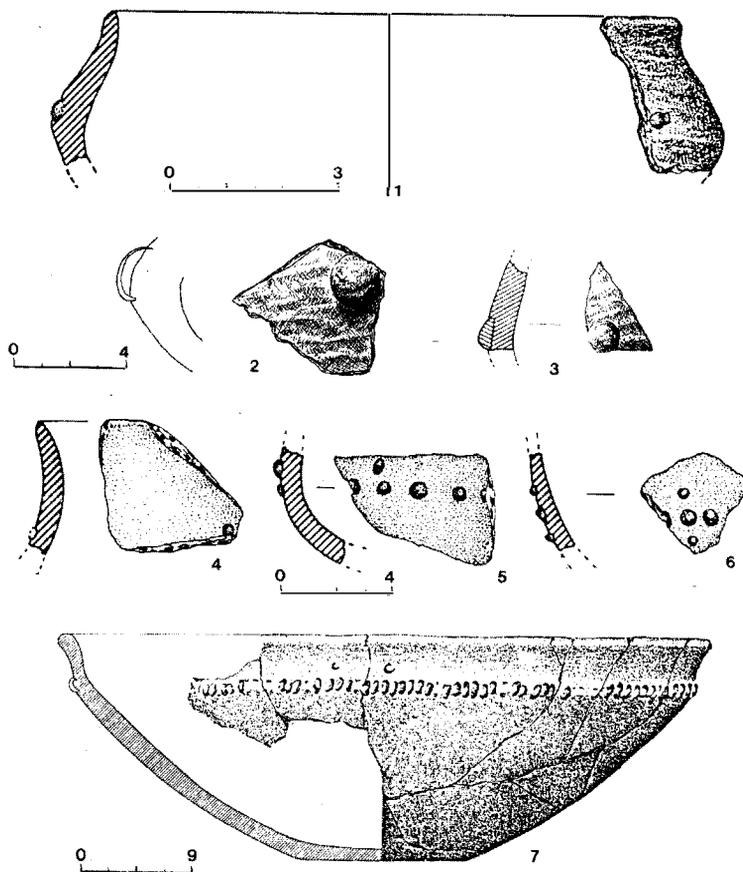


Fig. 24.—Cerámicas con decoración de botones metálicos. 1, Cerro de la Miel; 2, Mesa de Setefilla (sobre original de F. Amores); 3, Cerro de la Encina (según A. Arribas y otros); 4-6, Cerro de los Infantes; 7, Cerro de los Infantes (según A. Mendoza y otros).

ron en esta época tardía, justo antes de la irrupción de los tipo de hierro y se ha visto un fenómeno económico de dar una rápida salida a los 'stocks' de bronce ante los cambios pre-
visibles, es muy posible que los elementos de Andalucía Occidental sean procedentes de esta
operación. Las armas de Andalucía Occidental, Huelva y asociadas son de un repertorio
limitado, tardío y no tienen desfase apreciable entre ellas. Pensamos que el fenómeno es el

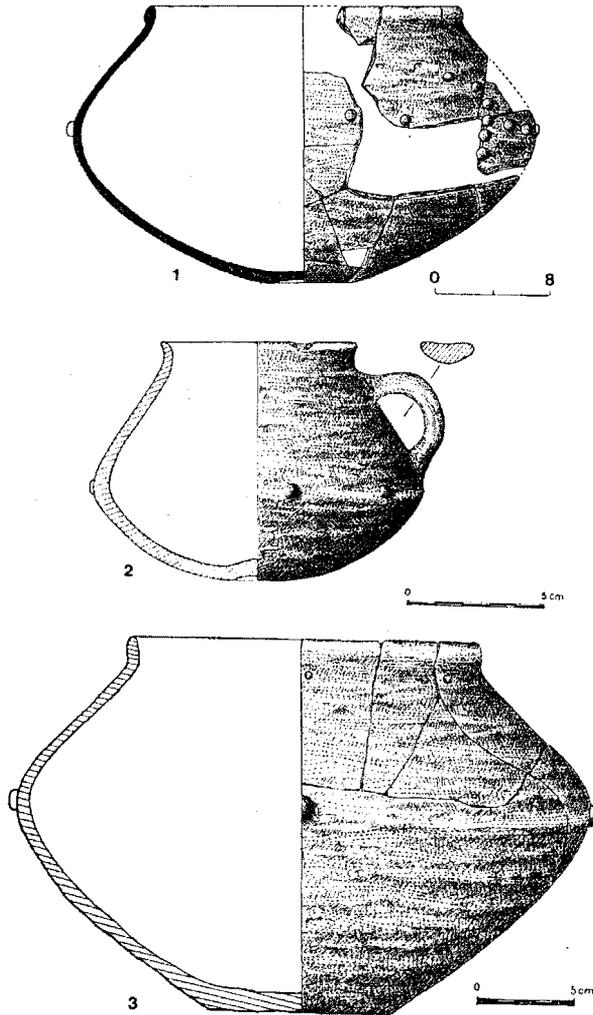


Fig. 25.—Cerámicas con decoración de botones metálicos de la necrópolis tumular de Setefilla (sobre originales de M.E. Aubet).

mismo" (128). F. Amores sigue, de este modo, a autores que utilizan el mismo mecanismo de interpretación para ciertos depósitos ingleses (129); pero, de cualquier manera, creemos algo exagerado proponer una solución tan actual a un problema del siglo VIII a.C., fecha en la que el citado autor sitúa el depósito onubense.

La aceptación del "dumping" choca, además, inevitablemente con una interpretación como la nuestra que aboga por la fabricación autóctona de ciertos objetos de bronce considerados foráneos en la Península Ibérica. Este hecho, en lo que se refiere a las espadas, parece evidente en fechas algo más tardías, si tenemos en consideración hallazgos como el molde de Ronda (130), que sirvió para fabricar espadas de lengua de carpa del tipo Sa Idda y que se ha situado cronológicamente en el siglo VII a.C., aunque su origen pueda retrasarse, más acertadamente, a un siglo VIII a.C. Un hallazgo tan puntual como éste ha servido para revalorizar el horizonte cultural representado por dichas espadas en el sur peninsular, habiéndose llegado a definir en recientes publicaciones un horizonte "Ronda-Sa Idda" con producción local de sus tipos. Puede comprobarse así, cómo un simple molde de fundición ha permitido la modificación de una serie de supuestos preestablecidos en orden a la existencia, o no, de una posible metalurgia local. De manera similar, la aparición de un molde de fundición de espadas de lengua de carpa o de fíbulas de codo, podrá dar lugar a la revalorización de los aspectos locales, impensables hasta ahora para unos objetos que se consideraran importados, o copias muy tardías. Desgraciadamente esos hallazgos aún no se han producido, pero no debiera descartarse en aquellos poblados del Bronce Final que son objeto de excavaciones continuadas.

Atendiendo al registro arqueológico, es necesario recordar que durante la Edad del Cobre el Sureste constituyó una región que, junto a la desembocadura del Tajo, va a marcar la pauta en cuanto a la importancia de los asentamientos y al desarrollo de una metalurgia local. En el caso hispano, posiblemente como culminación de la floreciente civilización neolítica asentada en las cadenas montañosas que jalonan su geografía, ello fue posible. De igual forma se acepta unánimemente que la posterior Cultura del Argar es lo más relevante de toda la Edad del Bronce Antiguo y Medio peninsular, con un desarrollo metalúrgico de enorme trascendencia, tanto en las zonas nucleares como en las adyacentes. Es fácil considerar así el peso específico que hubo de representar la metalurgia para el desarrollo de culturas urbanas, tan importantes como la de Millares o El Argar, por mencionar sólo las más conocidas; sin embargo, desde las postrimerías de esa última cultura —situada entre el 1350 y 1300 a.C.— y hasta el establecimiento de las primeras fundaciones estables de los fenicios en la Península —inicios del siglo VIII o, como mucho, finales del IX a.C.—, comprobamos como el Sureste, según las referencias halladas en las publicaciones, pierde buena parte de su influencia en el contexto peninsular y llega a obviarse la identidad cultural alcanzada a lo largo de milenios.

Pero, ¿cuáles han sido las causas que explican esa interrupción en el desarrollo evolutivo de las poblaciones del Sureste desde el Paleolítico? A nuestro entender han querido

(128) AMORES, F.: *Ensayo...*, *op. cit.*, nota 20, p. 446.

(129) BURGUESS, C. y COOMBS, D. (Eds.): *Bronze Age hoards. Some finds old and news*, 1977, pp. IV-V.

(130) DEL AMO, M.: "Un molde...", *op. cit.*, nota 124.

verse demasiados influjos externos en la región, ya sean de tipo tartésico, como de Campos de Urnas, e incluso del horizonte Cogotas, cortándose de raíz toda una tendencia de tipo localista. Con ello se cubren cinco o seis siglos de devenir poblacional con aportaciones ajenas, que sólo sirven para tergiversar la visión sobre los epígonos prehistóricos y los inicios protohistóricos en esta zona. Cuando desde el 1350-1300 a.C. se consolida el declinar argárico es palpable la continuidad poblacional en el Bronce Tardío, cultura que en algunos lugares viene representado —en el registro arqueológico— por un fuerte componente de Cogotas I; en otros sitios, en cambio, no aparecen rastros de él, pero puede atestiguar en general un abandono progresivo de los vasos carenados —tulipas—, una continuidad de los cuencos parabólicos, la frecuente aparición de mamelones que bordean las bocas de las vasijas, una presumible continuidad de las copas de vástago fino y la aparición posterior de fuentes de carena alta que, a veces, ofrecen mamelones “colgados” de la línea de carenación y, por último, el desarrollo de las llamadas “botellitas”.

En los tipos metálicos siguieron usándose, posiblemente, los cuchillos de cuatro remaches, apareciendo formas nuevas en las que se hace patente la utilización del molde bivalvo, molde que fue utilizado con anterioridad en la elaboración de las alabardas argáricas. Es posible que las alabardas del tipo Baños de la Encina (131) o Torre Benzalá (132) tengan su origen en este periodo; de igual forma, la alabarda y la espada de Montejicar (133), así como la espada de Fuente Tójar (134) pueden tener una cronología postargárica, al igual que otra serie de elementos metálicos, que tradicionalmente se han situado en un momento argárico o del Bronce Final (135).

En cuanto a la utilización del bronce para la fabricación de utensilios, hace ya algunos años que apuntábamos la posibilidad de que fuese durante el Bronce Tardío cuando se extendiese la nueva tecnología y se apreciara el verdadero valor de la nueva aleación (136). Posteriormente, otros investigadores han hecho hincapié en esta hipótesis sin aclarar matizadamente el por qué: nosotros partíamos del análisis inédito de una serie de piezas metálicas granadinas, así como de otras muestras aportadas por investigadores alemanes; pudimos comprobar que en los repertorios tradicionales argáricos se introducían piezas que sólo ofrecían un “regusto” de esa época. El estudio de los yacimientos de donde procedían esas piezas, la inexistencia de estratigrafías y el empleo preconcebido del estaño en su fabri-

(131) SCHUBART, H.: “Las alabardas tipo Montejicar”, *Estudios dedicados al Prof. L. Pericot*, Barcelona, 1973, pp. 247 ss. CARRASCO, J., PASTOR, M., PACHON, J. A., MEDINA, J. y MALPESA, M.: *Vestigios argáricos en el Alto Guadalquivir*, Publicaciones del Museo de Jaén 6, Jaén, 1980, fig. XV:1.

(132) CARRASCO, J. y PACHON, J. A.: “La Edad del Bronce...”, *op. cit.*, nota 126, lám. IV.

(133) SCHUBART, H.: “Las alabardas...”, *op. cit.*, nota 131, pp. 247 ss.

(134) CARRIAZO ARROQUIA, J. de M.: “La Edad del Bronce”, *Historia de España* dirigida por R. Menéndez Pidal, I,1, Madrid, 1975 (4.ª ed.), fig. 599.

(135) Ver, por ejemplo, el hacha plana de Montefrío (Museo Arqueológico de Granada, n.º de inventario 378); su análisis espectrográfico dio un 7,5% de estaño. De igual forma un brazaletes de varias espiras procedente de Monachil dio un 7,7% de estaño (Museo Arqueológico de Granada, n.º de inventario 1943). También el hacha de Castril dio un 10% de estaño (BLANCE, B.: “Estudio espectrográfico de algunos objetos metálicos del Museo de Prehistoria de la Diputación de Valencia”, *Arch. Preh. Lev.* VIII, 1959, pp. 163-173).

(136) GARCIA SANCHEZ, M. y CARRASCO RUS, J.: “Análisis espectrográficos de objetos metálicos procedentes de la provincia de Granada”, *C.N.A.* XV, 1979, pp. 237-248.

cación, nos hizo ver su posible adscripción a una fase tardía del Bronce, lo que avalaba nuestro planteamiento.

El Bronce Final, que se fecha en sus orígenes hacia el 1100 a.C., refleja una continuidad del sustrato cultural. Durante el nuevo período, como recientemente se ha especificado y con lo que concordamos, se produjeron cambios que, en mayor o menor medida, fueron el resultado de su propia dinámica interna, más que resultado de influjos o contactos con culturas extrañas, y aunque esos contactos es seguro que existieron no creemos llegasen a ser determinantes de su evolución cultural (137). Por el contrario, las únicas influencias externas que pueden valorarse como decisivas son las que se confirman en los inicios del siglo VIII a.C. (138), con la llegada del torno y el empleo del hierro, fruto del impacto cultural semita en las poblaciones indígenas que, ahora sí, van a transformar el mundo local a nivel tecnológico, por lo menos, introduciendo los procesos de cambio que, luego, acabarán por eclosionar en lo ibérico.

Tales elementos de juicio permitirían preguntarnos: ¿por qué esa despersonalización regional a partir de la desaparición de lo argárico? Entre las respuestas que se han argumentado, una de las principales —sin otros razonamientos más fiables— ha sido la disminución cuantitativa de la producción metálica y la consiguiente pérdida del papel irradiador de lo metalúrgico sobre otras regiones. Este tópico, que a lo largo de los años ha ido tomando cuerpo, no creemos pueda resistir un análisis en profundidad.

En esta misma línea plantearemos brevemente unas cuestiones que, a nuestro juicio, han podido justificar la vigencia y mantenimiento de la tesis sobre la pérdida del peso específico regional tras lo argárico. Primero habría que concretar sobre qué presupuestos se sustentó la tan traída metalurgia argárica, mientras se veía una discontinuidad de tales actividades en épocas postargáricas: para acercarnos al problema debemos acudir a las excavaciones que realizaron los Siret, tratando de entender cómo ellos se centraron en los yacimientos argáricos, revalorizando este momento prehistórico en todas las investigaciones peninsulares posteriores. En su extraordinario corpus detallaron una serie de necrópolis con un ingente número de ajuares seleccionados, entre los que el elemento metálico —sin duda— fue realzado en detrimento de los tipos cerámicos; la situación ofrece, a simple vista, un destacado contraste y aparece la impresión de que estamos ante un auténtico “boom” metalúrgico, pero como tales elementos funerarios no han podido cotejarse con los de su especie que pudieron aparecer en las estratigrafías de los poblados correspondientes y que no se han documentado, poco han indicado sobre las cronologías reales, aunque fueron suficientes para establecer posteriores cuadros tipológicos y temporales.

De un modo genérico, todo fue considerado como argárico, pero ¿no pudo ocurrir que los hermanos Siret incluyeran en bloque todo el conjunto argárico junto con lo propio del Bronce Tardío? Los ajuares publicados por los Siret como argáricos, bien pudieron pertenecer a diversos momentos, anteriores, coetáneos o posteriores a ese mundo. En los años

(137) ALMAGRO GORBEA, M.: “Bronce Final...”, *op. cit.*, nota 124, p. 404.

(138) Cuando se producen buena parte de los iniciales contactos de fenicios e indígenas peninsulares: SCHUBART, H. y ARTEAGA, O.: “El mundo de las colonias fenicias occidentales”, *Homenaje a Luis Siret* (en prensa).

siguientes, con la base tipológica ya definida, se fue adjudicando una cronología que podía ir bien con el Bronce Antiguo y Medio, hasta crear una cierta tradición en los estudios posteriores, lo que hizo muy difícil la distinción de tipos metálicos que encajasen en las fechas más bajas. Incluso llegó a establecerse un auténtico vacío cultural entre lo argárico y el Bronce Final, por lo que atendiendo a los fósiles metálicos ¿qué objetos de esa especie podrían adscribirse al Bronce Tardío?: algunos de ellos están siendo analizados de modo diverso y se les niega, además, un posible origen peninsular, cuando no se los considera claramente modernos. Así, las conocidas hachas de Arroyomolinos se interpretan tipológicamente como auténticos productos de importación; espadas de lengua de carpa son llevadas a épocas muy recientes; etc. Todo ello nos lleva a preguntarnos ¿qué pudo hacer desaparecer la metalurgia argárica?, ¿estaremos ante un falso problema suscitado por la investigación moderna?, ¿no sería más lógico pensar que la mayoría de los materiales del Bronce Tardío se han considerado, en parte, argáricos y, en el resto, del Bronce Final?

En esta problemática incide la dificultad que ofrecen los tipos metálicos, dada su mayor perduración a los cambios modales: en especial, aquellos que se localizan como integrantes de los equipos funerarios, con la gran complejidad subsiguiente de su encuadramiento en los estancos cronológicos que se vienen utilizando actualmente. Las cerámicas reflejan mejor los cambios, resultando paradójico la perfecta estructuración de puntuales artefactos cerámicos del Bronce Tardío, mientras los ejemplares metálicos no aparecen por ningún lado. El problema se agrava en ese período cultural que hubo de durar dos o tres siglos —según cada área regional—, constituyendo un enorme hiatus como para olvidar cualquier prototipo metálico encuadrable en él.

No es extraño, en las condiciones actuales de la investigación, que algunos de los ajuares metálicos estudiados como argáricos en el corpus siretiano tengan cabida en el Bronce Tardío (139). Como señalábamos anteriormente, de igual modo que se observa una continuidad desde lo argárico en los implementos cerámicos, también —de un modo similar— pudo ocurrir con los objetos metálicos, especialmente en lo referente a los elementos de adorno, haciéndose cada vez más ostensible, por otro lado, la moda del nervio central en cuchillos y espadas, y conservándose, por el contrario, la sujeción por remaches en las placas de empuñadura. Sobre este particular podemos indicar que, recientemente, hemos localizado en la estratigrafía del Cerro de la Mora, en un momento antiguo del Bronce Final, un puñal de amplia placa de empuñadura, remaches y hoja de nervio central en ambos lados, que muy bien pudiera constituir el desarrollo final, simplificado, de aquellas alabardas argáricas de placa poco desarrollada.

(139) Por ejemplo, en El Oficio, el puñal que aparece en la lám. 62 con el n.º 2, es del tipo 'Porto de Mas', posiblemente con una cronología del Bronce Tardío/Final (SIRET, L.: *Las primeras edades del metal en el Sureste peninsular*, Barcelona, 1890). Algunas espadas como las Argar 824, Argar 551 e, incluso, Fuente Alamo 9 y Argar 429, pueden corresponder también a un momento tardío, fuera de lo propiamente argárico (ALMAGRO GORBEA, M.: "La espada de Guadalajara y sus paralelos peninsulares", *Trab. Preh.* 29, 1972, pp. 55 ss. La tipología de este autor ha sido refutada por una reciente tesis: LULL, V.: *La "cultura" de El Argar. Un modelo para el estudio de las formaciones económico-sociales prehistóricas*, Ed. Akal, Madrid, 1983). La alabarda Argar 575, de tipología diferente a las clásicas argáricas, así como la de Montejicar, también son de cronología dudosa y, muy posiblemente, entran de lleno en un Bronce Tardío.

En otro orden de cosas, resulta incomprensible que todos los yacimientos clásicos almerienses y murcianos carezcan de una continuidad poblacional después de lo propiamente argárico, lo que choca aún más con la comprobación realizada en yacimientos como el de Fuente Alamo, donde se ha documentado —en su reexcavación— una secuencia habitacional más prolongada, hasta el Bronce Tardío (140). Nuestra argumentación conduce a otras cuestiones: ¿a dónde fueron a parar las importantes poblaciones argáricas, en sus momentos finales?, ¿hubo una despoblación o migración en bloque?, ¿se creó un vacío poblacional?, ¿qué otras regiones recibieron el impacto de esas migraciones? Hoy día parece, más que evidente, que no hubo trasvase de poblaciones ni, por supuesto, movimientos en masa; lo que pudo ocurrir es que el material arqueológico de esos poblados, básico por todos los conceptos, pero menos espectacular que el proveniente de las sepulturas, no se documentó y acabará perdiéndose; se creó así un verdadero problema a la hora de definir el poblamiento posterior, dejándose una secuela de muy difícil solución a la investigación subsiguiente. Además, como la documentación se basó, posiblemente, en los objetos selectos de las sepulturas, consideradas de forma global y sin ninguna diferenciación “in situ”, lo único que se alcanzó fue una imagen distorsionada en lo cronológico y, al mismo tiempo, facilitó una inmejorable base para que los estudios tipológicos tuviesen un excelente florecimiento en lo referente a lo argárico. A todo esto se añadiría que, en las postrimerías argáricas, el ritual funerario de los enterramientos bajo las casas sufra un cambio paulatino, situándose las deposiciones mortuorias ahora en el extrarradio de los poblados.

El vacío artificial creado respecto al poblamiento y la metalurgia desarrollada después de lo argárico está suficientemente probado, aunque a nivel bibliográfico se acentúe con el Bronce Final, peor conocido en los registros arqueológicos. Es claro el escaso número de yacimientos del Bronce Final excavados, comparados con los conocidos de horizontes argáricos; la misma investigación ha malinterpretado, en ocasiones, su adecuación cronológico-cultural, haciendo más hincapié en otras fases de dichos poblados, por desconocimiento o por la parcialidad de las excavaciones, pese a la existencia de poblados de este momento en abundancia, aunque —por desgracia— la acumulación estratigráfica posterior desdibuje muchos aspectos de los estratos de estas fechas. Es también negativo el desconocimiento que sobre las necrópolis del Bronce Final tenemos: las pocas referencias con que contamos provienen de excavaciones muy antiguas o proceden de actividades clandestinas, lo que ha proporcionado datos siempre parciales y poco representativos, imposibilitando la interpretación y el establecimiento de comparaciones con las sepulturas argáricas, en orden a vislumbrar los desarrollos metalúrgicos de una y otra época.

En el Cerro de la Mora tenemos la referencia directa de un enorme cúmulo de vestigios y de elementos metálicos estratificados que, sin lugar a dudas, son más indicativos que los de cualquier otro yacimiento del Bronce excavado recientemente. Ante ello no es aventurado afirmar que cualquier yacimiento del Bronce Final de Andalucía Oriental, que no sea unifásico y que se excave en extensión, podrá aportar un nivel metalúrgico similar o mayor que los argáricos. Sirva de muestra el hallazgo en el Cerro de la Mora de un crisol de fundi-

(140) SCHUBART, H. y ARTEAGA, O.: “Fundamentos arqueológicos para el estudio socio-económico y cultural del área de El Argar”, *Homenaje a Luis Siret* (en prensa). Véase la nota 24.

ción (fig. 26), junto a otros elementos manufacturados metálicos que evidencian la importante actividad que la metalurgia debió representar para las poblaciones indígenas del Bronce Final.

De esa importancia hablan igualmente los numerosos depósitos de bronces, y espadas aisladas, que se han recuperado en ríos del sur peninsular: Ría de Huelva, Corta de la Cartuja, Marmolejo y Mengíbar, todos en el Guadalquivir; Baeza, en el Guadalimar (141); Remanso de las Golondrinas, en el Genil, etc. Todos estos hallazgos muestran un enorme potencial metalúrgico, hasta el punto de permitir a los indígenas una serie de actividades rituales (lanzamiento de armas a las aguas), relacionadas posiblemente a la religión y que no expresarían sino una riqueza en metal desconocida hasta entonces. La explicación de los depósitos fluviales, de modo unilateral, en las líneas de las expresadas para la Ría de Huelva (cargamentos de desechos o dumping) nos parece irrelevante, máxime cuando la mayoría de estos hallazgos se ha realizado en ríos, o zonas de su cauce, imposibilitadas para una navegación necesaria a esas actividades económicas.

Todos los hallazgos metálicos encontrados sin contexto arqueológico, por otra parte, han posibilitado su adscripción a los moldes tipológicos preestablecidos, sin una base contrastada sobre materiales provenientes de excavación que no cuentan, por ello, con las necesarias asociaciones arqueológicas que los encuadre en el marco cultural y temporal procedente. Tampoco se han generalizado aún los análisis espectrográficos de los objetos metálicos, que si son útiles a los hallazgos en estratigrafía aún lo son más para los objetos sin contexto o procedentes de antiguas excavaciones, donde es fácil encontrar metales de muy distinta composición bajo un denominador cultural común. Esa sería una tónica frecuente en el corpus siretiano, donde se encuentran alabardas de tipo Montejícar asociadas a puñales —que Siret apuntaba realizados en bronce— con remaches de plata, puñales que hoy podrían admitir la revisión de un encuadre más tardío, de los últimos tiempos argáricos o ya del Bronce Tardío (142).

No nos parece comprensible, por último, seguir admitiendo una decadencia metalúrgica en el Sureste tras el Argar, opinión que sólo ha contribuido a dar una idea distorsionada de la realidad, coartando toda una creatividad contrastada en las poblaciones indígenas, que desde tiempos muy remotos habían desarrollado una rica metalurgia. Metalurgia que sólo cambiaría con la transformación tecnológica irreversible que supuso la adopción del método de fundición del hierro, al acabar la etapa del Bronce Final.

Con lo que hemos expuesto puede considerarse que hay suficientes evidencias para poder afirmar que, durante el Bronce Tardío y Final del Sureste, no hubo una decadencia metalúrgica en relación al período anterior. Desde este punto de vista existirían unas poblaciones en posesión de una contrastada tecnología del bronce que, unida a unos indudables

(141) Esta espada, que Almagro Basch la situaba en Baeza, es denominada por Ruiz Gálvez en sus tesis como del Guadalimar, sin una ubicación más precisa.

(142) SIRET, H. y L.: *Las primeras edades del metal en el Sureste de España*, Barcelona, 1890, lám. 33, sepultura 575.

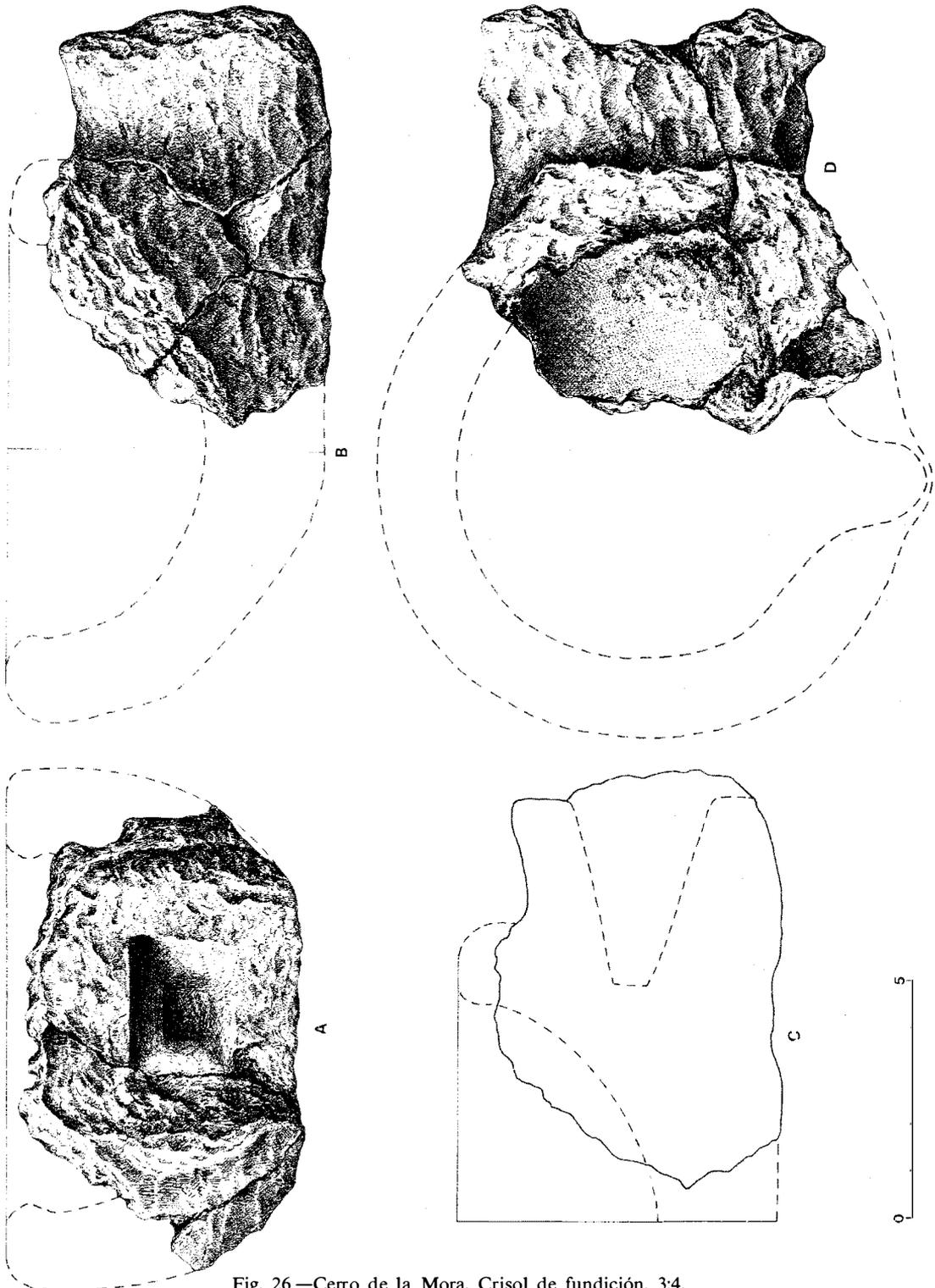


Fig. 26.—Cerro de la Mora. Crisol de fundición. 3:4.

contactos con otros ambientes —foráneos o no— que se movían dentro de similares modalidades metalúrgicas, explicaría la aparición precoz de diversos tipos metálicos en los que no sería difícil comprobar caracteres comunes a unos y otros lugares. Pero siempre, haciendo prevalecer en cada uno de ellos detalles singulares, propios de cada taller artesano, lo que dificultaría su estructuración tipológica y cronológica, toda vez que, casi nunca —salvo excepciones— presentan estos objetos contextos estratigráficos fiables.

La distribución geográfica de hallazgos de esta serie a lo largo de la cuenca del Guadalquivir: espadas de Sevilla (Corta de Cartuja y la Rinconada), depósito del Remanso de las Golondrinas, espadas y fibulas del Cerro de la Miel, depósito de Arroyomolinos (143), espadas de Jaén (Mengíbar, Baeza y Marmolejo), fibulas y otros elementos del Cerro de la Mora, fibulas del Cerro de los Infantes y Monachil, junto a otros hallazgos metálicos relacionados a los anteriores, como las espadas de Fuente Tójar (144), Carcabuey (145), hachas de Montefrío (146), Baza (147) Campotéjar (148), Diezma (149), Fuentes de Cesna (150), Guadix (151), etc., definen un horizonte metálico de amplia tipología y espectro cronológico muy sugerente a la hora de indicarnos talleres locales de fabricación. Pero en el actual estado de nuestros conocimientos, ese hecho no podrá confirmarse hasta no disponer de suficientes análisis espectrográficos, necesarios para establecer comparaciones con los procedentes de otros objetos importados.

En lo cronológico, hasta no hace mucho tiempo la base más firme disponible para el estudio de estas espadas eran los trabajos de M. Almagro Basch, quien las consideraba tipos evolucionados de modelos europeos, con una filiación netamente atlántica y con una fecha, para los casos más antiguos de Huelva, a partir del año 800 a.C. (152); mientras que fijaba la cronología general del depósito en el 750 a.C. (153), M. Almagro reforzaba la incierta fijación de estas espadas con la más segura que aportaban las fibulas de codo (154). Prácticamente, su visión de conjunto mantenida a lo largo del tiempo fue aceptada globalmente por todos los que se aproximaron a esta problemática. Hencken y Savory intuyeron un origen

(143) SIRET, L.: *Questions de chronologie et d'etnographie ibériques*, Paris, 1913, pp. 358-59, 407, figs. 131 y 158.

(144) CARRIAZO ARROQUIA, J. DE M.: "La Edad del Bronce...", *op. cit.*, nota 134, p. 782, fig. 599.

(145) HARRISON, R. J.: "Nota acerca de algunas espadas del Bronce Final en la Península Ibérica", *Ampurias* 36-37, 1975, pp. 225 ss.

(146) GARCÍA SANCHEZ, M. y CARRASCO, J.: "Análisis...", *op. cit.*, nota 136.

(147) SIRET, L.: *Questions...*, *op. cit.*, nota 143, fig. 125:2.

(148) BOSCH GIMPERA, P.: *Etnología de la Península Ibérica*, Barcelona, 1932, p. 234, fig. 194.

(149) SIRET, L.: *Questions...*, *op. cit.*, nota 143, fig. 125:3.

(150) CARRIAZO ARROQUIA, J. DE M.: "La Edad del Bronce...", *op. cit.*, nota 134, p. 850. CARRASCO, J., NAVARRETE, M.ª S., PACHON, J. A., PASTOR, M., GAMIZ, J., ANIBAL, C. y TORO, I.: *El poblamiento antiguo en la tierra de Loja* (en prensa).

(151) SIRET, L.: *Questions...*, *op. cit.*, nota 143, fig. 133:1. ALCACER, J.: *Catálogo de la colección Federico Motos en el Museo de Prehistoria de Valencia*, Trab. Varios S.I.P. 43, 1972, lám. XLV:1.

(152) ALMAGRO BASCH, M.: *Las estelas...*, *op. cit.*, nota 83, p. 150.

(153) ALMAGRO BASCH, M.: "El hallazgo...", *op. cit.*, nota 89.

(154) ALMAGRO BASCH, M.: "El hallazgo...", *op. cit.*, nota 89.

autóctono peninsular del tipo de lengua de carpa, partiendo de los ejemplares europeos y abundando en la cronología tardía que propusiera M. Almagro (155).

En tiempos más recientes las cronologías se fueron elevando: así, el mismo Hencken y M. Almagro-Gorbea defendieron los inicios del siglo IX a.C. para este horizonte cultural (156), siglo IX que ha ido generalizándose en los últimos años, reforzándose la tesis con el apoyo de las cronologías absolutas que se comentaron más arriba (157). De esas dataciones, las que se obtuvieron en Huelva creemos deben considerarse con cautela, pues aunque podrían ser válidas, los astiles de donde se obtuvieron las muestras no se saben si eran originales o correspondían a otros que se colocaron en el transcurso de la vida del arma, lo que pudo modificar la antigüedad de tales dataciones sin tener que volver sobre los problemas de contaminación que ya se señalaron.

Por otro lado, podemos olvidar las consideraciones hechas por P. Schauer (158), quien ha llegado a identificar en el depósito de Huelva un casco puntiagudo para el que recoge prototipos asirio-urartios, señalando además que se trata de un hallazgo de carácter votivo, como puede desprenderse de otros elementos semejantes repartidos por diversos lugares de Europa. Esta aseveración aportaría de ser cierta una fecha indeterminada, para el conjunto de Huelva, entre los siglos IX-VIII a.C., es decir, una datación en consonancia con los estudios cronológicos acabados de citar.

De las otras dataciones absolutas destacan las de San Román de la Hornija: la más antigua que se alcanzó correspondía al siglo XI a.C., pero fue ignorada sorprendentemente por la investigación sin ninguna explicación convincente, cuando no existen en este yacimiento ninguna serie coherente de dataciones que permita obviar la que no encaje dentro del conjunto. Al haber sólo dos fechas no existen razones suficientes que justifiquen la exclusión de una de ellas, más aún si consideramos que ambas entran de lleno en el horizonte cultural que estamos comentando. A nuestro entender —basándonos en el registro arqueológico que conocemos en Andalucía Oriental— la cronología más alta sería la idónea para situar los materiales del enterramiento vallisoletano, así como los elementos metálicos asociados a ellos.

En resumen, ha podido comprobarse cómo se ha pasado de fechar las espadas en el siglo VIII a un IX a.C., de un modo casi unánime pero contando siempre con los mismos presupuestos y sólo en base a matizaciones tipológicas de otros bronzes y a la consabidas dataciones absolutas. Se refleja así una notable inconsistencia, fruto de la falta de bases sólidas que sólo pueden proporcionar las asociaciones estratigráficas, además de una incoherencia que se manifiesta en la desconexión entre las diversas facies culturales regionales y las conclusiones obtenidas del análisis abusivo de los caracteres tipológicos. Pese a ello, la

(155) HENCKEN, H.: "Carp's tongue swords in Spain, France and Italy", *Zephyrus* VII, 1956, pp. 124 ss.
SAVORY, H. N.: "The atlantique Bronze in Southwest Europe", *P.P.S.* XV, 1949, pp. 128 ss.

(156) HENCKEN, H.: "The earliest...", *op. cit.*, nota 92. ALMAGRO GORBEA, M.: "Cascos del Bronce Final en la Península Ibérica", *Trab. Preh.* 30, 1973, pp. 349 ss.

(157) ALMAGRO GORBEA, M.: *El Bronce Final...*, *op. cit.*, nota 17, p. 173.

(158) SCHAUER, P.: "Orient im spätbronze und früheisenzeitlichen Occident. Kulturbeziehungen zwischen der Iberischen Halbinsel und dem Vorderen Orient während des späten 2. und des ersten Drittels des 1. Jahrtausends c. Chr.", *Jahrbuch des Römisch-Germanischen Zentralmuseums* 30, Mainz, 1983, p. 185.

insistencia en tales fechas sigue observándose en recientes investigaciones que, como la de Harrison muy en la línea de la corriente historiográfica anglosajona, sitúa las espadas de lengua de carpa en el siglo VIII a.C. (159).

Conviene citar, en este punto, el trabajo de A. Coffyn referido con anterioridad (160), aunque sus aportaciones siguen; en líneas generales, las teorías y cronologías de M. Almagro-Gorbea, M. Ruiz Gálvez, etc. Para Coffyn serán los inicios del siglo IX a.C. los que marquen la introducción de la espada de bordes paralelos, la denominada de lengua de carpa, en la Península; considera, ante la falta de prototipos, su correspondencia a una adaptación local de los últimos modelos de espadas pistiliformes (161), de donde se obtuvo el modelo característico de lengüeta con pomo bífido, las hojas aún pistiliformes, el nervio central poco acusado y la punta muy aguzada, sin llegar a ser muchas veces de lengua de carpa, etc. Piensa, además, Coffyn que las espadas pistiliformes tardías, como las de San Esteban del Sil y Cordeiro (162), constituyen los prototipos directos de las espadas de Huelva, fechando este grupo entre el 900-700 a.C. (163), para lo que se apoya en las dataciones radiocarbónicas onubenses, la más baja de San Román de la Hornija y la del 930 a.C. que aportó San Esteban del Sil (164).

Particularmente hemos de considerar que la espada del Cerro de la Miel se encuadraría, de acuerdo exclusivamente con el contexto arqueológico en que fue hallada, entre el 1080-950 a.C., cronología que está avalada por la datación de C-14 y por la estratigrafía general del Cerro de la Mora. No obstante, somos conscientes de que esta cronología choca frontalmente con todas las que, tradicionalmente, se han venido ofreciendo para el horizonte de lengua de carpa, y llega a trastocar algunos de los esquemas clásicos que se han venido proponiendo para el origen de estas espadas. Pero también somos conscientes al observar que todo el entramado de dichas espadas ha sido conformado en base a tipos sin contexto arqueológico y, a veces, muy distantes entre sí; y, de igual forma que no hay un acuerdo general sobre su origen inmediato —aunque se haya afirmado su derivación de las pistiliformes tardías—, tampoco debería haberlo sobre el momento de su eclosión, aunque éste también se aceptó en el siglo IX a.C.

Por otro lado, no resulta muy claro su lugar de origen, pues el espectro que presenta su dispersión peninsular es amplio, aunque —como planteamos de forma hipotética— la parte meridional de la Península, por su mayor concentración de ejemplares y su gran tradición metalúrgica, pudo desempeñar un papel importante en la aparición del tipo. Si observamos el mapa de dispersión de las espadas pistiliformes y de lengua de carpa (165) se comprueba cómo las primeras se concentran, mayoritariamente, en la región septentrional de la Península; siendo más abundantes las segundas en la zona meridional. Con el apoyo de tal división geográfica pueden plantearse un conjunto de nuevas cuestiones:

(159) HARRISON, R. J.: "Nota...", *op. cit.*, nota 145.

(160) COFFYN, A.: *Le Bronze Final...*, *op. cit.*, nota 107.

(161) COFFYN, A.: *Le Bronze Final...*, *op. cit.*, nota 107, p. 48.

(162) COFFYN, A.: *Le Bronze Final...*, *op. cit.*, nota 107, lám. X.

(163) COFFYN, A.: *Le Bronze Final...*, *op. cit.*, nota 107, p. 211.

(164) RUIZ GALVEZ, M.^a L.: *La Península...*, *op. cit.*, nota 99, pp. 280 ss.

(165) RUIZ GALVEZ, M.^a L.: *La Península...*, *op. cit.*, nota 99, mapas 16-17, pp. 568 ss.

1) Es posible la diversidad cronológica de uno y otro tipo de espadas, lo que fundamenta además ciertas opiniones que hacen derivar las de lengua de carpa de las pistiliformes, a partir del ejemplar de S. Esteban del Sil —pistoliforme tardía—, algo anterior a la fechación media que se obtuvo para el depósito de Huelva, en torno al 850 a.C. Esta tesis que es la postulada por A. Coffyn, como él mismo indica, no ha podido ser confirmada por excavaciones en Andalucía Occidental (166).

¿No podría mantenerse igualmente la hipótesis, lógica en cierta forma, de que para el momento de expansión de las espadas de lengua de carpa se influenciara algún que otro ejemplar de la zona norte? Si el hecho fuese al revés, Andalucía debería estar inundada de espadas pistiliformes, pero en realidad sólo disponemos —en la mitad sur del país— de cinco ejemplares, aproximadamente un 20%. En cuanto a las de lengua de carpa, el número encontrado en la mitad norte asciende a ocho (c. 27%), sin que puedan extraerse —tampoco— conclusiones en nada excluyentes (167). Lo evidente, ante tales circunstancias, es que cada una de las armas en cuestión incide de modo diferente en una zona de influencia, quedando claro que sólo las espadas de lengua de carpa trascienden al Mediterráneo Occidental, como demuestran los ejemplares hallados en Cerdeña e Italia, hecho que no ocurría con el tipo pistiliforme. Estamos así en condiciones de relacionar nuestra espada con el otro elemento estudiado en este trabajo, la fibula de codo, de raigambre plenamente mediterránea y a la que debe unirse cronológicamente, como luego veremos.

2) En cuanto a la cronología, creemos debe adoptarse una postura claramente alcista, acorde con las pautas que antes señalábamos entre el segundo cuarto del siglo XI y mediados del X a.C., mientras que la fecha del IX aducida para el depósito de Huelva, indicaría uno de los últimos momentos de utilización de la forma típica de espadas de lengua de carpa. Mantener su existencia hasta el siglo VIII, o incluso después, nos parece excesivo pues, para esas fechas, los fenicios habían introducido ya en la Península la metalurgia del hierro (168), dando lugar a una producción que iría en detrimento de los artículos fabricados en cobre.

Puede argumentarse, en este sentido, el hallazgo de una hacha de apéndices que se encontró en el yacimiento granadino de la Mesa de Fornes —en pleno hinterland fenicio— (169), pero realizada en hierro. Para A. Coffyn, los prototipos en bronce de esas

(166) COFFYN, A.: *Le Bronze Final...*, *op. cit.*, nota 107, p. 211.

(167) Los datos que apuntamos han sido obtenidos de RUIZ GALVEZ (*op. cit.*, nota 99), pero pueden consultarse igualmente en COFFYN (*op. cit.*, nota 107, mapas 16 —p. 130— y 18 —p. 135—).

(168) Este punto parece sobradamente conocido y demostrado a raíz de los hornos metalúrgicos, restos de toberas y vasijas con restos de escorias que se encontraron en 1982 en el Morro de Mezquitilla, en su nivel B1, que puede fecharse perfectamente en la primera mitad del siglo VIII a.C. (SCHUBART, H.: "Morro de Mezquitilla. Informe preliminar sobre la campaña de excavaciones de 1982 en el asentamiento fenicio cerca de la desembocadura del río Algarrobo", *Not. Arq. Hisp.* 23, 1985, p. 148, figs. 11a y 12; SCHUBART, H.: "El asentamiento fenicio del siglo VIII a.C. en el Morro de Mezquitilla (Algarrobo, Málaga)", en Del Olmo Lete y Aubet, M. E. (ed.): *Los fenicios en la Península Ibérica*, Sabadell, 1986, pp. 59 y ss., especialmente 63).

(169) Este yacimiento del que ya dimos noticias hace algún tiempo (PACHON, J. A. *et alii*: "Protohistoria...", *op. cit.*, nota 14, pp. 311 ss.), se encuentra muy cerca del paso montañoso del Puerto de Frigiliana que comunicaba

hachas son muy antiguos porque no aparecen en depósitos metálicos modernos (170), y la sitúa en su Bronce Final III atlántico, entre los años 900 y 700 a.C., junto con espadas de lengua de carpa del tipo Vénat, como ocurriera en el célebre depósito francés. Esto sería un ejemplo de lo que parece ocurrir en Europa con las hachas de apéndices, pero bastante ilustrativo a la hora de confrontarlo con la ausencia total de asociaciones lengua de carpa-hachas de apéndices en la Península. De esa evidencia puede extraerse la conclusión siguiente, mientras los hallazgos no demuestren lo contrario: las espadas de lengua de carpa no coexistieron aquí con aquellas hachas.

En nuestro país, las hachas de apéndices no deben estar muy alejadas del siglo VIII a.C., ya que los fenicios —si no fueron los mismos indígenas— pudieron imitarlas en hierro, en un momento en que su uso debía estar bastante extendido como prueban los depósitos metálicos hallados. Sólo en la provincia de Granada tenemos hachas de apéndices en Fuentes de Cesna, Guadix y Campotéjar (171); en este último lugar, el depósito se acompañaba también de ejemplares de hierro, lo que ha dado pie a manifestaciones sobre su carácter importado desde el Mediterráneo, que era el más antiguo testimonio de hierro conocido en el occidente meridional, y que estos productos pudieron acompañar a las fibulas de Monachil y Cerro Alcalá en su viaje hacia el oeste (172).

Posiblemente, las hachas de apéndices tuvieron un espectro cronológico que permite su asociación a esas fibulas y a las espadas de lengua de carpa, pero resulta sintomático que, entre tantos depósitos metálicos no se haya hallado ninguno donde coexistan todos esos elementos. El tipo de espada de Vénat, que sí parece coetánea al hacha de apéndices, ocuparía un lugar intermedio entre las típicas lengua de carpa y las posteriores del horizonte Ronda-Sa Idda, que podrían derivar de aquella y que desde luego son más modernas, con unas fechas a partir del 800 a.C.

Pero volviendo a la fabricación de las hachas de apéndice en hierro, ¿por qué pensar en importaciones de hierro en unas fechas más antiguas que la arribada fenicia a las costas peninsulares?, ¿por qué, entonces, sólo aparece esa novedad metalúrgica reducida a un único modelo formal?, ¿no sería más lógico entender que las hachas se mantuvieron hasta los primeros ensayos “in situ” con hierro, y de ahí los hallazgos de Campotéjar y Mesa de Fornes?.

Creemos así que las espadas de lengua de carpa se disocian claramente de las hachas de apéndices, por la sencilla razón de que las preceden en el tiempo: si no de un modo general, sí en buena parte de su trayectoria cronológica, con lo que se explicaría su exclusiva fabricación en bronce, mientras que las producciones de espadas de hierro se reducen a

las tierras del interior granadino con la vertiente mediterránea malagueña, donde se encuentran los asentamientos fenicios más antiguos de la Península, por lo que no es difícil que los primeros productos de hierro impactaran pronto en los hábitats de estos lugares. El hacha en cuestión pertenece a una colección privada de Granada y, como primera impresión, pudo pertenecer al grupo de elementos metálicos que se fabricaron —posiblemente por los fenicios— para comercializar entre los indígenas.

(170) COFFYN, A.: *Le Bronze Final...*, *op. cit.*, nota 107, p. 261.

(171) Véanse las notas 150, 151 y 148.

(172) ALMAGRO GORBEA, M.: “Bronze Final...”, *op. cit.*, nota 124, pp. 417-418.

modelos diferentes y, siempre, más modernos. Las espadas de Cástulo y Niebla serían los mejores ejemplos, realizadas en hierro y de una tipología derivada directamente del horizonte Ronda-Sa Idda (173), ya de una época en que las espadas de lengua de carpa hacía mucho tiempo que habían dejado de fabricarse (174). Nuestras espadas de lengua de carpa serían de un momento previo a los primeros vestigios de metalurgia del hierro en la Península, que hoy pueden fecharse en la primera mitad del siglo VIII a.C.

La posición cronológica que planteamos supone una existencia, para esta espada, no posterior al siglo IX a.C., y unos orígenes que podrían remontarse al siglo X o finales del XI a.C., lo que nos introduciría de lleno en el Bronce Final II atlántico, fechado entre el 1050 y el 900 a.C. En tal caso ¿hasta qué punto puede hablarse de una simultaneidad de los productos pistiliformes y los de lengua de carpa?

Es indudable que las mismas similitudes que se vieron en los modelos pistiliformes tardíos, para derivar de ellos las espadas de lengua de carpa, pueden argumentarse para hablar de influencias formales en armas contemporáneas; también pueden encontrarse rasgos comunes entre las pistiliformes típicas y las otras, manteniendo la hipótesis de la coetaneidad, al tiempo que las diferencias se explicarían por la diversidad de talleres que debieron existir. Las empuñaduras bifidas ilustrarían lo que decimos en torno a la posible coexistencia de ambas formas, mientras la distinta configuración de las hojas explicaría los distintos talleres, lo mismo que la existencia de los ricassos cuya derivación tipológica no es del todo clara. La misma presencia de calados en la empuñadura ha sido vista, desde antiguo (175) como elemento moderno, en comparación con los simples agujeros para soportar remaches; pero este planteamiento no explica la suplantación de algunos de esos calados en espadas del tipo Sa Idda, que se hacen derivar de las de Vénat y en las que los calados eran ya un hecho generalizado. Todo ello permite inclinarnos, prudentemente, a una coexistencia de las dos espadas en cuestión, pues de lo contrario habría que elevar la cronología de las pistiliformes a los siglos XII y XI a.C., muy cerca de espadas anteriores, como la Sprockhoff IIa, hecho que nos parece muy aventurado.

(173) ALMAGRO GORBEA, M.: "Bronce Final...", *op. cit.*, nota 124, pp. 433-434.

(174) Si el tipo Sa Idda hay que fecharlo a partir del 800 a.C. y sus derivadas de hierro en el siglo VII a.C., parece claro que debe haber entre éstas y las de lengua de carpa una separación mínima de dos siglos.

(175) El mismo SIRET (*op. cit.*, nota 143, pp. 389-390) afirmó cuando hablaba de las espadas del fin del Bronce: "Toutes ces épées sont à poignée plate munie de rebords, formant corps avec la lame et destinée à recevoir sur chaque face des plaques de substance diverse, afin d'augmenter son épaisseur. Ces plaques devaient se fixer au moyen de rivets ou chevilles. Lorsqu'on forait à l'avance les trous de rivet, il était difficile d'arriver à ajuster exactement les plaques entre les rebords, et nous voyons aussi par l'exemple du n.º 1 (fig. 152), qui se répète dans l'autres pays, les inconvénients qu'offrait la fixation par rivets en cas de réparation ou renouvellement des plaques. Pour obvier à ces inconvénients, et comme l'objet principal des rivets était d'empresonner fortement l'âme de la poignée entre les plaques, tout mouvement latéral étant impossible si celles-ci étaient bien encastrées, on en est venu à remplacer les trous de rivets par des fentes assez larges qui permettaient toute latitude dans la position des rivets. Quoique les deux systèmes aient pu rester en usage simultanément, on voit que celui à fentes est de création postérieure à l'autre, puisqu'il en est un perfectionnement".

CONCLUSIONES

De la argumentación anterior puede concluirse que, aunque los contactos con el mundo atlántico son innegables, la larga tradición metalúrgica que, en el Sureste, arrancaba desde tiempos argáricos fue suficiente para la elaboración autóctona del armamento propio del Bronce Final. En el mundo argárico ya se habían producido armas cortas y largas de suficiente entidad, como para transformarse localmente —junto a influjos externos— en la fabricación de armas típicas del Bronce Final. Desde luego, como decíamos antes (176), los restos metalúrgicos hallados en el Cerro de la Mora son suficientes para poder hablar de una actividad importante, de ese signo, durante el Bronce Final y, quizás, durante el Bronce Tardío (177).

El acrecentamiento, o continuidad, de las tareas metalúrgicas debió responder a la comunidad de intereses despertada en Europa a partir del 1300 a.C., que revivía —en parte— las relaciones que se mantuvieron anteriormente entre el mundo micénico y el resto de Europa: todo ello en la búsqueda de materias primas inexistentes en la península balcánica, tales como el ámbar, oro y cobre, que ha puesto de manifiesto recientemente Bouzeck (178). Según este autor, toda esa actividad dará lugar desde el 1200 a una “koiné” de la que no es ajena el “boom” metalúrgico europeo del Bronce Final, que encuentra su mejor exponente en la espada con empuñadura de reborde (Sprockhoff IIa), usada desde Escandinavia a Chipre, Europa Central y este de Francia, Polonia, Rumanía, el oeste de la península balcánica, Italia y Grecia (179).

No tendría nada de extraño que la espada Sprockhoff IIa llegara a influir en algunos talleres franceses, como los que fabricaron el tipo Hemigkoffen para, desde él, dar lugar al grueso de las espadas pistiliformes y, posiblemente, a las primeras lengua de carpa. Partiendo de la fecha que recibe actualmente el grupo Hemigkoffen en el Ha A2 (Hallstatt A2)

(176) Estos restos componen un buen número de fibulas de codo, de pivote, espadas, puntas de flecha, puñal, objetos de adorno, botones, restos inconcretos de bronce, etc., que han sido exhumados en las distintas campañas de excavación realizadas en el Cerro de la Mora.

(177) Un hallazgo que se produjo en el corte 4 puede hoy interpretarse como exponente de esas actividades metalúrgicas. Se trataba de una pieza cerámica, con forma de disco, en una de cuyas superficies se observaron abundantes perforaciones que no llegaban a atravesar el objeto (CARRASCO, J. *et alii*: “Cerro de la Mora...”, *op. cit.*, nota 1 (1981), fig. 6:9). Aunque en su día no supimos adjudicarle funcionalidad alguna, tras las excavaciones de 1982 del Morro de Mezquitilla, ya han aparecido algunos elementos muy semejantes que se usaron en talleres de fundición de hierro (SCHUBART, H.: “Morro de Mezquitilla”, *op. cit.*, nota 168, p. 162, fig. 12). Schubart relaciona sus recipientes a otros procedentes de Oriente (BRIEND, J. y HUMBERT, J. B.: *Tell Keisan 1971-1976*, 1980, láms. 55:4-5, 66:3 y 77:6) que se usaron del mismo modo. Si ese uso es exacto y la datación de nuestro ejemplar también, dentro del Bronce Tardío —Mora II— (CARRASCO, J. *et alii*: “Cerro de la Mora...”, *op. cit.*, nota 1 (1980), pp. 324-325), nos encontraríamos con la constatación de que la metalurgia no acabó con lo argárico sino que, prolongada en etapas sucesivas, alcanzará al Bronce Final con una importancia notable, explicándose así la abundancia de bronce de estos momentos en los yacimientos peninsulares.

(178) BOUZECK, J.: “Relations between Barbarian Europe and the Aegean Civilizations”, *Advances in World Archaeology* 4, 1985, pp. 75 ss.

(179) BOUZECK, J.: “Relations...”, *op. cit.*, nota 178, p. 85. Para ello se apoya en Schauer (SCHAUER, P.: “Die Schwerter in Süddeutschland, Österreich und der Schweiz”, *Prähistorische Bronzefunde* IV-2, München, 1971, fig. 2:11).

—1050 a.C.—, A. Coffyn no tiene reparos en admitir para el grupo atlántico, derivado de él, un desarrollo a partir de esa misma fecha (180) y, en cambio, cuando se trata de las espadas de lengua de carpa el siglo IX aparece como jalón cronológico inamovible.

Nosotros no vamos a cambiar de raíz la perfecta estructuración que el Bronce Final ofrece en ciertas regiones europeas, pero con los hallazgos de los cerros de la Miel y la Mora cada vez se hace más evidente la inadecuación de aplicar cronologías prehistóricas de unos países a otros, máxime cuando los debates se apoyan exclusivamente en depósitos metálicos aislados, sin contexto arqueológico más generalizado, y en derivaciones tipológicas altamente subjetivas. Estimamos que las cronologías deben basarse en el análisis de los contextos y, actualmente, el hallazgo del Cerro de la Miel es de los más completos, si no el que más.

Por las cerámicas existentes parece claro, como establecimos en el apartado correspondiente, que nuestro conjunto metálico debe pertenecer a un Bronce Final I del Sureste, equivalente al Bronce Final II atlántico (181). La muestra radiocarbónica extraída apoya, con su datación absoluta, ese encuadre cronológico. Y, por último, la fíbula de codo que en principio chocaría con esas dataciones, puede perfectamente afianzarse, según las últimas investigaciones en otras partes del Mediterráneo, en fechas anteriores al siglo IX a.C. fijado para el depósito de Huelva.

En una reciente tesis de doctorado (182) se afirma que las fíbulas de codo peninsulares, en su inmensa mayoría (183), pueden agruparse en un tipo con acodamiento central que sólo encuentra paralelos en el Mediterráneo Oriental; en Italia y sus zonas de influencia del Mediterráneo Central no ha podido hallarse ninguna fíbula de codo que ofrezca esa particularidad en el acodamiento. Esto parece indicar una serie de contactos entre los dos extremos del Mediterráneo, en un momento que hemos de situar claramente en el siglo IX a.C., y con toda probabilidad en la etapa anterior, en un siglo X o incluso en el último cuarto del siglo XI a.C., como ya señalara en su día J. Birmingham (184).

Para Ruiz Delgado (185) no resulta extraño que el tipo de fíbula del Cerro de la Miel, agrupado en el conjunto genérico de Huelva, tuviera un claro desarrollo en el siglo IX, pero no descarta la posibilidad de que durante el siglo X a.C. esta fíbula ya hubiese aparecido en la Península, adecuándose así a fechas similares que se manejan en otras partes del Mediterráneo. Si, por lo demás, aceptamos las consideraciones formales que antes exponíamos

(180) COFFYN, A.: *Le Bronze Final...*, *op. cit.*, nota 107, p. 181.

(181) Es de tener en cuenta que el tradicional Bronce Final III del Sureste coincide con la llegada de las importaciones de productos fenicios, a partir de la primera mitad del siglo VIII a.C. Ello obliga a situar nuestro Bronce Final II en un momento previo, entre esa fecha y, aproximadamente, la mitad del siglo X a.C. mientras que el Bronce Final I encontraría su desarrollo cronológico entre mediados, o finales, del siglo XI y el 950 a.C.

(182) RUIZ DELGADO, M. M.: *Fíbulas protohistóricas en el sur de la Península Ibérica*, Sevilla (en prensa).

(183) Con la excepción del ejemplar conservado en el Museo de Valencia (ALMAGRO BASCH, M.: "Las fíbulas...", *op. cit.*, nota 68, p. 36, fig. 26).

(184) BIRMINGHAM, J.: "The development...", *op. cit.*, nota 112, pp. 102 ss.

(185) RUIZ DELGADO, M. M.: *Fíbulas...*, *op. cit.*, nota 182, p. 103.

sobre los rasgos, aparentemente más arcaicos (186), de nuestro ejemplar respecto a los de Huelva, estaríamos ante un modelo propio del siglo X a.C., y acorde con toda la asociación cerámica que le acompañaba. Ello concordaría plenamente con la otra serie de fibulas de codo hallada en los diferentes cortes del Cerro de la Mora, fibulas de codo que entrarían dentro del tipo evolutivo más antiguo —según Ruiz Delgado (187)— y que son suficientes como para argumentar una evolución *in situ* de esta clase de materiales.

La estimación de la fibula de codo que aquí hacemos explicaría las relaciones que el Sureste mantuvo con el Mediterráneo, desde una época bastante temprana del Bronce Final, lo que le hizo formar parte de la koiné que vimos documentada por J. Bouzeck. Esa proyección oriental no indicaría un rechazo ante los posibles contactos de cariz atlántico que hoy no pueden negarse, sino que debe ayudarnos mejor a entender la singularidad de nuestro Bronce Final, en el que multitud de elementos propios de la cultura material no pueden comprenderse exclusivizando sus orígenes a una mera influencia cultural, olvidando además los procesos de desarrollo autóctono y otras relaciones de índole contraria. La proyección atlántica hubo de basarse en la necesaria búsqueda del estaño, a la que no pudo ser ajena la Península ni Andalucía Oriental, pero ello no es suficiente como para explicar todos nuestros modelos culturales y su marco cronológico.

Buena prueba de lo que decimos tuvo que ser la fibula de codo con su mayor peso específico mediterráneo, y en esa mecánica debieron verse inmersos otros objetos de nuestro Bronce Final; la espada de lengua de carpa posiblemente, pues frente al escaso número de la representación pistiliforme en ese mar (188) ahora aumentarán los depósitos en Cerdeña e Italia Central (189), lo mismo que ocurrirá posteriormente con las espadas del grupo Vénat y Sa Idda (190) o, incluso, con las hachas de apéndices que aparecen hasta en el extremo este del Mediterráneo (191). Esa evolución espacial mediterránea, hacia un mayor acrecentamiento de los citados elementos metálicos, debe verse en relación a su cronología decreciente, a partir de al menos un siglo X a.C., y asociado en sus orígenes a las fibulas de codo, con las que claramente coexistieron las espadas de lengua de carpa.

En suma, el espectacular hallazgo estratigráfico del Cerro de la Miel con una evidente asociación fibula de codo-espada lengua de carpa, el interesante lote cerámico que las acompañaba y la datación radiocarbónica, permiten sin grandes dudas elevar las fechas de

(186) Ese arcaísmo los postulábamos en torno a la decoración del puente de nuestra fibula, en el apartado d) de su caracterización formal.

(187) Este autor señala un primer tipo de fibula de codo, más simple, el I,1 o fibula de codo simétrica y puente de sección única; y otro, más complejo, el I,2 o fibula de codo simétrico y puente de sección múltiple. Aunque Ruiz Delgado no admite claramente una diferenciación cronológica entre ambos tipos, el hecho de que el segundo de los tipos se trate —aparentemente— de un modelo exclusivo peninsular, podría explicar una disociación temporal, aunque sea mínima, de ambas formas. La del Cerro de la Mora, así como las de Huelva, encajarían en ese segundo tipo. Sobre estas cuestiones preparamos un amplio trabajo sobre todas las fibulas del Cerro de la Mora, en el que debatiremos más detenidamente la problemática que puede plantearse.

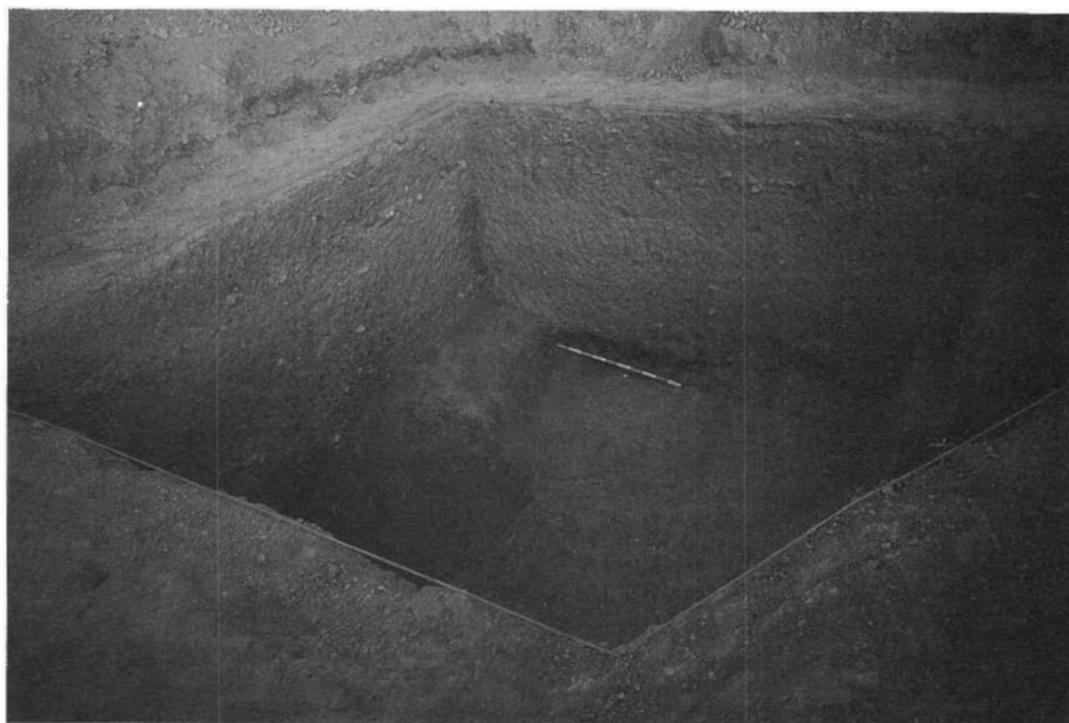
(188) Según Coffyn sólo se señala en esa zona el hallazgo de Siniscola, Nuoro, en Cerdeña (COFFYN, A.: *Le Bronze Final...*, *op. cit.*, nota 107, pp. 130 ss., mapa 16).

(189) COFFYN, A.: *Le Bronze Final...*, *op. cit.*, nota 107, p. 135, mapa 18.

(190) RUIZ GALVEZ, M.^a L.: *La Península...*, *op. cit.*, nota 99, mapas 33 y 34.

(191) RUIZ GALVEZ, M.^a L.: *La Península...*, *op. cit.*, nota 99, p. 565 bis, mapa 14.

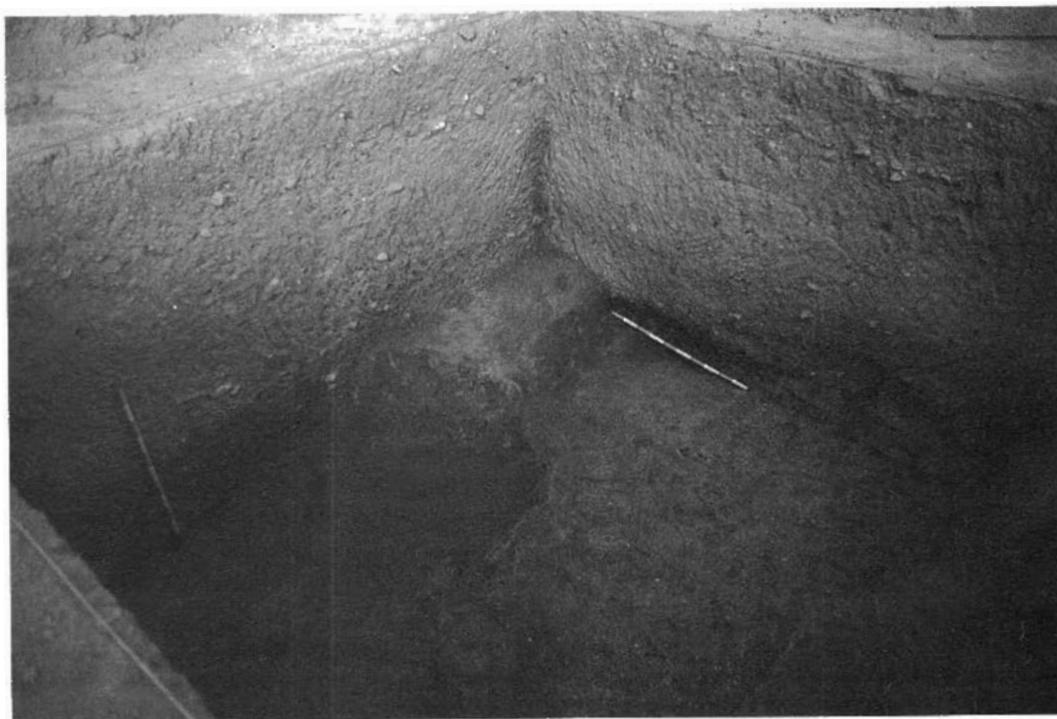
ese conjunto del Bronce Final hasta la primera mitad del siglo X a.C., no descartándose el último tercio del **XII** a.C., permitiéndonos —por primera vez— fijar muy cerca del cambio de milenio este tipo de elementos que, hasta ahora, no habían sido recuperados con un contexto arqueológico tan preciso.



Lám. I.—Cerro de la Miel. a) Vista general. b) El corte 4.



a

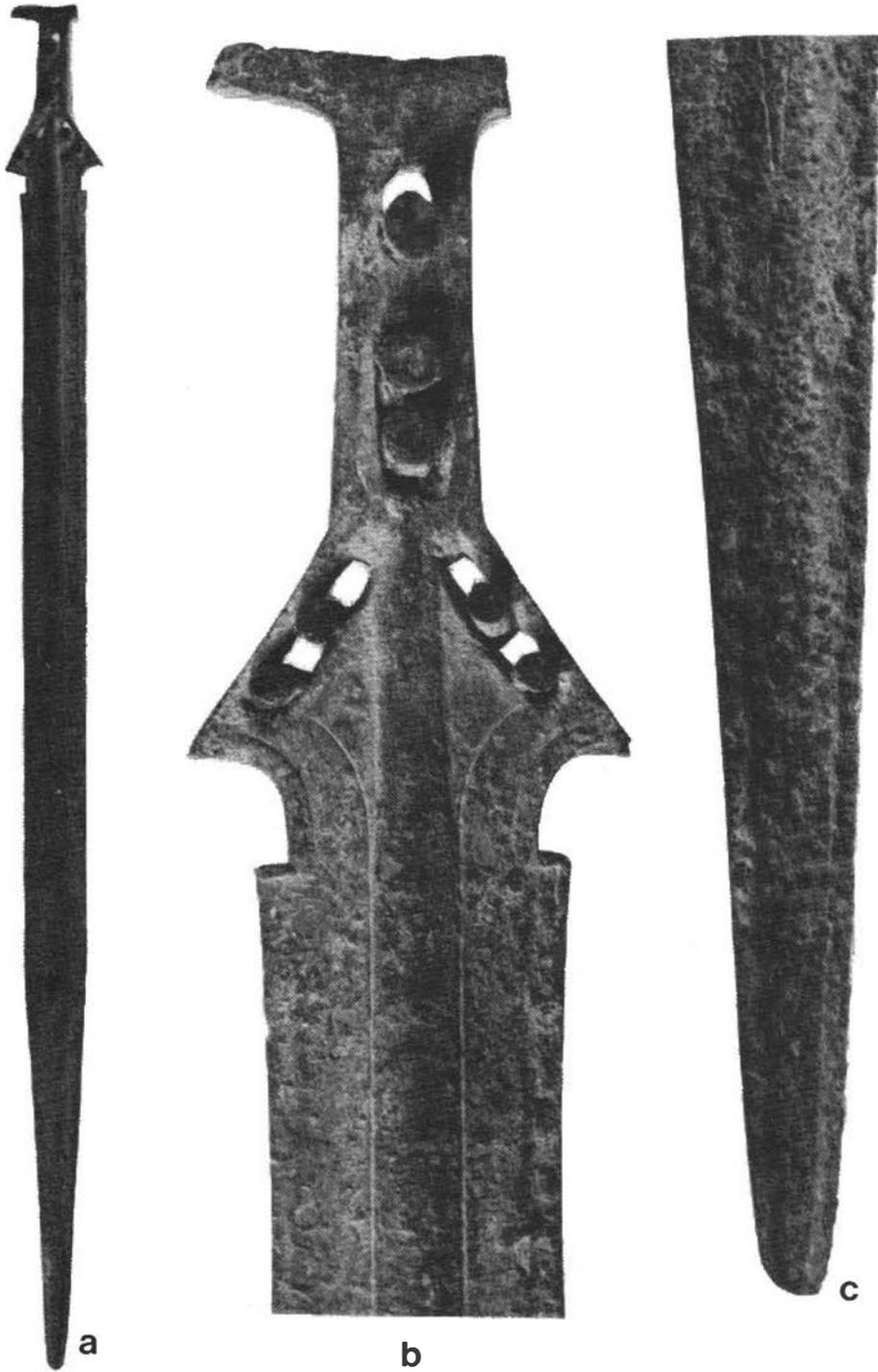


b

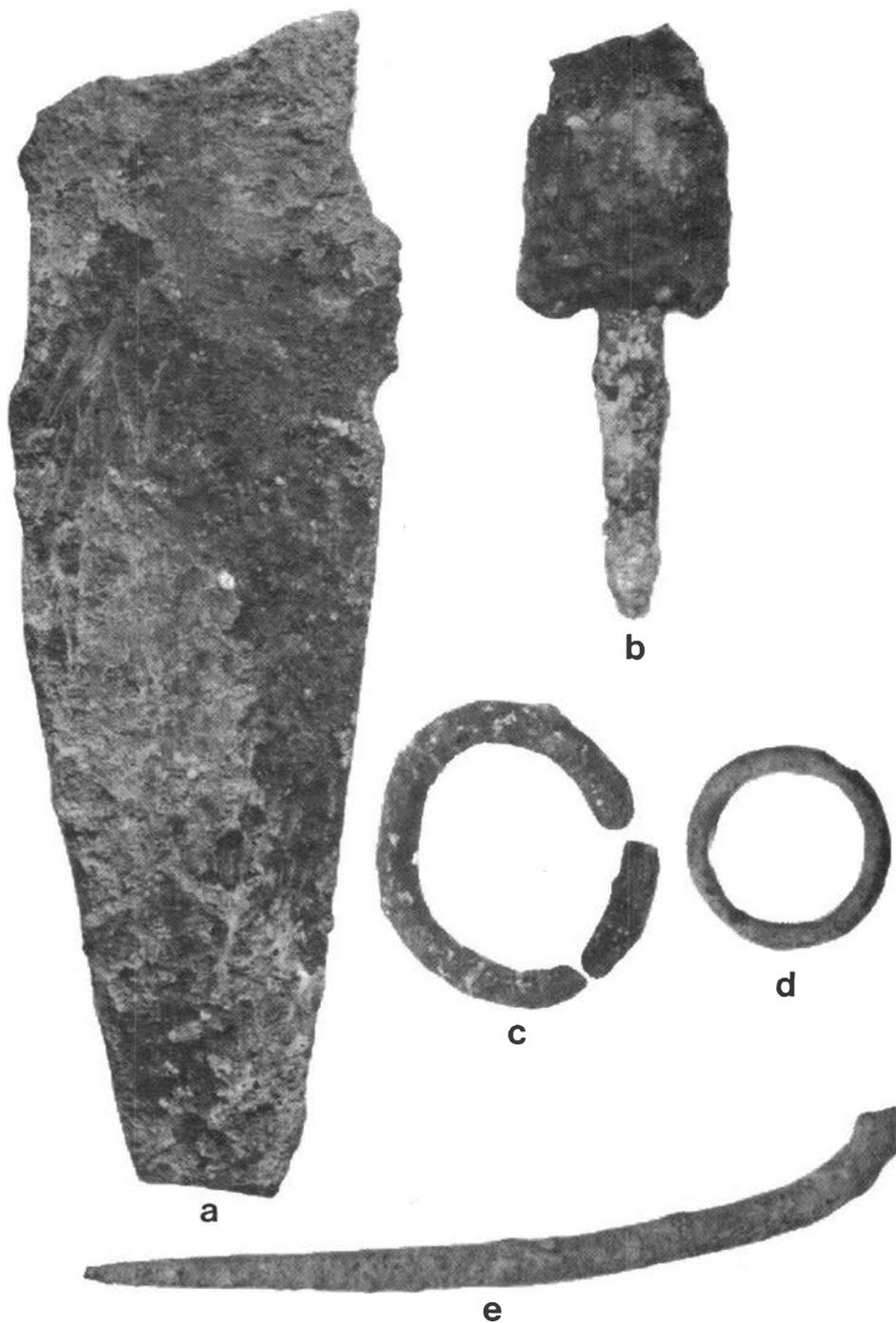
Lám. II.—Cerro de la Miel. Detalles del corte 4.



Lám. III.—Planta y alzado de la fibula de codo del Cerro de la Miel.



Lám. IV.—Espada de “lengua de carpa” del Cerro de la Miel. Detalles de la empuñadura y punta.



Lám. V.—Bronces del Cerro de la Miel. A, Fragmento de espada; B, punta de flecha; C, brazaletes; D, ajorca; E, aguja de fibula.